

# Cuando llegué a Montfort

Noah Evans

A woman with long reddish-brown hair, wearing a bright yellow sleeveless dress and a large tan straw hat with a blue and white striped ribbon, is seen from behind. She has her hands clasped behind her head. She is standing next to a light blue bicycle that has a woven basket filled with pink and yellow flowers attached to the front. The background is a blurred city street with buildings and a red traffic light.

# 1. Camino a Monfort

Tras nueve horas de avión hasta New York, viajaba en el autobús que la llevaba al pueblo de Monfort. No podía seguir viviendo en España y cuando Lucía la invitó a viajar a EEUU no lo pensó dos veces.

Hacía solo unos meses que había muerto su madre tras una horrible enfermedad contra la que luchó apenas doce meses, perdiendo la batalla. Su hermana había abandonado Lugo hacía ya tiempo y vivía en Bilbao con su novio Guardia Civil. Su padre había muerto hacía años. Y su ex, ya tenía nueva novia.

Ya no tenía nada que la atara en ningún lugar, ni siquiera un empleo.

Lucía llevaba ya dos años en Monfort y no tenía ni pensamiento de volver.

Fue su ánimo y positividad el que hizo que Lina no dudara en hacer las maletas.

Eran amigas desde el instituto, sin embargo Lucía se decantó por las finanzas y Lina por la biología. Algo de lo que Lina se había arrepentido desde de acabó la carrera porque jamás tuvo la posibilidad de ejercer su profesión.

Lucía sin embargo, no había dejado de trabajar viajando de un país a otro hasta que se asentó en Monfort seis meses atrás.

Lucía compartía una casa adosada con tres chicas más y hacía poco que una de ellas se había marchado del pequeño pueblo. Fue cuando pensó en Lina.

Quedaba ya poco para llegar. Su amiga le había enviado varias fotos y más o menos tenía una idea de cómo era el lugar en el que iba a probar fortuna y una nueva vida. Era el típico pueblo americano que estaba acostumbrada a ver en series y películas de televisión. Un lugar tranquilo y apartado, rodeado de bosque.

Un lugar en el que apartar todo el dolor que había dejado en España.

Sola jamás se hubiese animado a hacerlo, pero con el apoyo de Lucía era

muy fácil cometer aquella locura de irse a un país extranjero. Lucía había aprovechado sus contactos para conseguirle un trabajo en un vivero en el mismo pueblo, aunque algo apartado. A pesar de que nunca había trabajado en un vivero, sabía que tenía conocimientos suficientes para hacerlo. El idioma lo llevaba bastante bien avanzado. Sus padres habían hecho todo lo posible para que tanto ella como su hermana, desde pequeñas recibieran clases y solo había hecho falta un curso intensivo de inglés avanzado durante dos meses, para que Lina volviera a recordar lo aprendido durante su infancia y adolescencia.

El autobús se adentró en Monfort según el cartel que acababan de dejar atrás.

Una pradera con casas y granjas y pronto llegaron a la zona más pobladas. Pudo ver algunas tiendas y pronto el autobús se detuvo.

Lina en seguida pudo ver a Lucía desde la ventana que sacudía la mano excitada por la alegría. Lina se apresuró a bajar y entre gritos las dos amigas se abrazaron.

—No me lo puedo creer ¡Estás aquí! —decía Lucía volviéndola a abrazar con fuerza..

—Yo tampoco me lo creo —respondió Lina— Primer paso dado.

Ambas rieron.

El maletero del autobús se abrió y Lina fue a por sus maletas. Dos habían sido suficiente para el viaje, uno para ropa de invierno y otro para la de verano..

—Yo te ayudo —se ofreció Lucía.

Lucía estaba como siempre, a sus veintisiete años seguía manteniendo su talla de adolescente y su pelo castaño liso por lo hombros. Lucía era elegante, siempre lo había sido, aunque llevara tejanos o ropa deportiva, zapatos planos, tenía el don de lucir siempre espléndida.

Lina en cambio había cambiado algo, ya no conservaba su talla de primera juventud, y se había estancado en una talla cuarenta y dos. Había pasado por todos los estilos de vestimenta por rachas y últimamente no sabía ni qué hacer con su pelo. Los meses que había dedicado al cuidado de su madre habían terminado con su dejadez. Lucía pareció apreciarlo y le retiró un mechón de pelo de la cara.

—Hay que visitar la peluquería esta misma semana —le dijo sonriendo.

Lina asintió. Lucía conocía que tenía gran trabajo por delante con Lina, su amiga había caído en un abismo desde la muerte de su madre y se estaba sumiendo en una depresión. De ahí la urgencia de Lucía por traerla a Monfort.

La tranquilidad del pueblo y el cambio era lo que Lina necesitaba..

—¿Cómo está Lidia? —preguntó Lucía.

—Lo lleva mejor que yo —admitió Lina— Ella tiene su vida en Bilbao, no tiene que estar entre muebles y fotos familiares. Y ella no está sola.

Lucía asintió.

—Además, el alquiler de la casa también le ha venido bien —sonrió..

—¿Dónde has dejado el resto de tus cosas? —preguntó Lucía.

—En un trastero que mis padres compraron hace tiempo y que en un principio pensamos vender. Todo lo que necesito para subsistir lo he traído conmigo.

Lucía sonrió.

—Vamos, estoy deseando de enseñártelo todo.

Ambas se montaron en el coche de Lucía, un Toyota pequeño y bastante nuevo, color gris plata.

—Esta tarde te enseñaré el vivero donde vas a trabajar —dijo Lucía— No está muy cerca de casa, pero puedes usar mi bici hasta que te hagas de un coche.

Tardarás treinta minutos más o menos.

Lina hizo una mueca, treinta minutos por dos eran sesenta minutos pedaleando y no quiso sumar los días que tuviera turno doble..

—Te encantará el matrimonio Evans. Son dos abuelos apasionados por las plantas, pero ya son mayores y necesitan ayuda..

—¿Dónde queda tu trabajo? —preguntó Lina.

—En el centro —respondió Lina— cerca de los bancos y de la comisaría. Intenté buscar una casa más cerca del trabajo, pero fue imposible, estaba todo ocupado por gente de aquí..

—¿Y te va bien?

—Muy bien, no pensaba yo que ser corredora de seguros era tan buen negocio aquí —respondió— Aún no estoy segura de si voy a quedarme en Monfort pero me encantaría..

—Solo te falta algo para que te decidas ¿no? —Lina rió.

—Hay muchos solteros en Monfort así que es algo que no descarto. ¡Mira! Bienvenida a casa.

Lucía aparcó el Opel frente al porche de una casa pareada blanca y gris, con un pequeño jardín delante de la puerta.

—¿Te gusta? —preguntó..

—¡Me encanta!

Ambas bajaron del coche y sacaron las maletas del maletero..

—No la esperaba tan grande —dijo Lina.

Lucía rió..

—Es un barrio muy tranquilo —dijo Lucía señalando al frente—hay un parque para pasear. Lo único malo es que está alejado del centro, con lo cual hay que coger el coche o la bici para ir a comprar o a tomar café.

Lina asintió..

—¿Te gustan los perros? —preguntó haciendo una mueca.— Tenemos tres perros en casa, aquí todo el mundo tiene perros. No son ruidosos...

Abrió la puerta y tres grandes perros se lanzaron hacia ella, una especie de galgo con mucho pelo, un perro pastor y otro que Lina no supo poner nombre a su raza..

—Pero a veces —Lucía tuvo que poner la espalda en la pared para que los tres canes no la tiraran de espaldas con la excitación de su llegada— suelen ladrar al perro del vecino.

Lucía sonrió..

—Esta casa tiene muchas cosas buenas, más de las que te imaginas —Lina no entendió la picaresca de su amiga.

La siguió por unas escaleras de madera sin barandilla y llegaron a su habitación.

—¡Esta es la habitación de las fotos! —dijo— ¿Te gusta?

—No imaginaba que era tan amplia.

—Las cuatro habitaciones son iguales y lo mejor de todo es que tienen su propio baño. Tu ya lo decoras como quieras. Tenemos una mujer contratada que suele venir los martes a limpiar. Todas trabajamos muchas horas y lo preferimos así. Entra en el precio que te dije. Así que no te olvides de lavar la ropa los lunes y dejarla en el lavadero para planchar.

Lina asintió.

—Luego conocerás a Kitty. Ahora tiene mucho trabajo, tiene encargos de muchos sitios de tartas gigantescas para bodas. Pensé en pedirle trabajo para ti, porque tiene una dependienta y algunos camareros en la parte de cafetería. Sin embargo creo que estarás más cómoda entre plantas ¡Al menos las plantas no engordan!

Ambas rieron.

—Por cierto ¿tienes hambre? —preguntó— Te invito a almorzar y luego iremos a ver a Kitty.

## 2. Kitty's Palace

Lina sabía que le iba a costar acostumbrarse a la comida americana, hasta el pan sabía diferente allí. Su amor por comer desaparecía a medida que iba probando nuevas cosas.

Lucía aparcó a un lado de la calle. A su izquierda ocupando toda una esquina, había una cafetería y junto a ella una pastelería bajo un cartel enorme. Kitty's palace.

Toda la fachada de la cafetería y de la pastelería estaba pintada de rosa claro.

Y ventanas y puertas de aluminio blanco. Un toldo a franjas en los mismos colores, no le permitía ver el interior del local.

—Es como retroceder varias décadas —dijo Lucía al abrir la puerta.

Y estaba en lo cierto. Las paredes estaban decoradas con papel pintado y cuadros con imágenes de *pin up*.

Sillas, sofás, mesas y uniforme de camareras, siguiendo los colores de Kitty's Palace, parecían salidos de otra época. Un expositor de dulces de colores ocupaba una de las esquinas de la cafetería. Algunos de ellos parecían hechos de plastilina.

Lina conocía las impresionantes obras que podían hacerse en la repostería artística, pero sin ninguna duda Kitty superaba a la mayoría que había visto en internet.

—¿Qué te parece? —preguntó Lucía.

—¡Es una pasada! —respondió Lina mirando a su alrededor.

Ambas tomaron asiento en un sofá semicircular que rodeaba una de las mesas vacías. En seguida una muy maquillada camarera con el pelo peinado a ondas se acercó sonriendo con gruesos labios pintados de color rojo.

Lucía la saludó..

—Esta es la amiga que te dije —la presentó— Ella es Lina. ¡Lina! Ella es

Helen, la encargada de la cafetería.

Lina y Helen se saludaron..

—¿Dónde anda Kitty? —preguntó a Helen mirando hacia la puerta tras la barra— No la veo desde anoche..

—Está atrás, ahora le aviso de que estáis aquí —respondió Helen— ¿Qué queréis tomar?

Lucía me sujetó del brazo para que yo no abriera la boca..

—Batido de helado de turrón con nata y praliné —dijo guiñando un ojo.

Helen rió y se alejó hacia la barra.

Lina abrió los ojos como platos.

—Kitty no conocía el helado de turrón, hasta que yo se lo enseñé y desde entonces es una de sus especialidades. El pasado verano dice que vendía más de cien helados al día tan solo en la cafetería, más lo que vendía en la tienda.

Lina abrió la boca asombrada..

—Ya le he dicho que me debe una muy grande —bromeó Lucía.

Una chica con uniforme rosa aunque más sencillo que el de las camareras y delantal blanco, se acercó a ellas.

Lucía se levantó para abrazarla. Lina observó a Kitty, quizás después de ver la decoración de la cafetería se esperaba a una chica del estilo de la encargada, pero nada que ver.

Kitty no llevaba ondas, ni gorro, simplemente se cubría el pelo con una red.

No llevaba maquillaje y tenía cara de cansancio. Estaba delgada a pesar de trabajar entre dulces. Sus ojos eran azules y el tono de su pelo castaño claro. Tenía una nariz pequeña manchada de harina, como también estaban cubiertos su delantal y brazos. Para besar a Lina tuvo gran cuidado de no mancharla.

—Ya hablareis más tranquilas en casa —dijo Lucía.

—No será hoy —respondió Kitty riendo— Demasiados encargos otra vez..

—Buenooooo, ¿qué es ahora? —curioseó Lucía.

—Una boda en New York, tarta gigante, fuentes de helado y cinco mil pasteles.

Lucía emitió un grito de asombro..

—¿Y lo vas a hacer sola? —preguntó Lucía.

Kitty asintió.

—De momento sí. Tengo solo un par de días y Tessa está en Orlando..

—Si puedo ayudarte en algo —se ofreció Lina— El tiempo que no trabaje.

—¡Sí! —añadió Lucía— Mañana es viernes, podemos venirnos contigo y echarte una mano.

Kitty rió volviendo hacia la puerta tras la barra.

—Lo digo en serio —dijo en voz más alta Lucía.

Kitty se giró hacia ellas.

—Ok —respondió— El sábado por la noche..

—Hecho —levantó la mano Lucía.

Ambas rieron.

—Todo lo que te cuente de Kitty es quedarme corta. Es lo mejor que puedes encontrar en EEUU como persona. Es como mi familia aquí en Monfort. Te encantará.

Lina asintió, no tenía dudas de que sería así..

—Luego conocerás a Margot, la otra chica, ¡Lina! —tuvo que llamar la atención de su amiga que mantenía la mirada perdida a través de la ventana. — ¡Lina! No quiero verte así aquí eh, has venido a comenzar de nuevo. Así que deja todo atrás en España..

—Lo intentaré.

—Además lo vamos a pasar muuuuuy bien. Ya verás cuando vayas conociendo a más personas del pueblo —rió.

Lina apenas se había dado cuenta que el helado estaba en una gran copa frente a ella. Lo probó con curiosidad. Lucía estaba en lo cierto, era helado de turrón de Jijona español. Estaba delicioso, no le extrañó el éxito que tenía Kitty con él..

—Esta tarde tenemos que ir al vivero y te llevaré a la peluquería —sonrió Lucía— A ver si así te despiertas un poco.

Lucía aunque bromeaba, estaba bien preocupada por Lina y su depresión.

Tenía que evitar a toda costa que su amiga se viniera abajo.

### 3. Un encuentro incómodo y maloliente.

Lucía penas le había dejado tiempo para deshacer las maletas. Persuadió a la peluquera para que le hiciera un hueco después del almuerzo y seguidamente fueron al vivero de los Evans. Era una especie de gran granja con cinco enormes invernaderos en el que cultivaban plantas de todo tipo. Le encantaron los Evans, eran tal y como Lucía le había explicado, dos amables abuelos, personas solitarias y dedicadas a la naturaleza.

Ya era entrada la tarde, pronto oscurecería. Lucía llevaba el galgo y el pastor atados por una correa y Lina llevaba al otro can grande de pelo largo. Se dirigían al parque.

—Menos mal que me he dado cuenta —dijo Lucía ofreciéndole a Lina las dos correas de los perros para que las sujetara— No llevamos las bolsas de las cacas.

Ni se te ocurra dejar una defecación de un perro en la calle o te arriesgas a que alguien te ponga de vuelta y media. Espera aquí.

La dejó en la acera frente a la casa, ya en la puerta del parque, con los tres perros. Lina la vio entrar y dejar la puerta entre abierta. Lina entró en el parque.

Ella no estaba acostumbrada a tener animales y controlar ella sola a tres perros tan grandes era una dificultad.

En cuanto pisaron el césped los perros parecieron enloquecer. Tiró de las correas hasta situarse a un lado para dejar libre la entrada. Miró hacia la puerta de la casa pero Lucía no salía.

Un perro grande se acercó a ellos y los canes comenzaron a ladrar. Lina sabía que la dejarían caer de un momento a otro si seguían ladrando. El otro perro, blanco y gris de pelo largo, idéntico al perro del príncipe de la película “*La Sirenita*” los miraba tranquilo. El can pegó su inmensa nariz al césped. Los rodeó, se detuvo y comenzó a hacer sus necesidades junto a ellos.

“¿Y dónde está el dueño de este perro?” —se preguntaba Lina mirando a un lado y a otro. “Ahora vendrá alguien y me dirá que lo recoja. Pues yo no pienso recoger eso”.

El cuanto el perro acabó, los perros de Lucía tiraron con fuerza para acercarse al excremento del nuevo can..

—Dejadlo ya —les ordenó Lina pero no parecieron escucharla.

Tiraron con tanta fuerza que tuvo que dar varios pasos para no caer al suelo.

Cuando se dio cuenta, estaba tan cerca del “regalo” del can desconocido, que más parecía que había sido uno de los suyos.

Miró con desesperación la puerta de la casa, Lucía seguía sin salir de ella.

Tiró de las correas para alejarse de la maloliente defecación, pero era imposible con su fuerza mover a tres grandes perros que se resistían a seguirla.

El otro perro había desaparecido. “Lucía, qué demonios estás haciendo, vuelve ya”.

Los perros ladraron de nuevo, el can blanco y gris había vuelto corriendo a gran velocidad, se colocó junto a ellos y comenzó a revolcarse en el suelo. Lina lo miró de reojo y abrió la boca espantada. El animal se estaba revolcando en sus propios excrementos. “No me lo puedo creer”.

—¡Sully! —oyó gritar a alguien.

Lina miró hacia otro lado, no imaginaba la cara del dueño cuando viera cómo había terminado el animal después de su hazaña..

—¿Qué has hecho? —era una voz de hombre— No te acerques, ven que te ate.

Lina giró todo su cuerpo hacia la casa intentando disimular, como si el hecho de estar de espaldas la hiciera invisible al dueño del perro. Lucía ya estaba en el umbral, hablaba por teléfono.

—Disculpe—escuchó a su espalda.

Notó cómo se ruborizaba por completo temiendo una reprimenda y se giró con vergüenza. Se dirigía a ella no había nadie más.

El chico estaba tan solo a unos metros de ella, llevaba un pantalón vaquero y una camiseta gris y era mucho más atractivo de lo que esperaba. Enmudeció.

—¿Ha visto a mi perro?—le preguntó con tono irónico y prepotente.

Lina miró al animal, tenía la cara, la cabeza y parte del lomo, cubiertos de una plasta marrón que podía oler desde donde se encontraba.

—Estas cosas ocurren cuando se dejan excrementos en el suelo —se quejó él—No puedes hacer eso aquí.

Lina estuvo a punto de contestar, pero entre la vergüenza de la situación, el atractivo del chico y su enfado, se demoró demasiado y él continuó.

—No son tan difíciles las normas, están escritas a la entrada del parque — añadió.

Continuó su protesta. A medida que lo escuchaba, la vergüenza de Lina se fue disipando dejando paso a la furia. Lucía ya venía de camino.

—Disculpa —lo interrumpió Lina y señaló hacia el suelo— Pero creo que todo eso es de tu perro, no de los míos.

Lucía ya estaba tras ella. Ahora era el chico el que emblanqueció..

—¿Sally?—preguntó él.

—No sé cómo se llama, pero si es blanco y gris, es él —respondió.

Lina sonrió. Ningún tío por guapo que fuera le iba a echar tal bronca sin conocerla de nada. No llegó a insultarla ni mucho menos a alzarle la voz pero no estaba de humor para aguantar enfados de nadie y más sin tener culpa alguna.

—Discúlpame —se apresuró él avergonzado— De verdad siento mucho...

Él se alejaba lentamente con incomodidad pero sin darle la espalda hasta que estuvo a una distancia considerable. Luego se giró y se marchó junto a su perro, este se sacudía salpicándolo todo.

Lina lo siguió con la mirada hasta verlo entrar en la casa pareada de la de que se alojaba ella. Lucía miraba a uno y a otro con los ojos muy abiertos..

—Iba a presentarte esta noche a nuestro vecino —le dijo Lucía— Pero veo que ya no hace falta..

—Será imbécil —protestó Lina.

Lucía hizo una mueca con la boca..

—Sí, eso suelen decir de él —rió su amiga—pero por otras razones...

Ambas miraron la puerta de la casa cerrarse.

—Es una pena que no te agrade el vecino, es una de las mejores cosas de esta casa —añadió Lucía. Ambas rieron.

Le dieron un paseo a los perros y volvieron a casa. Desde la ventana de la cocina pudieron ver al chico en un pequeño jardín interior, con Sully cubierto de espuma y sacudiéndose.

Lina se acercó a la ventana y pudo observarlo mejor. A pesar de haberlo tenido cerca, con la vergüenza y el enfado, no había reparado en él todo lo que merecía. Y tanto que era guapo, tenía el pelo oscuro y ondulado, la nariz fina y una mandíbula pronunciada. En sus ojos sí se había fijado en parque, los tenía azules a pesar de tener la piel morena. Andaba atareado, sujetando al perro para que dejara de sacudirse y Lina pudo apreciar una inmensa espalda.

—Es uno de lo bomberos del pueblo —le explicó Lucía— Así que si

algún día ves humo en la casa, grita.

Lina sonrió.

—Es un de los solteros más pretendidos del pueblo, pero... —frunció el ceño— Tiene sus defectos..

—Me lo imagino —respondió Lina.

—No, normalmente es muy amable..

—Seguro.

—Si libra este fin de semana ya verás de lo que te hablo —añadió Lucía— Tiene demasiadas amigas.

Lina arqueó las cejas. Se escucharon ruidos procedentes del piso de arriba.

Pasos apresurados bajando la escalera. Una chica con un largo pelo rojo y rizado irrumpió en la cocina.

—¡Se ha quitado la camiseta! —exclamó sin dejar de correr hasta tirarse sobre la encimera para asomarse por la ventana. Miró a Lina.— Hola, debes de ser Lina. Espera un momento que esto es un espectáculo.

Margot miró a través de la ventana al vecino y dio varios gritos agudos para no hacer mucho ruido..

—Ya —dijo incorporándose y dirigiéndose a Lina como si nada hubiese ocurrido— Soy Margot.

Besó a Lina.

—Ya ves que la parte más entretenida de la casa es la cocina —añadió la peliroja— Los fines de semana por la mañana lo pasamos muy bien aquí..

—Ya veo, ya —respondió Lina..

—Yo tengo guardia esta noche —dijo Margot— Me voy que llego tarde..

—Margot es enfermera —le explicó Lucía.

—Mañana hablamos tranquilas—se despidió—. Bienvenida Lina.

Se oyó la puerta principal cerrarse.

Lucía abrió una puerta de cristal de la cocina que daba al jardín interior que comunicaba con la casa vecina. Dejó salir a los perros y tras ellos salió la joven.

Lina escuchó cómo el vecino la llamaba. Por la ventana veía a Lucía cerca de la valla hablando con él. Hacían buena pareja. Lucía era espectacular, siempre lo fue pero el joven sin camiseta era más espectacular aún..

—Lina —la llamó Lucía— Ven.

A través de la ventana vio como el chico cogía una nueva camiseta del tendedero y se la colocaba. Ella salió al jardín. Con camiseta blanca,

resaltaba aún más el color de su piel y estaba aún más guapo.

Lina se situó en el umbral de la puerta, sin bajar los peldaños de madera que bajaban al jardín..

—Quiere disculparse —le dijo Lucía en un susurro— Sé amable, por favor.

Le sonrió y se marchó dejándola a solas con el joven. El perro estaba a su lado, ya sin espuma, pero aún mojado..

—Mi nombre es James —comenzó mientras Lina se acercaba a la valla. —Me ha dicho Lucía que acabas de llegar hoy.

—Sí, esta mañana..

—Ya me disculpé antes pero... de verdad que siento haberme puesto así.

Lina puso las manos sobre la valla y el perro del vecino se las olió con una gran nariz con forma de fresa, negra y húmeda.

—Este es Sally, tiene aficiones un poco extrañas—añadió James.

Lina rió.

—Pero ya está solucionado —James ofreció su mano a Lina— No me tengas en cuenta lo de hoy.

Lina dudó pero al final acercó su mano a James y la estrecharon.

—Como si no hubiese ocurrido nada —le respondió ella— No te preocupes..

—Te oí llamarme imbécil —le dijo él sin soltarle la mano y con una amplia sonrisa que mostraba una dentadura blanca y bien esculpida. Lina se ruborizó.

—Yo... sí, —titubeaba— No lo dije en serio. —James rió—En serio, no...quise insultarte.

Lina tiró de su mano, pero James no la soltaba..

—Vivo aquí junto a vosotras, cualquier cosa que necesites que esté en mi mano, no dudes en pedírmelo.

—Muchas gracias —dijo ella pudiendo retirar la mano al fin. Intentaba sonreír pero le temblaban hasta los labios. No estaba acostumbrada a hablar con un hombre cuyo físico similar solo había visto en revistas.

—Bienvenida a Monfort —encima él no dejaba de sonreírle. Necesitaba salir corriendo de allí.

Lina se alejó de la valla sin darle la espalda a James y sin saber cómo despedirse de él sin parecer grosera..

—No vemos entonces —en cuanto pronunció las palabras se comenzó a arrepentir de la frase, temiendo que él entendiera que quería volver a verlo.

En realidad no le importaba verlo tantas veces como fuera necesario, si era con camiseta blanca, mejor. Pero un hombre así estaba acostumbrado a que las mujeres se le ofrecieran, suponía y ella no era de ese tipo de mujeres..

—Claro, Monfort no es muy grande y viviendo tan cerca nos veremos, todos los días..

—Estupendo —Lina se metió dentro y cerró la puerta. Lucía esperaba sentada en la mesa de la cocina con expresión divertida..

—Pero bueno, ven, ven, ¿qué te ha dicho? —preguntó curiosa..

—Nada, se ha presentado y poco más.

—¿Poco más? —se extrañó— Os he visto, no te soltaba la mano.

Lina hizo una mueca.

—Me oyó llamarle imbécil —Lina estaba completamente colorada, Lucía se lo notó en seguida..

—Pues no lo he visto muy disgustado— respondió Lucía.

Lina se encogió de hombros..

—¿Te gusta? —preguntó Lucía y Lina se incomodó.

—No es a lo que vengo aquí. —la cortó Lina en seguida.

—Pero te gusta, ¿verdad? —insistió asintiendo— Tranquila, nos gusta a todas.

—No es eso, Lucía...—Lina se sentó en una silla—. Es solo que llevo demasiado tiempo sin tratar con nadie. Creo que he perdido las pocas habilidades sociales que tenía.

—Si es eso no te preocupes—la animó Lucía—. Con nosotras las recuperarás en seguida.

Lucía sacó la lengua y le lanzó una mirada picaresca.

—A James creo que le has caído muy bien —añadió.

—Lo he llamado imbécil—respondió Lina—. No creo que le caiga bien..

—¿Ah no? Pues... —miró a través de la ventana— No es que sea amigo íntimo mío ni nada de eso, pero lo conozco lo suficiente como para saber cómo se comporta con la gente. Y no se suele preocupar mucho por demostrar que no es un imbécil.

—¿Cómo?—Lina no entendía.

—Que ya se disculpó en el parque y antes me preguntó que quién eras. Le expliqué y me pidió hablar contigo. —comenzó a reír— Empiezas bien en Monfort..

—¿Qué estás diciendo? Déjalo ya, no tiene importancia..

—¿Qué no tiene importancia? —respondió Lucía— Llegas a Monfort y lo

primero que haces es torearle al tío más guapo del pueblo. El capote como en los viejos tiempos.

Al escuchar aquella expresión Lina rió. “Sacar el capote” a los jóvenes era algo que ellas solían hacer en sus años de universidad, casi no lo recordaba.

Cuando alguno intentaba vacilarse ellas le daban la vuelta al asunto dejándolos por el suelo. También lo hacían si alguno quería ligar con alguna de ellas, pero esta vez tratando de rechazarlos de forma elegante y respetuosa para no ofenderlos demasiado.

—Esa expresión la suele decir mucho Lucía —Kitty acababa de entrar en la cocina con una bandeja que puso sobre la mesa— Yo al principio no sabía en qué consistía. Odio esa costumbre española de torturar animales, pero luego ella me explicó. Ahora la uso a menudo. Tengo que sacar el capote a diario con algunos clientes.

Rieron..

—Pues hoy Lina le ha sacado el capote al vecino.

Kitty abrió los ojos como platos y ellas le contaron.

—Desde que se mudó James hicimos un pacto entre nosotras, nadie de esta casa se liaría con el vecino. —decía Kitty— Pero contigo, si quieres, podemos hacer una excepción.

—Que yo no quiero... además, no creo que.

—Bueno, bueno, ya estamos con los complejos. Con lo guapa que estás hoy —decía Lucía sacando los refrescos.

—Me gusta el cambio —la alabó Kitty.

—Los reflejos rubios fue idea de Lucía, yo siempre lo he llevado castaño.

Pero fue un acierto por su parte. Lina tuvo que reconocer que el cambio de color le sentaba bien. También el corte, a la altura de la mitad de la espalda y con muchas capas y no recto como lo traía de Lugo. Supuso que con las ondas y tanto pelo, una vez se lo volviera a lavar se arrepentiría del corte, pero de momento estaba muy bien. Incluso le disimulaba las ojeras que llevaban meses acompañándola a diario.

Kitty destapó la bandeja, era la cena.

—Lo he comprado de camino —dijo— Es una lasaña que hacen en Loui, su especialidad. Es de lo mejor que puedes comer en Monfort.

—Si el dueño no fuera un capullo podríamos haber ido a cenar allí, es un restaurante precioso.

Kitty sonrió a Lina..

—Dice que es un capullo porque la pretende desde que puso un pie en Monfort. Ella le ha dicho que no innumerables veces pero el chico tiene paciencia.

Lina sonrió. Lucía siempre había sido así con todos los hombres que se le acercaban, dudaba si Kitty conocía la razón..

—Creo que la han pretendido todos los hombres de Monfort, los solteros y alguno no soltero —añadió.

Lucía era un bellezón, Lina no se sorprendió..

—Y a todos les sacó el capote —continuó Kitty.

—¿James la pretendió? —preguntó Lina con curiosidad..

—¿Ves como te ha gustado? —respondió con rapidez Lucía.

Lina bajó la cabeza y rió..

—James no —respondió— Nunca..

—No sé cómo le hubiese sentado a ese un rechazo —añadió Kitty— Es muy amable, pero de un creído.

—Se ve —añadió Lina..

—Él piensa que con solo sonreír, ya le caen las mujeres a sus pies —dijo Lucía.

—No —la corrigió Kitty— Sabe que con solo sonreír, le caen las mujeres a los pies.

Rieron.

Lucía bajó la cabeza pensativa.

—¿Sabes algo más sobre él? —preguntó Kitty y Lina comprendió que sí lo sabía todo sobre Lucía..

—No, desde hace más de un mes no —respondió.

—Olvídalo ya —le dijo Lina— Tienes veintisiete años, ¿qué estás esperando?

Lucía se levantó de la silla y cogió una botella de agua.

—No me habléis de él que sabéis lo que me pasa —miró por la ventana.— Y ya es de noche.

Kitty comenzó a reír..

—¿Todavía le da por correr? —preguntó Lina asombrada..

—Hasta de madrugada —respondió Kitty y Lina rió a carcajadas. —Con el

cambio de hora de EEUU él le manda a veces mensajes cuando aquí es de noche y a la hora que sea se viste y se va a correr..

—¿Podéis dejarlo ya? —pidió Lucía irritada..

—¿Y qué te dice en los mensajes? —preguntó Lina, nunca solía hablar con su amiga sobre Daniel..

—Lo maravillosa que es su vida ahora —respondió ella— Ha cumplido su sueño, ahora que le den..

—Hace ya años de aquello —le dijo Lina.

—¿Tú lo conoces también? —preguntó Kitty.

—Claro, éramos del mismo grupo de amigos, del mismo barrio y del mismo instituto —contaba Lina— No solía salir demasiado, siempre estaba estudiando.

Llevaba a la vez que el instituto dos cursos del conservatorio. Siempre iba en el bus con su guitarra. Lucía estuvo pretendiéndolo desde ¿quince años tenías.

—Sí —Lucía se irritaba por momentos.

—Y cuando después de años al lado de él como su mejor amiga, comienzan a salir, él consigue un contrato con una discográfica y se marcha. Eso sí, la dejó antes. —Lina puso el refresco sobre la mesa— Se hace superventas, un fenómeno de masas y no vuelve a aparecer por Lugo. Lo esperó varios años, fue imbécil.

—No me dejó sin más, tú conoces aquella conversación —se defendió Lucía..

—No se merece que pases tu juventud esperándole. —le respondió Lina..

—Ya no le espero Lina —dijo ella con tristeza— Me fui lejos. Aquí cuando enciendo la radio o la tele no hablen sobre él. Aquí puedo ojear una revista sin verlo. Aquí no espero a nadie..

—Pero él —intervino Kitty— sí que le escribe de cuando en cuando. Que es verdad que me llama la atención que lo siga haciendo después de tantos años y más cuando ella casi nunca le responde.

—Ella solo sale a correr —concluyó Lina y ambas rieron.— Ocho años después sigue haciendo lo mismo.

Hasta Lucía rió con ellas..

—Dame el móvil —pidió Lina.

—No —Lucía corrió para cogerlo de la encimera pero Kitty fue más rápida y se lo lanzó a Lina.

—Yo nunca lo he hecho porque no hablo vuestro idioma, pero ganas me han dado. —dijo.

—Lina, eso es privado, dame el móvil —le ordenó.

Lina lo reconoció en seguida en la pequeña foto del perfil de whatsapp.

—Está casi igual que siempre —dijo y Lucía se ruborizó..

—Como lo hagas te juro que... —amenazó Lucía sin surtir efecto, porque Lina ya había pulsado la tecla enviar Lina le devolvió el móvil y Lucía lo inspeccionó angustiada.

—¿Un icono? —se extrañó Lucía— ¿Para qué le respondes un icono.

—¿Por qué no se me ocurrió a mí? —intervino Kitty —. Los iconos son universales..

—Y encima el de los dientes, ¿qué tiene que ver eso con su mensaje? — protestaba Lucía.

—Es el primero que ha salido, yo que sé —reía Lina.

Lucía la señaló con el dedo..

—Esta me la pagas —Lucía sonrió de forma maliciosa y abrió la puerta del jardín..

—¡James! —gritó— ¡James!

Kitty ya lloraba de la risa con la discusión entre las dos amigas y Lina quiso salir corriendo de la cocina pero Lucía la sujetó.

Se escuchó a Sally ladrar y James abrir la puerta..

—¿Has cenado ya? —preguntó Lucía.

Lina miraba a Kitty con desesperación.

—La mato —le susurró.

Lucía continuaba a voces con James.

—¿Quieres venir a cenar? Es la primera cena de Lina en casa y...

—Es que.

—¿Ya has cenado.

—N.

—Pues no tardes que cuando llegues no quedará nada —Lucía fue a cerrar la puerta pero James dio un salto sobre la valla y se plantó en el jardín de ellas. Los perros ladraron.

Lucía entró en la cocina y sonrió.

—Los bomberos saltan vallas, se me olvidó ese pequeño detalle —les susurró a Lina y a Kitty.

Miró a Lina con satisfacción..

—Para que te sienta bien la lasaña —le dijo —. Esto por el icono.

El joven entró en la cocina.

—Siéntate James —Lucía se dirigía a él con mucha amabilidad mientras miraba a Lina de reojo.

James miró la lasaña y Lina no supo reconocer en su expresión si era una

comida que le gustaba o que no. Lucía sin embargo sí pareció entenderlo..

—Es por la bienvenida de Lina —le recordó.

El joven miró a Lina..

—Sí claro, está bien —se sentó y saludó a Kitty.

Lina lo tenía delante, James la miraba de cuando en cuando, pero ella no le decía nada. Kitty era la que más hablaba con él, parecía conocerlo mejor que Lucía..

—¿Y Margot? —preguntó él.

—Está de guardia —respondió Lucía..

—Yo la tuve ayer —respondió él..

—James lleva en Monfort más tiempo que nosotras —le explicó Kitty.

—Es un pueblo muy tranquilo —James se dirigía a Lina. Comenzó a explicarle las ventajas de vivir en Monfort. Lucía miró a Kitty y ambas se retiraron de la cocina..

—Ahora venimos —dijeron.

Lina no sabía qué decir, tan solo asentía a las palabras de James. Estaba nerviosa e incómoda, tanto que tuvo que cruzar las piernas bajo la mesa para detener el tembleque que la invadió desde que Kitty y Lucía se fueron. Al hacerlo, lo rozó con la punta del zapato. Él se dio cuenta y miró bajo la mesa. Lina sintió tanta vergüenza que a punto estuvo de disculparse, pero ya eran demasiadas disculpas en tan solo dos horas que hacía que se habían conocido y tampoco quería detener el discurso de James.

Acabó de explicarle el paraje natural que rodeaba el pueblo y se hizo el silencio.

—¿Quieres más? —Lina aprovechó para ofrecerle la última porción de la gran lasaña.

—No, gracias —le respondió él y ella lo miró.

—¿No te gusta.

—No es eso, es que... mi estómago es delicado, llamémoslo así.

Lina lo miró con curiosidad, un cuerpo fuerte con un estómago delicado “Las apariencias engañan” rió en su interior. El teléfono de James sonó, el chico lo cogió.

—No, hoy no me apetece salir —lo oyó decir— No, ayer tuve guardia y quiero descansar. Vale, sí, mañana te llamo. Ok.

Lina había recogido la mesa “Estas tías están tardando mucho”..

—Voy a asomarme a ver cómo está Sully —abrió la puerta de la cocina y Lina se asomó con él. Sully estaba en la jardín, sentado, inmóvil, mirando

hacia ellos. Lina dedujo que no se había movido de su lugar desde que James saltó la valla. Hacía calor, el pelo de Sully estaba completamente seco y volvía a tener su color blanco y gris..

—Si continúa con esa costumbre que has visto esta tarde, tendré que llevarlo a pelar —Lina sonrió. James se apoyó en el marco de la puerta y Lina se retiró de él incómoda. No se había dado cuenta de lo cerca de él que estaba.

Kitty y Lucía llegaron a la cocina al fin. Traían una segunda bandeja, con magdalenas de colores..

—Las he hecho esta tarde —dijo Kitty..

—Como las vea Sully, saltará la valla también —bromeó James sentándose en la mesa de nuevo.

Las magdalenas de Kitty estaban tan buenas como el batido de helado de turrón. Lina comió dos y fue incapaz de comer una tercera. Lucía no las probó y miraba de reojo la pantalla de su teléfono, Lina conocía la razón.

—Yo tengo que irme a dormir, mañana tengo mucho trabajo —se despidió Kitty— Buenas noches.

James se levantó también de su silla.

—Yo también me voy ya —James se levantó. —¿Os importa si me voy por aquí?— preguntó señalando la valla— No he traído llave..

—Claro —le respondió Lucía.— Lina ¿puedes traer las toallas del tendedero?

Lina miró hacía el jardín donde se encontraba el tendedero. Le estaba saliendo caro enviarle el maldito icono a Daniel.

Salió al jardín tras James. Ella se dirigió al tendedero y él hacia la valla donde Sally lo esperaba moviendo el rabo. Lina lo observó con el rabillo del ojo, a James solo le hacía falta apoyar una mano para saltar la valla.

El perro daba saltos de alegría y James lo acarició..

—Muchas gracias por la cena —dijo él y Lina le sonrió— La próxima vez vosotras saltáis la valla y os invito yo.

Lina no supo qué responder, solo sonrió, “Pensará que soy imbécil”..

—¿Qué te gusta cenar? —preguntó él.

—Lo que sea, no te preocupes —respondió.

—No tengo la habilidad de Kitty pero no se me da del todo mal. Dime qué te gusta comer y lo haré lo mejor que pueda.

“¿Tiene defectos este hombre? Sí, muchas amigas han dicho estas antes. Eso es”.

—Pues... la pasta —respondió ella.

—Perfecto. El viernes que viene lo tengo libre —dijo él— Así que cenáis en mi casa..

—Se lo diré a las chicas —respondió Lina.

James acariciaba a Sully sin mucho pensamiento de marcharse así que fue Lina la que se dirigió hacia la casa..

—Buenas noches —le dijo desde la puerta. James se despidió con la mano.

Lina cerró la puerta sin dejar de mirarlo a través de la ventana. Continuaba allí acariciando a Sally.

—Tienes plan el viernes —le dijo Lucía.

—¿Yo? Todas tenemos plan el viernes —añadió Lina.

Lucía arqueó las cejas..

—Vale —se dirigió hacia el salón..

—¿Por qué me has hecho esto? —la siguió Lina..

—Porque te gusta —respondió Lucía— Y quería vengarme..

—No me gusta, no es el tipo de hombres que me gusta..

—Es verdad, no es como el imbécil de tu ex novio. Que encima de imbécil era feo. No, James no es el tipo de hombre que te gusta, llevas razón.

La voz de su amiga sonaba demasiado irónica..

—Y aunque me gustara, no soy.

—Ese es tu problema, el “no soy”. ¿Qué demonios no eres?

—Una mujer para él — dijo Lina subiendo las escaleras..

—¿Ah no?

—Dices que tiene muchas amigas, ¿cómo son sus amigas? Venga, dime.

—preguntó Lina esperando una contestación que confirmara su planteamiento..

—Son ... —respondió Lucía dubitativa— ¡visten muy bien! Así con... con sus vestidos y sus tacones y.

—Exacto, no soy mujer para él. Así que deja estas bromas o me volveré a Lugo.

Lina subió las escaleras.

—Lina —la llamó Lucía— Eres mucho más de lo que piensas. Tu ex es el que no lo era y es por su culpa que te veas a ti misma así. Comienza a valorarte desde hoy. Olvida los complejos..

—Pero si yo nunca te he contado los que... —Lina se giró hacia su amiga.

—Mi familia sigue viviendo allí, recuerda. Te dejó por otra lo sé, pero me

hubiese gustado que me lo contaras tú. Me duele que no lo hayas hecho..

—No porque no confíe en ti. —guardó silencio un instante— Yo ya sabía lo de la enfermedad de mi madre y era informarte de demasiadas cosas tristes. Me dolió, me costaba reconocerlo, me avergonzaba..

—Es un error avergonzarse por eso. A él sí que le tendría que dar vergüenza —protestó Lucía..

—Ha sido el peor año de mi vida—Lucía le pasó una mano por la espalda a Lina.

—Lo sé, pero ya acabó. Empieza de nuevo..

—Es a lo que he venido, pero no puedo. Siempre tendré miedo..

—Todos lo tenemos, puede que hasta James lo tenga..

—¿James? De qué ¿de que alguna mujer lo abandone.

—Todos tenemos temores, no importa quienes seamos..

—Un idiota me dejó por otra y ahora quieres que me acerque a un mujeriego —se quejó Lina—. Buena forma de subirme la autoestima.

Kitty abrió la puerta de su habitación.

—¿Tú no ibas a dormir? —le preguntó Lucía.

—Soy curiosa, un gran defecto. Os estaba escuchando detrás de la puerta y si no intervengo reviento.

Lina tuvo que sonreír.

—Lina —le dijo Kitty— todos, absolutamente todos los hombres son mujeriegos cuando están solteros, solo que unos tienen la posibilidad de tener a muchas mujeres y otros no. Por eso los guapos siempre andan con tantas distintas.

No te guíes por eso. Conozco a James desde hace años y he perdido la cuenta de cuantas “algo parecido a novias ha tenido”, pero jamás lo he visto interesado realmente en nadie. Eso no quiere decir que cuando sienta el interés sea mejor que muchos otros..

—¿Ves? —Lucía se dirigió a Lina —Tampoco tiene interés en mí, no sé por qué estamos hablando de esto.

—Yo me voy —dijo Kitty cerrando la puerta de nuevo. —Y bajad la voz porque al final hasta se va a enterar él. Su dormitorio está aquí mismo.

—¿También lo espías a él? —preguntó Lucía con ironía Kitty la abrió de nuevo.

—No, pero se oye de todos modos —rieron.

## 4. La casa de al lado

Bajó a desayunar, era temprano, Kitty y Margot estaban abajo..

—¿No está Lucía? —preguntó Lina.

—No —respondió Kitty y ambas sonrieron.

En seguida se oyó la puerta principal. Lucía entró en la cocina vestida de deporte y completamente sudada. Kitty y Lina se miraron. Margot sacaba unas rebanadas del tostador, miró a Lucía.

—¿Otro mensaje? —Kitty y Lina rompieron en risas.

—Sí —respondió Lucía sacando agua del frigorífico.— La culpa es de ella.

Margot miró a Lina.

—Le envié un emoticono —se explicó Lina —Puffff, no he pegado ojo — protestaba Lucía, se inclinó sobre la encimera y abrió la ventana. Tenía el cesto de las pinzas de la ropa cerca, cogió una y la lanzó hacia la ventana de James.

—¿Qué haces? —le preguntó Lina espantada.

—Seguir vengándome —lanzó otra— Y de camino alegrarme la vista esta mañana. Falta me hace.

Rieron todas menos Lina.

Lucía desistió..

—Duerme profundo parece —dijo decepcionada.

—Bueno cuenta rápido que quiero dormir, la noche en urgencias ha sido horrible —pidió Margot— ¿Qué te ha dicho?

—Que pronto vendrá a EEUU, estará unos días en Miami, que si tengo posibilidad de ir.

—¿Quéee? —Kitty se sorprendió— Claro que puedes ir..

—¿Estás loca? No pienso ir..

—¿Le has dicho que no? —preguntó Lina..

—Claro que le he dicho que no.

—Tienes que ir —le respondió Margot—. Y acabar de una vez con esto..

—Otra loca —Lucía cogió otra pinza de la ropa para lanzarla por la ventana.

—Tienes que pasar página, me lo dijiste anoche tú a mí—Intervino Lina— Esta puede ser la oportunidad.

—Ir a Miami y verlo no es pasar página —se defendió Lucía—. Es empeorar las cosas.

—Quizás sí que lo sea, quizás sea justo lo que necesites—insistió Lina.

El resto de chicas asintieron en su apoyo..

—¡Sujetadla! —pidió Lina cogiendo el teléfono de Lucía. Se oyeron gritos, insultos, pero cuando Lucía estuvo libre de sus amigas ya Lina había acabado..

—Ahora sí que te has pasado —suspiró— “Sí voy”. Encima va a pensar que estoy imbécil con estas respuestas que le pones. Anoche el emoticono y ahora esto.

—No me da tiempo de escribir algo mejor —rió Lina.

Lucía se sentó en una de las sillas y apoyó la frente en la mesa..

—No pienso ir a ninguna parte —protestó.

—¿Cuándo es el concierto? —preguntó Margot.

—En un mes —respondió Lucía..

—Irás —respondió Kitty— Debes ir.

—¿Sabes lo que significa eso? Otros ocho años de.

—¿De qué? —intervino Lina— Si no has superado nada. Peor no vas a volver.

—Sí, sí que puedo volver peor.

Lucía se levantó y se dirigió a la ventana. Cogió otra pinza de la ropa y la lanzó hacia la ventana de James. No oyó el ruido que habían hecho las anteriores al impactar con el cristal, y eso le extrañó. No tardó en comprender que la ventana ahora estaba abierta y una joven rubia se asomó en seguida.

—¡La leche! —exclamó apartándose de la ventana— No está solo, qué vergüenza.

Se oyeron risas. Margot se acercó a la encimera asomándose por un lateral para no ser vista..

—Ufff... no le ha sentado muy bien parece. —dijo.

—¿La conocemos? —preguntó Lucía..

—Es Eva —intervino Kitty.

Lucía abrió la boca sorprendida..

—¿La de la clínica de podología? —preguntó.

—No, esa es Alice —aclaró Kitty— Eva es la auxiliar del veterinario.  
Lucía hizo una mueca.

—Bueno, se parecen ¿no? —se excusó..

—Sí, se parecen una barbaridad. —respondió con ironía Kitty— Alice es pelirroja y esta rubia. Son idénticas..

—Las mujeres de este maldito pueblo me importan poco —dijo Lucía acercándose al frigorífico— No es que los hombres me importen mucho más, pero este James me gusta para Lina.

Se detuvo a meditar y Lina apreció en su amiga un gesto malicioso..

—Lucía, por favor —suplicó Lina—. Déjalo ya.

Lucía miró a Kitty..

—¿Viste anoche lo mismo que yo? —preguntó Lucía y Kitty asintió—  
¿Crees que es posible?

Kitty arqueó las cejas y esbozó una sonrisa..

—¿Sobraron magdalenas?

—añadió Lucía y Kitty asintió de nuevo —¡Perfecto!

Lucía abrió el frigorífico.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Margot divertida.

—¿Tú no te ibas a la cama.

—Ni hablar, esto se pone divertido.

Lucía se dirigió hacia la lavadora y sacó la ropa de su interior..

—¿Dónde vas con eso? Ni siquiera está lavada —le preguntó Kitt.

—A tenderla.

—¿Seca.

—¿Quién se va a dar cuenta?

Kitty y Margot se colocaron en la encimera. Lina apreció que los lugares eran estratégicos para poder ver los jardines de ambas casas sin ser vistas. Era consciente que estaban acostumbradas a hacerlo. Reían observando a Lucía colocar el cesto junto al tendedero en el que se disponía a tender ropa seca sin lavar.

—¿Qué va a hacer esta loca? —preguntó Lina avergonzada.

—Estropearle el polvo a James —rieron.

—¿Pero este no estaba hace unos días con la chica aquella que trabajaba en la cafetería? —susurraba Margot.

—No le iría bien —respondió Kitty mirando a Lina— Lina, cuando te avise, sal al jardín.

—No pienso salir, no me gustan estos juegos. Además estoy en pijama. —

respondió Lina y Kitty hizo una mueca— Dile a Lucía que entre.

—Ni hablar —intervino Charlot— Esto tengo que verlo.

Lina vio cómo Lucía tiraba un trozo de magdalena al jardín vecino. Sully no tardó en aparecer. Lina se acercó también a la ventana para mirar, al estar la casa más alta que el jardín, podían ver ambos jardines a pesar de la valla de metro cuarenta de altura.

Los tres perros de Lucía comenzaron a ladrar y Kitty se apresuró a cerrar la puerta para que no pudieran salir al jardín. Lina ya conocía el nombre de todos, Argón, el galgo, Oliver, el pastor y Atila, el otro perro sin raza. Pudo ver a Sully relamiéndose con el trozo de magdalena..

—No falla —dijo Kitty.

Lucía lanzó un segundo trozo que Sully atrapó en el aire.

—Ya, ya se está acercando —reía Margot.

Un tercer trozo voló.

—¡Uy! —exclamó Margot, fuera lo que fuera había fallado. Lina no entendía el qué.

—Se le va a acabar la magdalena —lamentaba Kitty.

Voló otro trozo más.

—¡Bien! —Lina observaba y escuchaba sin entender.

Un trozo más cayó a un lado del jardín. Sully corrió hacia él pisando los arbustos y flores y volvió en seguida hacia la valla a por más..

—Tres, dos, uno —contaban las chicas— ¡Ahora!

El resto de la magdalena voló alto hasta caer sobre el tendedero de James, en el que algunas sábanas y camisetas se secaban al sol. Sully se abalanzó sobre ellas.

Se oyó un estruendo. El tendedero se volcó y Lina pudo apreciar cómo Sally rebuscaba entre la ropa la magdalena, pisando el vestuario con sus patatas llenas de barro.

Entonces entendió; los primeros trozos que lanzaba Lucía, intentando que el perro metiera las patas en el barreño de agua, que James dejaba para que el animal bebiera, hasta que fuera volcado, y después lo hacía pisar tierra blanda y oscura de las jardineras de las flores. No parecía ser la primera vez que lo hacía.

Kitty en seguida abrió la puerta y los tres grandes perros salieron a ladrarle a Sully.

Lucía entró en seguida empujando a Lina hacia fuera, no pudo sola, le hizo falta ayuda para sacarla de la cocina y cerrar la puerta..

—Estáis locas, qué vergüenza. Dejadme entrar —pidió desde el jardín.

Lucía le señaló hacia la casa de James, Lina fue consciente que le indicaba que el joven había salido al jardín. No tardó en oír su voz..

—Sully, ¿qué has hecho? —reprendía al animal.

Lina notó su cara ardiendo y temía girarse hacia James..

—Buenos días —lo oyó decir.

No tuvo más remedio que girarse. Lina miró hacia el suelo del jardín de James, Sully había hecho bien su trabajo formando gran estropicio de barro en la ropa.

—¿Te dije ayer que Sully tenía extrañas aficiones? —dijo James y Lina sonrió.

Una impresionante joven rubia salió al jardín, mirando con asombro la ropa llena de barro en el suelo. Lina quedó perpleja al comprobar el tipo de mujer con el que solía andar James y se avergonzó de su indumentaria, despeinada y con un pijama de flores que le favorecía bien poco. Bajó la cabeza y empezó a recoger la ropa que Lucía había tendido, echándola después en el cesto. Las chicas aún no le habían abierto la puerta para que pudiera entrar. “Lo que se tienen que estar riendo ahí dentro las tres”.

—A lavar todo de nuevo —protestaba James.

La joven rubia había clavado la vista en la ventana de la casa de las chicas, sabía de alguna forma, aunque no se vieran, las tres se encontraban allí.

—Eva — sonó de nuevo la voz de James— Ella es Lina, acaba de llegar de España.

—Bienvenida a Monfort —Eva cambió de semblante enseguida y se dirigió a ella con una radiante sonrisa.

Lina se ruborizó. Eva estaba impecable y ella hecha un esperpento. Sonrió sin más remedio para no parecer grosera.

—Gracias.

—¿Eres familia de Lucía? —le preguntó con interés Eva.

—Podría decirse que sí —respondió Lina viendo en la expresión de la joven un hilo de envidia. No le extrañó, Lucía había sido envidiada por las chicas desde siempre. Era guapa, una belleza elegante y natural acompañada de un carácter decidido y como no, un cuerpo de infarto. Mucho mejor que el de la joven rubia con todo aquel maquillaje, ondas peinadísimas, taconazos conjuntados con la chaqueta y un escote que dejaba entrever un pecho demasiado redondo para ser natural.

Lina se sentía mal, avergonzada, ridícula. Bajó la mirada y se dirigió hacia la puerta de la cocina con el barreño de la ropa. “Si esta es la forma con la que Lucía quiere ayudarme a aumentar mi autoestima, creo que se equivoca”. James, sin embargo, no apartaba los ojos de ella, quizás notando su incomodidad y vergüenza.

—Lina —la llamó Eva y Lina se giró para mirarla. —Dile a Lucía y a sus amigas que hay más entretenimientos que molestar a los vecinos.

Eva lanzó hacia el jardín de la casa una de las pinzas de la ropa que Lucía había tirado momentos antes. Lina sintió como le ardían hasta las orejas, se quedó sin habla. Apretó el barreño con fuerza para que no se le cayera al suelo.

—Si quieren ver a James, pueden llamarlo como hace todo el mundo —continuó—. Y si les molesta que...

La puerta de la cocina se abrió y Lucía salió con rapidez, pasando por delante de Lina..

—¿He oído mi nombre? —preguntó a Eva. James se acercó a la valla temiendo una inminente disputa entre las mujeres..

—Sí —Eva no se amedrentó con la presencia de Lucía— Le intentaba decir a tu amiga con palabras amables, que te vi lanzando pinzas a la ventana.

Lina se preguntó cómo Lucía iba a salir indemne de aquel bochorno. En parte se lo tenía merecido por andar haciendo niñerías para importunarla con James.

Pero Lucía era su amiga, casi como una hermana y no le gustaba que la avergonzaran tan descaradamente.

Lucía entornó los ojos, levantó el dedo índice y lo dirigió hacia James..

—Señor Wall, ¿cómo suele llamarte tu vecina preferida? —le preguntó con una frescura admirable.

—A veces a gritos —rió el joven—. Otras, lanzando cosas contra mi ventana.

Lucía sonrió con satisfacción y ahora parecía que la abochornada era Eva.

Lina abrió la boca. Recordaba el carácter peculiar de Lucía pero ella nunca dejaría de sorprenderle..

—Quería pedirte un favor —se dirigió hacia James, ignorando a Eva por completo—. A Kitty le ha surgido un imprevisto y tengo que ayudarla en la pastelería. Quería pedirte que acompañaras a Lina hoy porque Margot trabaja esta noche de nuevo. No quiero que esté sola todo el día y tiene que ir conociendo el pueblo. —Miró a Eva— Aunque si tienes planes.

James miró a Lina y sonrió. Lina se juró matar a Lucía en cuanto entraran a la casa.

Eva miró a Lina también y pareció reír, lo cual la hizo sentirse aún peor.

Lucía se dio cuenta de la reacción de la joven rubia.

—Claro que sí —aceptó James con amabilidad y la sonrisa de la cara de Eva se borró de inmediato..

—Muchas gracias —Lucía sonrió satisfecha mientras se dirigía hacia la puerta. —En un rato pasa a buscarla.

Empujó a Lina hacia dentro de la cocina y cerró la puerta.

—¡Qué vergüenza! — Lina tenía las mejillas ardiendo..

—Ha salido mejor de lo que esperaba.

Kitty y Margot rieron..

—Vaya cara se le ha quedado a la rubia —reía Margot.

Lucía rió también.

—No es mi mejor día —se excusó Lucía—. Pero no por eso iba a dejarle ventaja. ¡Será descarada! Kitty, me iré contigo hoy, qué remedio si la le he dicho a James que iba a ayudarte. Lina se quedará con James.

Se giró hacia Lina y la señaló con el dedo.

—Aprovecha el tiempo —le advirtió— tendré que aguantar las miradas llenas de odio de esa rubia cada vez que lleve a los perros al veterinario.

Rió con ironía.

—Pero el veterinario es guapo —intervino Margot— Merecerá la pena.

Lucía miró a Margot con los ojos entornados.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a decidirte con el veterinario? —le importunó a la pelirroja.

—Cuando se olvide del cardiólogo de urgencias—intervino Kitty.

—Ese folla putas no te conviene —Margot miró hacia un lado y Lucía levantó el dedo índice—Dime que otra vez no...

Kitty, que ya sabía algo del tema de Margot y el cardiólogo, intentó desviar la atención hacia Lina de nuevo.

—Anda arréglate que estás hecha un desastre —la empujó hacia las escaleras— ¡Lucía! Si vas a venir date prisa, no pienso esperarte.

Margot aprovechó para huir. Pero a Lucía no se le pasó por alto. Margot había vuelto a caer con un imbécil que la volvería a hacer sufrir y eso la alteraba en gran medida.

## 5. El hombre ideal

Hacía ya rato que Kitty y Lucía se habían marchado y Margot estaba ya dormida. El timbre sonó. Lucía se miró en el espejo antes de salir. Llevaba unos jeans nuevos que no le quedaban todo lo bien que deseaba, y una camiseta de media manga blanca. El desastre del cabello lo había arreglado Lucía con su plancha de pelo “resuelve todo” y en el maquillaje le había echado una mano Margot.

No se sentía fea al menos, que ya era algo.

Abrió la puerta y allí estaba James, para su sorpresa, sin más compañía que la de Sully. El joven en seguida se dirigió hacia las deportivas que llevaba Lina.

James quería ir a pie para enseñarle a Lina Monfort. Llegaron hasta el centro, James le explicó dónde estaban los puntos más importantes del pueblo; el centro médico, la comisaría, correos, las entidades financieras. Pasaron junto al trabajo de James, y Lina conoció a algunos compañeros de James. Todos parecían muy amables y se ofrecieron en ayudarla al menor de los problemas.

James fue correcto durante todo el recorrido y sus conversaciones fueron más divertidas de lo que Lina esperaba de un joven con aquella indumentaria y fama.

Comprendía el por qué al parecer la mayoría de mujeres solteras del pueblo lo pretendían, James no era solo lo que aparentaba, era mucho más. Y sus ganas de matar a Lucía aumentaban a medida que iba conociendo más a James.

Era la hora del almuerzo y se sentaron en la parte exterior de una pizzería, junto a unos jardines, donde se admitían perros.

Pasar el día junto a James le estaba gustando tanto que se lamentó de la cabezonería de Lucía por acercarla a él. James no era hombre para ella, no quería engañarse. Las miradas a su alrededor le recordaba cada instante que ella no era el tipo de mujer que a él le gustaba. James era de sobra conocido en Monfort y solía atraer las miradas de las féminas de cualquier edad. Lina, a

su lado se sentía observada también y eso la incomodaba. Sí, mujeres y hombres la miraban con curiosidad y en sus ojos podía ver reflejado el asombro de cómo el guapo de Monfort acompañaba a una desconocida joven extranjera sin ningún atractivo..

—¿Estás bien? —le preguntó el joven.

—Nos miran —le respondió ella— Para ti es normal, para mí es incómodo.

James sonrió y Lina sintió un vértigo en el estómago que aumentaba a medida que pasaban las horas y estas volaban..

—Te miran a ti —respondió él—. Aquí todo el mundo se conoce y tú eres nueva.

Lina arqueó las cejas..

—Te esperaban con Eva quizás.

James se sobresaltó al oír ese nombre, como si se hubiese olvidado por completo de ella y la recordara en ese mismo momento..

—Sus tacones eran demasiado altos para tan largo paseo —sonrió.

—Me imagino —Lucía hizo una mueca. No quería ni imaginarse andar durante horas con semejantes zapatos..

—Es la primera vez que paseo con una mujer que lleva zapatillas de deporte —rió él.

“Me alegra ser la primera en algo”

James se incorporó..

—Vamos —miró su reloj— Cerca de aquí hay un lago. A Sully le encanta.

Lina sonrió. Estaba cansada de la paliza de andar que le estaba dando James, pero el tiempo volaba junto a él y le daba igual que la llevara a un lago o al fin del mundo. Empezaba a oír en el interior de su mente las palabras de Lucía que le repetían que disfrutara del momento.

El lago era un lugar tranquilo y bastante agradable. James estaba tumbado en el suelo, recostado de lado. Le hacía preguntas a Lina que ya comenzaba a incomodarse con tanto interés por parte del joven. Realmente no quería contarle nada sobre su vida en España, sobre la enfermedad de su madre o que su ex la había dejado por otra mujer. Pero al cabo de un rato y sin darse casi cuenta, le había contado a James gran parte de todo lo que, precisamente, no quería confesar.

Llegó el momento de que James respondiera preguntas. No había nacido en Monfort sino en Nueva York pero hacía unos dos años que se había mudado al pueblo.

James no era del todo lo que Lina esperaba, si es que no mentía en sus respuestas. Porque era cierto que todo el mundo quiere mostrarse mejor de lo que es en una primera toma de contacto con otra persona. Pero Lina dudaba de que aquello fuera por esa razón, ya que estaba segura de que James no tenía ningún interés en ella.

Estuvieron largo rato conversando sobre el trabajo de James y el porqué había decidido hacerse bombero. Su padre, también lo había sido, pero ya no vivía. Murió trabajando cuando sucedió el atentado de las torres gemelas.

Lina recordaba con exactitud el día que ocurrió lo de las torres. Lo vio todo por televisión, como si fuera una película, sin embargo ahora podía ver las consecuencias en los tristes ojos de James. El joven le decía que entonces decidió seguir los pasos de su padre.

Era único hijo varón en una familia de mujeres. Tenía cuatro hermanas mayores que él, así que estaba acostumbrado a todo lo relacionado con las féminas. Dice que eso hacía que su relación con las chicas fueran tan buenas.

—Conozco sus gustos, cómo piensan, qué les gusta. —rió James— Me sé los nombres de todas las revistas de belleza y de moda, las series de televisión, reconozco ciertos perfumes y sé que la raya del ojo se maquilla después de las sombras.

Lina rió también. No imaginaba a James jugando a vestir muñecas tal y como él le estaba contando.

—Soy un superviviente. —añadió—. Ahora mis hermanas viven lejos, Canadá, Australia, Londres y Roma.

Lina entendió que no era la única persona que pudiera sentirse sola por completo. James ya no tenía a sus padres vivos tampoco. Sus hermanas estaban lejos, al igual que ella tenía lejos a la suya. Entendió la diferencia de afrontar la soledad en mujeres y en hombres. Ella estaba completamente retraída en cuanto a los demás y al contrario, James parecía ser promiscuo por lo que contaban sus tres amigas, aunque en todo el tiempo durante la conversación, el joven no le hubiese nombrado ni a una sola mujer que no fueran sus hermanas.

—¿Y cómo acabaste tú en este pueblo?—preguntó Lina.

—Necesitaba irme de Nueva York, alejarme de amigos y lugares que no me recordaban nada bueno y... Se hace de noche —se puso en pie y llamó a su perro—. Debemos de irnos ya porque el camino de vuelta no está iluminado.

Lina se sobresaltó. James había estado a punto de contar algo pero se había arrepentido. Lo había notado y eso aumentaba su curiosidad. Pero no

quiso retomar la conversación, quizás en otro momento, ese algo, lo que fuera que iba a contar, no era cómodo para James y de ninguna manera quería parecer una entrometida, así que no añadió nada más y lo siguió mientras James ataba a Sally a la correa.

—No quiero que salga corriendo tras alguna ardilla y se extravíe. En menos de media hora todo esto estará oscuro y no se verá absolutamente nada.

Lina, apresurando el paso junto a él, tropezó con una de las piedras del camino y fue a caer, pero James la agarró en seguida. Ella, por instinto de no caer, se agarró a él. Notar el cuerpo de James a través de la camisa la hizo ruborizarse.

Era extraño, había pasado todo el día con él y se había acostumbrado a su imagen, a su voz, a su risa sin que le causara ninguna respuesta física y en aquel instante, el estómago comenzó a hacer estragos agradables. A pesar de ser reacia a hacerse ilusiones con James, la sensación que experimentaba era tan placentera que se demoró en soltar a su salvador.

—Gracias—Lina sonrió.

—No acostumbras a hacer deporte, ¿verdad? —No era exactamente una pregunta sino una afirmación, así que Lina se avergonzó..

—¿Tan torpe soy?

—No es eso —rió—. Casi no puedes respirar.

“No es solo por andar con rapidez.” Se dijo ella, pero claro, no podía decirle a su vecino los verdaderos motivos de su entrecortada respiración. Miró hacia un lado.

—Suelo ir a correr todos los días —le dijo él—. Si quieres puedes venir conmigo y mejorarás tu resistencia.

Lina no supo qué decir. De verdad que le gustaba la compañía de James pero dudaba si aceptar pasar más tiempo con él sería mala cosa. Y correr no era algo que le entusiasmara tampoco.

—No soy tan agotador como tu amiga Lucía—añadió James y Lina comenzó a reír al escuchar el nombre de su amiga Lucía.

—Lo de Lucía y el deporte... tiene explicación.

—Siempre lo he imaginado —James rió también. Sí que era verdad que conocía bien a las mujeres.

Por el sendero de arena llegaron en seguida al parque que estaba frente a las casas. Había luz dentro de la casa de Lina.

Lo único que no le apenaba de despedirse de James era que tan solo lo tenía a unos metros de ella.

Miró a Sully, hasta el perro le gustaba ya, con semejante dueño qué mujer no aceptaría el pack completo. Ahora entendía aquellas numerosas jóvenes de Monfort rendidas con él. James lo tenía todo o eso parecía. Lejos de aquel físico de músculos contorneados, abdominales visibles y preciosos ojos, el joven parecía ser sensible, cariñoso, intuitivo y atento. Y lo que más temía Lina, que a pesar de sus pocas posibilidades con él había caído en su red y esta prometía ser de lo más enredosa.

—Nos vemos entonces—se despidió ella.

—Todos los días —respondió él y a Lina pareció darle un vuelco el estómago. Sintió que ir a Monfort era lo más maravilloso que le había ocurrido nunca. Y solo pensar que a tan solo unos días atrás lloraba por el imbécil e insignificante de su ex novio le hizo sentir estúpida. Le decían sus amistades, para consolarla, que había más hombres y ella nunca les prestaba atención. Pues llevaban razón, a miles de kilómetros había un hombre que ni en el de sus sueños podía superar y ahora lo tenía delante.

“Menuda imbécil he sido llorando por un capullo” y se acercó a James para besarle en la mejilla. No era algo que el joven esperara, y que ella hizo más por reflejo que premeditado, puesto que andaba perdida en sus pensamientos, sin embargo, a James pareció gustarle.

—Muchas gracias—le dijo Lina—. Lo he pasado muy bien y Monfort me ha encantado.

—Lo que necesites estoy ahí mismo —señaló su casa—. Si te aburres, no sabes qué hacer, hay tormenta, tienes miedo, o tu casa arde...Grita.

James no podía ser de verdad, todo aquello no podía ser real y su estómago la estaba mareando de tantas cosquillas. Abrió la puerta principal y se despidió con la mano por última vez.

Al cerrar la puerta encontró a Lucía con los brazos cruzados y los ojos llameantes.

—Tengo, de verdad, una gran mezcla de sensaciones —le dijo Lucía completamente seria—. Por un lado, el enfado y la ira de tener varios mensajes de wathshapp en el móvil, de alguien a quien no quiero ni nombrar, por tu culpa.

—Por otro lado —sonrió— la curiosidad de que me cuentes todo lo que ha pasado hoy con ese pedazo de tío.—abrió los brazos— No sé por dónde empezar.

—Al diablo con tus mensajes—Kitty entró en el hall y agarró a Lucía por el antebrazo, tirando de ella hacia la cocina. —Que nos cuente cómo le ha ido.

En la mesa de la cocina había una bandeja con un bizcocho. Lina fue a cortar un trozo, el azúcar le venía bastante bien para recuperarse del altere que le traía su cuerpo. Entonces se dio cuenta de la forma extraña del bizcocho, cuando su mente descubrió lo que era, se ruborizó y soltó el cuchillo.

Lucía rompió a carcajadas y Kitty le ofreció el cuchillo de nuevo a Lina.

—Tranquila, corta el bizcocho. Era un encargo para una despedida de soltera —explicó la pastelera— Pero se rompió por un lado... y tuve que hacer otro. Pero es bizcocho normal, relleno de nata por el extremo de...

—Vale, vale, no me expliques más—Lina cogió el cuchillo y lo clavó en el extremo fino del bizcocho. En cuanto cortó la nata salió por todas partes. Rieron.

—No te puedes hacer una idea lo de bizcochos que me encargan de este modelo —dijo Kitty—. Despedidas de soltera, celebraciones de divorcios o cumpleaños.

Lina les contó todo. Sus amigas escucharon, opinaron y comieron el bizcocho. El final del día fue tan maravilloso para Lina como el resto. Le gustaba su nueva familia. Lucía seguía siendo como una hermana mayor para ella y Kitty no podía ser mejor persona.

Margot era también excelente, pero no estaba pasando un buen momento personal. Demasiadas horas de trabajo, una relación tóxica con uno de los médicos con los que trabajaba y poco tiempo para ponerle remedio a su vida.

Kitty y Lucía intentaban ayudarla, pero Margot caía una y otra vez ante aquel imbécil.

Y ahora, ambas estaban muy divertidas con Lina y James. Tanto que Lucía olvidó sus mensajes. Lina sin embargo, quería saber.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lina a Lucía.

—Quiere verme —respondió Lucía— Si no voy yo, vendrá él.

—¿A Monfort? —se extrañó Lucía— Qué fuerte.

—¿Qué mas da? Aquí no lo conoce nadie. —añadió Lucía—. Puede venir como una persona normal y andar por la calle sin escolta.

Y llevaba razón. En el norte de América no era conocido.

—¿De verdad es tan famoso? —curioseó Kitty.

—En España llena estadios de jóvenes que le gritan, lloran y le tiran ropa interior —explicó Lina.

—No pienso responderle, no quiero hablar con él, ni quiero saber nada más. ¿Ahora me llama? ¿Ahora por qué?

—Eso es lo que tienes que averiguar —le respondió Lina—. ¿Por qué

ahora?

—Yo no tengo que averiguar nada. Que haga su vida, con su fama, su dinero, miles de mujeres y todo lo bueno que le está dando la vida. Yo haré la mía.

—Piénsalo.

—No.

—¿Le has respondido algo más que lo que yo le puse? —preguntó Lina.

—No —¡Bien! No estás segura entonces de no ir —rieron.

Lucía protestó y todas bromearon hasta la hora de dormir. Definitivamente había sido uno de los mejores días de Lina en mucho tiempo.

## 6. De vuelta a casa

Ya era lunes y tenía que ir a trabajar. Estar en el vivero con los ancianos, dueños de la granja, era como estar en casa de los abuelos. Lina se sentía más una invitada que una trabajadora. Todo le pareció tan maravilloso en su vida que pensó que algo muy malo pronto iba a ocurrir. Ella no solía tener tan buena suerte.

Por la tarde, regresaba a casa en la bici, vintage y muy femenina, de su amiga Lucía. La carretera estaba tranquila, solo de cuando en cuando pasaba algún coche.

Llegó al pueblo y se dirigió hacia la casa.

Aparcado a un lado de la calle había un camión blanco con un letrero. En seguida se dio cuenta que era un camión de servicio, de los que había donde trabajaba James.

“No puede ser” y su guapo vecino estaba dentro de él. James con uniforme impresionaba aún más que con ropa de calle. El azul marino de la ropa le resaltaba el color claro de los ojos. Lina casi cayó de la bici cuando James le sonrió y en seguida abrió la puerta del camión para saludarla.

Lina frenó en seco. La bici de Lucía era demasiado alta para sus piernas pero controló bien el pie para apoyarlo en el suelo.

—¿Cómo te ha ido tu primer día?—se interesó James.

Lina tragó saliva, James uniformado le imponía, como si no fuera el mismo con el que había pasado todo el día del sábado.

—Ha ido bien —le respondió.

James inspeccionó las pequeñas palancas del manillar de la bici.

—¿Te cuesta pedalear?—preguntó.

—No —se apresuró a mentir Lina.

—¿Seguro?—James accionó una de las palancas.

Claro que le costaba, la bici estaba demasiado dura y no sabía el porqué.

Había visto las palancas del manillar, pero no se atrevió a tocar ninguna

cuando la cogió por la mañana por miedo a estropear la bici y tener que ir al vivero a pie.

James accionó otra de las palancas.

—Ahora irás mucho mejor —sonrió.

Lina se sintió estúpida de no haberlo hecho ella misma. Le dolían las piernas de pedalear tan fuerte.

—Me dijiste que querías pasta para cenar el viernes —añadió James—. ¿Alguna salsa en especial?

Lina se mordió el labio, prefería que James no fuera tan amable con ella. No debía de serlo, ella no le interesaba en absoluto, no era una mujer con aspecto de muñeca de plástico como las amigas que solían ir a su casa a juzgar por la rubia que llegó a ver en casa de su vecino.

—Cuatro quesos —respondió con rapidez poniendo empeño en que no le vibrara la voz.

Que James fuera atento la ponía nerviosa.

—Vale, cuatro quesos—repitió él.

Lina arqueó las cejas. Necesitaba pedalear lejos de James y su camión de bomberos. Parada frente a él, sobre la bici, la hacía sentirse como una colegiala que acababa de encontrarse con el guapo de la clase. No era muy distinto, salvo que ella era adulta y sabía las consecuencias de estar cerca de un hombre como James. Pero él no subía a su camión y ella no sabía cómo decirle que se tenía que marchar.

—¿Vas a casa?—le preguntó él.

—Sí —respondió ella enderezando el manillar para continuar con su camino.

“Dónde si no”.

James pareció darse cuenta del gesto de Lina y sujetó el manillar para que no pudiera retomar la marcha.

—Acabo el turno en un rato —le dijo—. ¿Te gustaría ir a la cafetería de Kitty a tomar un helado?

Lina abrió la boca para responder pero volvió a cerrarla de inmediato cuando se dio cuenta que iba a aceptar la invitación. Había tenido todo el domingo para pensar y todo el día, mientras arreglaba las plantas del vivero, no había dejado de darle vueltas a la cabeza. Sabía qué era lo mejor para ella.

—Lo siento, pero hoy, necesito descansar —respondió lamentando cada palabra.

James asintió y Lina pudo notar su incomodidad. No estaba acostumbrado

a los rechazos, de eso estaba segura. Sin embargo no parecía enfadado, aunque ya no sonreía. Se apartó de su camino y se dispuso a subirse al camión de nuevo.

Lina sintió que había metido la pata de gran manera con James. Si Lucía llevaba razón, acababa de hacer desvanecer las pocas posibilidades con el guapo vecino.

Sin embargo, estaba segura de que era lo mejor si quería recuperarse de la pérdida de su madre y la crisis emocional que le había dejado la ruptura de su noviazgo.

Tenía que salir adelante sola.

James puso un pie en el escalón del camión y se alzó para subir y Lina giró uno de los pedales para avanzar. Pero James volvió a dejarse caer en el suelo, acción que obligó a Lina a detenerse de nuevo.

—¿Te gusta el helado?—le preguntó y Lina se sintió contrariada.

La joven miró hacia un lado.

—Claro que me gusta—James asintió pensativo—. Pero estás cansada.

Lina comenzó a ruborizarse.

—¿Y si te lo llevo a casa?—insistió.

Lina abrió la boca sorprendida. Sentía la cara ardiendo. No sabía qué decir, ya no podía poner excusa. Asintió con la cabeza.

—Dé qué sabor —le preguntó.

—Nata con nueces—respondió con rapidez. Entre la pasta y el helado, James acabaría haciéndola engordar a pesar de hacer kilómetros en bici. Comenzó a sentir demasiado calos a pesar que ya era entrada la tarde y notó algunas gotas de sudor por su espalda. Supuso que el esfuerzo del pedaleo se sumaba a los nervios que le estaba provocando James.

—Te lo llevaré después de cenar —añadió—. Hasta la noche.

James subió al camión y lo puso en marcha en seguida. Lina aún no había retomado la marcha, casi no era capaz de moverse. Vio el camión de James alejarse mientras intentaba recuperar la respiración.

“Madre mía”. Necesitaba regresar a casa y ducharse y aclarar sus ideas e idear la manera de que detener las amabilidades de James.

## 7. Chocolate, galleta, caramelo y almendras.

Lucía había roto a carcajadas en cuanto Lina le contó lo de James.

—Lina —le dijo—. James no está acostumbrado a hacer invitaciones porque suele ocurrir al revés. Y si alguna vez lo hace, sonría y nadie lo rechaza. Es normal que intentara cerciorarse de que no era por no verlo. ¿Lo entiendes? Quería comprobar si de verdad no te apetecía salir o si no querías estar con él. Ya le has dado a entender que no era por él, ni por el helado.

—¿Qué yo qué? —se defendió Lina—. Si yo no quiero que venga.

—Y por qué le dijiste que sí—Lucía la miró con picaresca.

—Porque ya le había dicho que no y no quería que...

—Que pensara que no te interesa, ¿no?—añadió Lucía.

—No es eso, de verdad —Lina se sentó en uno de los sillones. Ya se había duchado y llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta color gris claro—. No quiero que sea amable conmigo.

—Pues díselo. Dile que se comporte como un estúpido —Lucía miraba hacia el televisor.

—Lucía, hablo en serio.

—Y yo también —le respondió sin mirarla—. Es lo que necesitas para recuperarte, según tú, que un hombre guapo y amable se comporte como un estúpido. Sí, eso te ayudaría muchísimo a recuperar tu autoestima.

El tono irónico de Lucía la estaba enojando.

—No me entiendes—se cruzó de brazos.

—Sí te entiendo —respondió su amiga—. Te ves pequeñita a su lado y temes hacerte ilusiones y pegarte el batacazo. Claro que te entiendo.

Lina enmudeció, quizás eso mismo le ocurría a Lucía con su antiguo amor, ahora ídolo de masas. Estaba segura, eso era.

—¿Qué piensas hacer? ¿Irás al concierto?—le preguntó a Lucía.

—Aún no lo he decidido —respondió Lucía—. A veces pienso que lo mejor es no ir y otras...Realmente no sé qué es lo mejor, la verdad.

Quedándome aquí no me ayudará a superar nada. Si en ocho años por el mundo no he podido cerrar aquello...

“Y yo rechazando las invitaciones de James tampoco solucionaré nada”.

—¿Te ha vuelto a escribir?—preguntó Lina de nuevo.

Lucía negó con la cabeza.

—Me ha llamado —respondió u Lina se sobresaltó—. Pero no le he cogido la llamada. No estoy preparada aún para hablar con él. No hasta que no esté segura de lo que voy a hacer.

Lucía tomó aire. Lina la observó. Estaban en posiciones parecidas, temerosas por unas razones similares aunque sus situaciones eran diferentes. Siempre había admirado a Lucía, tan guapa, tan deportista, tan segura de sí misma, pero en aquel momento, no era muy diferente a la propia Lina.

Se oyó un ruido procedente de l cocina. Alguien llamaba a través del cristal.

Los perros comenzaron a ladrar.

—Tu helado ha llegado —bromeó Lucía.

Lina se levantó de un salto, acababan de cenar, no lo esperaba tan pronto.

Lucía rompió a carcajadas.

—Tranquila mujer, hace calor pero seguro que no se derrite antes de le abras.

Lina le empujó en el hombro antes de dirigirse hacia la cocina. Lucía continuaba riendo.

Abrió la puerta de cristal que daba al jardín y allí estaba James con un vaso de cartón rosa con las iniciales de Kitty.

—Helado a domicilio —le dijo con una amplia sonrisa.

Lina casi resbaló por los escalones que accedían al jardín cuando lo vio sonreír, acababa de ser consciente de que en la otra mano, portaba otro helado, supuso que para él. Lo cual le hizo deducir que pensaba quedarse a tomárselo con ella. A pesar de haberlo visto dos horas antes, con cada cambio de luz, James parecía distinto y no sabía con cual imagen suya quedarse. “¿Cómo demonios ha saltado la valla con dos helados en las manos?”

James frunció el ceño.

—¿Ya no te apetece?—preguntó contrariado.

—No, quiero decir, sí claro que me apetece, pero... —suspiró.

No sabía si invitarlo a entrar, pero Lucía estaba en el salón y seguramente quitaría el sonido de la televisión para enterarse de todo lo que hablaran y eso le incomodaba. Así que tomó el vaso de helado y se sentó en los escalones.

—Muchas gracias—sonrió casi por inercia.

James se sentó a su lado y le dio una cucharilla de plástico a juego con el color del cartón.

James hundió su cucharilla en su helado marrón chocolate y comenzaron a salir pequeños trozos color miel de él.

—¿De qué es el tuyo?—le preguntó Lina con curiosidad. El helado de James tenía mucho mejor pinta que el suyo.

—De chocolate con galleta, caramelo y almendras—respondió él levantando la cuchara— Pruébalo.

Antes de que Lina pudiera decir nada ni reaccionar, se encontró con la cuchara de James metida en la boca. Su lengua se heló de inmediato, pero el resto de su cara ardía sin remedio. Se tragó el helado casi sin paladearlo.

—¿Te gusta? —preguntó James ignorando la incomodidad de Lina. Esta asintió tratando de no atragantarse. Notó hasta los trozos de almendras rasgándole la garganta.

Luego continuó con el suyo, no estaba mal, pero el de James era mucho mejor sin duda.

—Kitty hace los mejores helados de la ciudad —continuó James llenando la cuchara.

—Ya me lo dijo Lucía —apenas había terminado de pronunciar la frase cuando se encontró de nuevo con la cuchara de James en la boca.

—Conocí los helados de Kitty incluso antes de mudarme a Monfort, antes de que ella montara Kitty's Palace. Ella trabajaba en una heladería de Nueva York.

Ni siquiera creo que se acuerde de mí.

Lina frunció el ceño.

—Yo solía ir por allí porque me habían hablado de uno de los helados que hacía la propia dependienta—alzó su vaso—. Este.

Volvió a darle una cucharada más a Lina, que apenas había tenido opción de probar el suyo propio. Cada vez le estaba gustando más el helado que le ofrecía o mejor dicho, que le obligaba a tragar James.

—Sin embargo hace años que no lo comía—añadió él.

—No te lo estás tomando ahora tampoco —observó ella y él pareció ser consciente de que era cierto. Puso remedio en seguida.

Lina observó su rostro. Debía de gustarle mucho aquel sabor sin ninguna duda.

—Tal y como lo recuerdo —dijo.

Lina aprovechó para comer del suyo.

—¿Mucho trabajo hoy? —preguntó, fue lo primero que se le ocurrió para romper el incómodo silencio.

—Un aburrimiento, como siempre, aquí nunca suele pasar nada—respondió él.

—¿Y si te aburres por qué no vuelves a la ciudad?—preguntó de nuevo.

James frunció el ceño y a Lina le empezaba a encantar que hiciera ese gesto.

— ¿Irme de Monfort?—inclinó su espalda alejándose de Lina—. Nunca me iría de aquí.

Miró a Lina de reojo.

—¿Y tú? ¿Hasta cuándo piensas quedarte?—preguntó él.

—No tengo ni idea —respondió con sinceridad. Todo dependía de qué color tomaran las cosas. Realmente pensaba que tendría que salir huyendo de Monfort si se cumplían sus augurios, pero eso no se lo podía contar a James.

—Te quedarás más tiempo del que piensas, nadie se marcha de Monfort —afirmó él y aprovechó el momento para meterle otra cucharada de helado de chocolate a Lina en la boca. La volvió a coger desprevenida.

Lina giró su cabeza hacia la casa, pudo apreciar las luces ya apagadas. Lucía se marchaba a la cama. Kitty ya dormía, ni siquiera había cenado de lo cansada que se encontraba y Margot estaba de guardia, como casi siempre.

Argón husmeaba a ver si le daban algo de helado. Lina lo apartó con la mano.

—¿No te gustan los perros?—preguntó James.

—Sí que me gustan, pero nunca he tenido animales en casa. Mi madre era alérgica a casi todo.

Al escucharla nombrar a su madre James cambió su semblante. Él había perdido a la suya a los trece años.

—¿Cómo lo llevas?—le preguntó y Lina supo a que se refería a la muerte de su madre.

—Bastante mejor que en casa—respondió.

James sonrió y volvió a darle helado. Lina comenzaba a enojarse con la confianza que se estaba tomando James con ella. Apenas lo conocía, realmente sabía poco de él y le daba el helado como si fuera una niña pequeña, eso sin contar que estaban compartiendo cuchara, aunque esto último le importaba poco.

Su helado de nata se estaba haciendo líquido en el interior del vaso. El de

James estaba casi acabado.

—El próximo día traeré los dos de chocolate—dijo él.

“¿Próximo día? Este se cree que va a venir todas las noches a traerme helado.

Ni hablar”.

James pareció notar la incomodidad de Lina.

—Si quieres, claro —añadió.

Lina lo miró contrariada. Era el momento de hacer caso a la ironía de Lucía.

Podía decirle que no, que no quería que volviera, ni tampoco cenar el viernes en su casa y que dejara de ser tan amable con ella.

James esperaba su respuesta. ¿Quería o no quería? Mirándolo, Lina era incapaz de decirle que no. Le encantaba James, no tenía dudas de que estaba cayendo en sus redes como una imbécil, como seguramente hacía el resto de mujeres que llevaba a su casa. Tan solo de pensarlo sentía un agradable martilleo en el interior de su estómago. Tomó aire. No era capaz de ser grosera con él pidiéndole que no volviera a buscarla cuando realmente le gustaba su compañía.

—Claro, de chocolat...—la última cucharada de helado fue a parar a su boca de nuevo.

James rió.

—Uno grande —añadió él y Lina asintió, ya no estaba tan frío como el primero y pasó más fácilmente a través de su garganta.

La joven miró su helado, estaba completamente derretido. Tenía las manos heladas de sujetar el vasito, sin embargo en el resto de su cuerpo sentía calor.

James se levantó del escalón.

—No quiero entretenerte que sé que querías descansar —le dijo cogiéndole la barbilla y sacudiéndosela con delicadeza—Hasta mañana.

Lina quedó inmóvil con aquella forma de despedirse de ella. Lo vio alejarse hacia la valla. El joven saltó hacia el otro lado.

—James —lo llamó cuando recobró el control de su cuerpo—Muchas gracias.

La claridad de la sonrisa de James podía apreciarse aunque fuera de noche.

“Es imposible que este hombre sea de verdad. Esto parece una broma”.

Puso la frente sobre las rodillas “No puede ser”. Notó humedad en su mano, uno de los perros de la casa, Atila, lamía el vaso con el helado

derretido.

—Atila, no, ¡qué asco!—sentía la mano pegajosa. Se metió en la cocina para lavarse la mano. Desde allí podía ver la luz encendida en casa de James. Suspiró.

“A tan solo unos metros”. En la casa de al lado estaba la razón del peor de sus temores, no iba a poder recuperarse si algo ocurría con James. Sin embargo, no se creía capaz de resistirse por mucho empeño que pusiera.

Aún sentía el martilleo en su estómago, que aumentó considerablemente cuando percibió la silueta de James a través de la cortina. La luz de su casa cambiaba de color, supuso que había encendido la tele. Sonrió sin darse cuenta.

“No sé si venir a Monfort ha sido una buena idea”. Quizás no lo había sido, pero cómo iba a imaginar la sorpresa que le esperaba en la casa de al lado.

## 8. Entre perros y gatos

El tiempo había volado aquella semana y antes de que Lina se diese cuenta ya era viernes por la tarde. Los viernes solo trabajaba en el vivero por la mañana así que después de comer, se fue a descansar a su dormitorio.

Lucía no estaba en casa, había salido a almorzar con unos clientes y su jefe.

Hasta lo que sabía, Margot tenía varios días libres en recompensa a sus noches de guardia, sus turnos eran muy parecidos a los de James, sin embargo no la había visto bajar a almorzar, supuso que estaría descansando en su dormitorio. Kitty, por extraño que pareciera, había ido a casa a almorzar.

No había visto a James de cerca en toda la semana, tan solo alguna vez se cruzó con él cuando sacaba a pasear a Sally o salía a correr. Pero no había vuelto a hablar con él desde la noche del helado y eso aumentaba su impaciencia por que llegara la noche.

Aunque una parte de ella dijera que prefería que James no volviera a mostrarse cercano con ella, la otra parte estaba deseando verlo aparecer en el jardín con helado de chocolate. Pero James no había vuelto a hacer algún intento de acercarse a ella.

Así que estaba deseando de estar cerca de él aunque fuera junto a las tres mosqueteras que convivían con ella y a las que empezaba a adorar también.

Tenía que ser sincera con ella misma, había caído ante James, no tenía dudas.

No recordaba ni un solo momento en toda su vida en el que hubiese sentido aquello por nadie. Estaba ilusionada tan solo con la idea de cruzárselo en la puerta de su casa o coincidir tendiendo la ropa en el jardín, situaciones estúpidas y casuales, anhelos que le amedrentaban el día, le hacía volar el tiempo en el vivero y le impedían dormir por las noches.

Se sobresaltó al oír una voz, era Kitty llamándola desde la escalera. Salió de su habitación en seguida.

—¡Margot! —también llamaba a la enfermera.

Lina salió al pasillo que llevaba a la escalera y entre los barrotes de

madera vio a Kitty. Ya estaba vestida para marcharse a la pastelería. Margot había salido también de su habitación, su pelo ondulado estaba algo despeinado, y sus ojos siempre perfectamente maquillados, estaban emborronados de rímel. Kitty en seguida reparó en ella.

—¿Llorando otra vez? —le recriminó— ¿por el capullo ese? Mira que te dije...

—Ya lo sé —la interrumpió Margot—. Pero no es tan fácil.

Margot se giró hacia la pared y se limpiaba los ojos.

—¡Vale ya! —Kitty subió un par de escalones— ¡Y que no te enrede más! ¡Dame el móvil! Si no lo mandas a la mierda tú, lo mando yo.

Hacía calor en el descansillo. Entraba el sol a través de la ventana circular del pasillo. Margot llevaba un mono de pantalón corto sin tirantas y se recogió el pelo aún dándoles la espalda.

—No hace falta —le dijo—. Ya lo he hecho yo.

Kitty la miró desconfiada.

—Es la quinta o sexta vez que lo mandas a la mierda. No me lo creo —le respondió. Margot guardó silencio.

Margot era la más desconocida para Lina. La exuberante pelirroja siempre solía estar fuera de casa trabajando o en compañía de un hombre que Lucía y Kitty no aprobaban para ella, el cardiólogo de urgencias que por lo que Lina había podido enterarse, iba a casarse la próxima primavera. Además de estar con su novia y con Margot, tenía otros escarceos en Monfort y en la ciudad donde a veces pasaba consulta. Un “regalo” de hombre según sus amigas.

Margot era consciente de todo ello y a veces había dejado el contacto con él, pero pasaba demasiadas horas en el hospital y él volvía a enredarla. Lina se preguntó si ella misma accedería a tales condiciones por James. A veces pensaba que no, pero otras sabía que Margot lo tenía realmente difícil.

—Bueno, lo que os iba a pedir —retomó Kitty ignorando las lágrimas de Margot— Tengo que irme ya a la pastelería si quiero estar a la vuelta para la cena de James. Argón no deja de vomitar, ya he llamado al veterinario y le va a hacer hueco esta tarde. Lucía tampoco está así que solo quedáis vosotras para llevarlo.

Además, Margot, a ver si con la visita se te alegra el día.

Margot miró hacia un lado. Kitty bajó tres escalones.

—¡Ah! —se giró de nuevo hacia ellas— Y dadle recuerdos de mi parte a su ayudante, Eva.

Kitty rió mientras continuaba bajando. La puerta de la casa se oyó cerrarse

y Margot y Lina se miraron.

—Vamos en mi coche—dijo Margot—. ¡Qué remedio!

Margot entró en su dormitorio y Lina fue a colocarse los zapatos al zapatero del descansillo. Margot en seguida estuvo lista, tan solo se había quitado los churetes de la cara, a Lina le sorprendió que Margot decidiera ir así a ninguna parte. Solía estar siempre impecable, su peinado, su atuendo, su maquillaje, hasta era la primera vez que apreció que tenía pecas en la cara. Aún más sorprendente era conociendo las bromas que el resto solía gastarle con el veterinario. Era la que menos había llevado a los perros a la consulta pero algo pasaría una vez allí, que siempre lo utilizaban para mofarse de ella.

Margot se situó delante de Lina con su mono sin tirantes de finas rayas blancas y azules.

—Argón es el más inquieto de todos y aunque parezca delgado tiene mucha fuerza—le advirtió—. Odia el veterinario, y yo odio ir a esa consulta. Al menos que sea rápido.

Lina arqueó las cejas sin comprender. Siguió a Margot hasta la puerta donde cogieron la correa y ataron al perro. Salieron y se dirigieron hacia el coche rojo de Margot, Zuzuki todoterreno.

Argón parecía saber hacia dónde iba, quizás el hecho de montarse en un coche dejando a los otros perros en casa le hizo intuir que no ocurría nada bueno.

El clan clavó las patas en el suelo y entre las dos los arrastraron hacia la puerta trasera del vehículo —¿Todo bien?—la voz de James hizo que ambas se giraran hacia él.

Lina en seguida observó la bolsa de cartón que James llevaba consigo, había estado de compras para la cena. Si temió que James hubiese olvidado la cita con ellas aquella noche, ya podía comprobar de que no.

—Lo llevamos al veterinario —Charlot hacía gran esfuerzo para responder mientras empujaba las nalgas de Argón para subirlo al coche, el perro gemía y se resistía a entrar.

Lina comprobó que James estaba tan sorprendido de verla con aquel atuendo como ella misma.

Al fin pudo meter al perro en el coche y cerró la puerta con tanta rapidez, con tanta fuerza que Lina temió que pillara al pobre perro con ella. Pero el animal permanecía encogido en el interior, solo temeroso por hacia dónde iba.

Margot resopló.

—No me suelo llevar bien con perros y hombres —protestó rodeando el

coche para entrar por la puerta del conductor.

James sonrió al escucharla y miró a Lina con una mirada picaresca mientras hacía un gesto con la cabeza, intuía que algo le ocurría a Charlot y esperaba un susurro de Lina dándole respuesta.

—Un mal día—susurró Lina dirigiéndose hacia la puerta del copiloto.

James se apartó para dejarla pasar.

—He invitado a unos amigos esta noche—dijo James y Charlot, que estaba a punto de entrar en el coche, apoyó sus manos en el marco de la puerta para girarse hacia James. —. Espero que no os importe.

A Lina le importaba, cuanto más gente asistiera a la cena, más incomoda se sentiría y lo que era aún peor, James tendría demasiados invitados como para reparar en ella.

Margot tomó aire y después asintió con la cabeza.

—Os espero entonces a las nueve—miró a Lina—. ¿Helado de chocolate?

—Sí —ella sonrió, hasta que no lo tuvo tan cerca no había sido consciente de las ganas que tenía de verlo.

—Hasta la noche—le susurró y se alejó de ellas.

Margot ya desde dentro del coche lo observó alejarse.

—Guapo, agradable, amable, atento —decía la pelirroja—. Cuídate de él, son los peores. ¡Dios!

Apoyó la cabeza en el volante.

—¿Pero qué demonios te estoy diciendo? ¡Joder! —protestó. Lina sonrió.

Margot levantó la cabeza hacia ella—. Hoy no me escuches. Hoy odio a los hombres, sobretodo a los guapos—arrancó el coche y lo puso en marcha.

Argón asomó la cabeza entre los dos asientos buscando alguna mano que le diera confianza. Lina lo acarició.

—Porque se creen que somos imbéciles —continuaba—. Que no tenemos nada mejor que hacer que mirarlos y adorarlos. Piensan que con una sonrisa, una llamada o una atención excesiva ya nos pueden tener para lo que quieran. Todo es mentira, puro teatro, en cuanto consiguen lo que quieren, su interés mengua y a veces hasta desaparecen. Y te quedas...como estoy yo ahora.

Lina se mordió el labio.

—Sé que lo he dicho muchas veces—Margot no paraba de hablar de forma acelerada—. Pero esta vez es la definitiva. ¡Se acabó!

Aparcó a un lado de la acera. Lina miró la fachada en cuyo toldo de rayas blancas y azules había dibujado un perro. Era una casa grande no un local comercial, sin embargo la planta baja estaba adaptada a consulta veterinaria.

Lina recordó las palabras irónicas de Kitty, que le dieran recuerdos a Eva, la amiga rubia de James, ayudante del doctor de animales. No le apetecía verla y un mal pensamiento invadió su cabeza. James había dicho que había invitado a sus amigos y ella era amiga suya. Si ella era una de las invitadas de James, su ansiada cena se convertiría en una pesadilla.

Salieron del coche y bajaron a Argón. El teléfono de Charlot sonó.

—¿Nick? —hizo un gesto de repulsa al mirar la pantalla de su móvil. Lina supuso que Nick era el cardiólogo.

Margot hizo el intento de guardar el teléfono en su bolso, pero lo sacó de nuevo y se lo colocó en el oído.

—¡Que te den! —lo separó y colgó la llamada enfadada.

Estaban en la puerta del veterinario, estaba entreabierta, pero una cortina tras el cristal le impedía a Lina ver su interior. Margot agarró el picaporte de la puerta para abrir pero su teléfono sonó de nuevo. En seguida le tendió la correa de Argón a Lina y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara mientras ellas cogía el teléfono de nuevo.

Lina se dispuso a abrir, pero se lo pensó mejor y prefirió esperar a Margot. Si Eva estaba dentro, después de la escena del jardín no quería entrar sola.

Despertaba en ella demasiados sentimientos contrariados. Por un lado, una parte de su interior la envidiaba por su cercanía con James, fuera la que fuera, era algo más de lo que ella misma tenía. Por el otro, al lado de Eva podía comprobar la realidad y lo tontas que eran sus esperanzas con el bombero. Apartó su mano del picaporte como si este quemara. Margot gritaba a su espalda.

—No vuelvas a llamarme y en el hospital ni te acerques a mí —le advertía—. ¡Adiós imbécil!

Guardó el móvil con genio y se apartó el pelo de la cara. Se acercó a Lina respirando acelerada. La musiquita del móvil volvió a sonar. Lina la miró con las cejas arqueadas. Margot estaba muy furiosa.

—Pedazo de capullo, ¿qué quieres ahora?—insultó al teléfono y Lina abrió los ojos como platos, cerrando un poco la puerta del veterinario, temiendo que se estuviese oyendo dentro—. Dios, lo siento Orlando. Sí...sí, tengo libre el domingo, no hay problema. Allí estaré.

Margot guardó el móvil con la cara blanquecina. Rebasó a Lina colocándose frente a la puerta.

—Encima acabo de insultar a mi jefe —resopló—. Vaya día.

Lina rio disimuladamente y entró tras Margot en la clínica veterinaria.

La sala de espera estaba vacía, tampoco había nadie en recepción.

—Buenas tardes —ambas se giraron y guapa amiga rubia de James, les recibió con una amplia sonrisa.

Lina le sonrió lo mejor que pudo. A aquella mujer le sentaba bien hasta una bata blanca decorada con perros y gatos sonrientes.

—Primero vamos a pesar al perro —les dijo inclinándose hacia Argón, este le rehuía. Eva tomó la correa de las manos de Lina y lo llevó hacia un lado de la sala donde en el suelo había una gran báscula plateada.

Eva logró subirlo y tomó nota de los treinta y ocho kilos que pesaba el can.

—En seguida os atiende el doctor Amil —les dijo y se marchó pasillo adentro.

Margot la miró con descortesía.

—Encima hace bien el papel —musitó—. No me extraña que trabaje en una clínica de animales, es una buena zorra.

Lina bajó la cabeza en seguida temiendo que Eva se enterase de las palabras de Margot. Lina observó un cuadro en la pared, era un reconocimiento del alcalde de Monfort a la labor del veterinario, llamado Amil Nayath.

Se oyó una puerta abrirse y un perro ladrar. El veterinario y el dueño del paciente continuaban hablando aunque la puerta de la consulta estaba ya abierta.

Lina los oyó despedirse. Un matrimonio con tres hijos, salieron con un perro mediano de largo pelo lanoso. El animal parecía ansioso por salir de aquel lugar, arrastraba con él a uno de los niños, que con gran ímpetu se vio obligado a salir con rapidez por la puerta de la clínica. Sus padres en seguida apresuraron el paso, saludando a las chicas antes de salir.

Se hizo el silencio y se oyó la fina voz de Eva.

—La pelirroja engreída y la rara que te dije, vienen con el perro de Kitty —la oyeron con claridad.

Lina miró a Margot con desesperación, en parte enojada y en parte temerosa por la reacción de su amiga, que no estaba en el mejor de sus días. Por un momento, el rostro rosado de Margot se volvió del mismo tono que su pelo. Las pecas casi desaparecieron de su tez con el rubor de sus mejillas. Y sus ojos parecían arder.

—No te acabo de decir que es una buena zorra —le dijo a Lina—. No pudo decir nada más porque Eva acababa de salir a la sala de espera.

—Podéis pasar —la sonrisa de Eva era demasiado forzada. La joven se metió tras el mostrador de recepción y comenzó a hojear unos papeles.

Lina y Margot la miraron con recelo. Argón permanecía escondido bajo las sillas de la sala. Costó sacarlo de allí. Eva continuaba sin mirarlas. Margot aprovechó para hacerle una mueca al pasar por su lado. Lina sin embargo, bajó la cabeza, notando el olor afrutado del perfume de la chica.

La puerta de la consulta estaba entre abierta. Lina fue la primera en entrar. El doctor las esperaba de pie, junto una alta mesa de acero inoxidable. En seguida le tendió la mano a Lina.

—Soy Amil, encantado —se presentó.

—Yo, soy Lina —estrechó la mano del veterinario.

Tras ella entró Margot, arrastrando a Argón. En seguida el veterinario se dispuso a ayudarla, pero en cuanto Margot le vio el gesto, cogió al can en peso y lo puso con genio sobre la mesa.

Lina se sobresaltó con la reacción desagradecida de Margot. Al parecer de verdad pensaba pagar su despecho con todo barón que se le cruzara, porque con James tampoco fue muy cordial momentos antes.

—Kitty ya me ha contado lo que le pasa—dijo el doctor Amil.

Lina corrió a sujetar a Argón, que lo único que hacía era tratar de bajar de la mesa. Margot también lo sujetaba mientras el doctor lo reconocía.

Lina observó al veterinario, con aquel nombre no le sorprendió su peculiar tono de piel, ni su pelo rozado y oscuro. Debía ser Hindú y sus ojos eran tan oscuros que apenas podía apreciar su pupila aun bajo los focos de la consulta.

Margot estaba muy cerca de él, la blancura de la piel de la pelirroja hacía aún más llamativa el dorado tono del veterinario. Un contraste que a Lina le pareció más que hermoso. El día y la noche. Nunca había visto una pareja tan peculiar.

Entendió las bromas de las chicas respecto a Margot y Amil.

Pero dudaba que Margot en aquel momento estuviera para un enredo amoroso. Tan solo de pensarlo, Lina tuvo que reprimir sus ganas de reír.

—Tiene el hígado inflamado —dijo el doctor—. Sujetadlo bien que voy a tomarle una muestra de sangre.

Margot se colocó en la parte delantera del perro, este le metía la cabeza bajo el brazo intentando huir por el único hueco que ella le dejaba. Lina se colocó al otro lado, agarrando su torso. Amil preparaba la jeringa.

Argón levantó las dos patas delanteras y montándose sobre Margot. Esta lo empujaba, pero Argón metía su hocico bajo su garganta, se inició un forcejeo

entre mujer y perro que Lina que Lina no supo detener. Miró a Amil desesperada, este se acercaba con la jeringa en una mano y una gomilla verde en la otra, misma gomilla con el que se tensaba el brazo en las analíticas de humanos.

El veterinario dejó la jeringa y la goma sobre la mesa y agarró al perro. Entre Lina y él, lograron apartarlo de Margot.

Lina profirió un grito y Margot la acompañó en el alarido en cuanto fue consciente. La pelirroja tenía la parte superior del mono de rayas blanca y azules a la altura casi del ombligo, dejando su blanco pecho de pezones rosados al descubierto.

Margot en seguida se acuclilló tapándose con los brazos y Amil, que estaba frente a ella se giró en seguida dándole la espalda. Lina se tapó la cara con la mano, sin poder creer lo que acababa de suceder. Definitivamente no era un buen día para Margot.

“Qué vergüenza por favor” se repetía Lina mientras esperaba que Margot se volviera a colocar el mono sin tirantes. Margot al fin se levantó y miró a Lina con la mano puesta en la frente y los ojos brillantes, Lina dudó si estaba aguantando las lágrimas. Luego dirigió sus ojos verdosos hacia la espalda de Amil, que permanecía inmóvil y se apreciaba también incómodo por la situación.

Argón había aprovechado el enredo para bajar de la mesa y esconderse en una esquina. Lina resopló. El silencio era tan incómodo como la situación.

Margot tomó aire.

—Yo espero fuera—dijo saliendo con rapidez de la consulta.

Lina quedó a solas con Amil, que en cuanto Margot hubo salido, en seguida retomó su trabajo. Subió de nuevo a Argón y le explicó a Lina cómo sujetarlo, formando un cepo sobre el perro. “Hubiese sido útil que nos lo hubiese explicado antes” pensó, Margot se hubiese ahorrado el bochorno. Y no quiso ni pensar lo que diría Eva cuando se enterara de lo ocurrido.

Mientras Amil tomaba la muestra de sangre de Argón, Lina no podía dejar de pensar en la pobre Margot y en lo que le esperaba en cuanto Kitty y Lucía lo supieran, si antes le gastaban bromas, lo que estaba por llegar podía imaginarlo.

Tuvo que contener la risa delante del veterinario y los ojos comenzaron a brillarle.

Aflojó la presión sobre Argón y este se escabulló de nuevo. Pero Amil ya había terminado.

—Dile a Kitty que en cuanto tenga los resultados, la llamaré —dijo—. Mientras tiene que tomar estas pastillas dos veces al día.

Le tendió un blíster con pastillas rosa en su interior.

Lina asintió y agarró la correa de Argón, que ya se encontraba junto a la puerta dispuesto a salir.

—Esa noche nos vemos, me parece—le dijo Amil antes de que Lina saliera.

Lina se giró en seguida hacia él.

—En casa de James—añadió y Lina reaccionó.

—Claro, en casa de James—repitió y sonrió.

“Pobre Margot. Vaya cena le espera”

## 9. La cena en la casa de al lado.

Lucía estaba recostada en el sofá y lloraba de la risa, llevaba así un rato.

También se oía las risas de Kitty que bajaba las escaleras. Hacía rato que sabían el incidente en la consulta, pero no podían parar de reír.

Margot aún estaba terminando de arreglarse. Cuando se enteró de que el veterinario estaría en la cena, dijo que no iba a ir con ellas, pero al final entre todas la lograron convencer. La parte buena del incidente fue que al menos se había olvidado de la razón por la que había pasado todo el día llorando. Al menos ahora solo sentía bochorno, y el odio y la pena habían desaparecido por un rato.

Cuando bajó al salón, era la misma pelirroja exuberante de siempre, aunque en cuanto vio las lágrimas de Lucía su gesto se tornó ruborizado.

—No me puedo creer todavía que le haya enseñado las tetas al veterinario —dijo tapándose la cara—. Y encima voy a tener que cenar con él.

Kitty bajaba tras ella.

—Seguro que el que no se lo puede creer es él—dijo Kitty—. ¿Cuántas etas crees que le habrán enseñado en la consulta?

Las carcajadas de Lucía resonaban en la habitación. También a ella se le había olvidado los mensajes de Daniel. Lina comprobó que la risa era la mejor de las terapias. Ella misma no recordaba cuánto hacía que no reía hasta que llegó a Monfort. Sin embargo, en aquella casa reían todos los días, por razones tan variadas, que pensó que aunque todo fuera mal con James, a ratos, podría ser feliz junto a aquellas tres mujeres.

—Se avergonzó tanto como ella—añadió Lina—. No sabía qué decir.

—Y yo me lo he perdido por una mierda de reunión —se lamentaba Lucía sin dejar de reír.

—Chicas—intervino Kitty—. Es hora de saltar la valla.

—¿Vamos a saltar la valla?—se asombró Margot—. Ni hablar, llevo falda y con el día que llevo, le enseñe el culo también al veterinario.

Lucía que se incorporaba del sofá se dejó caer de nuevo. Kitty miró a Margot con gesto burlón.

—¿Te gusta el veterinario?—preguntó.

—No —se apresuró a responder Margot.

—¿No?—Kitty insistía—. Es que has dicho que le enseñarás el culo a él, no a James ni a ninguno de sus amigos.

Lucía se levantó del sofá con rapidez.

—Quieres decir que—levantó el dedo índice—. Solo te avergüenza que te lo vea él.

—Te gusta—Kitty pronunció su frase casi cantando—. Lo sabíamos desde hace tiempo.

Rieron aún más y hasta Lina les acompañó en las risas. Margot estaba ruborizada.

—Si seguís con eso me quedo aquí—se defendió— ¿De verdad creéis que hoy estoy para estas cosas? Nick me ha roto y lo he mandado lejos, he insultado a mi jefe por equivocación y le he enseñado las tetas al médico de tu perro. ¡Dios!

Margot se sentó en el sofá y se puso las manos en la cara.

—Es el peor día de mi vida—se quejó.

Kitty y Lucía la abrazaron.

—Venga, tonta, no es para tanto —la consolaba Lucía.

Margot la empujó riendo.

—Sí, todavía puede ser peor —Margot sonreía más cansada que divertida—. Todavía queda la cena. ¡Qué desastre soy! No tengo remedio.

Salieron al jardín. La luz de la casa de James estaba encendida. La cristalera que daba al jardín se encontraba abierta y se oían voces en el interior de gente conversando.

Las chicas se dirigieron hacia la valla y Margot, Kitty y Lucía miraron a Lina con picaresca.

—Como eres la invitada especial, tú primero —le dijo Lucía.

—Yo no puedo saltar esto —parecía fácil cuando lo veía hacer a James pero no lo era.

—Te ayudamos—dijo Kitty levantándola en peso.

Lucía saltó sin ayuda y desde el otro lado cogió a Lina, luego Kitty y Margot fue la última. Era la única que llevaba falda y en cuanto levantó la primera pierna comenzaron a reír.

Lina cogió a Margot por las axilas y Lucía la ayudó con las piernas. Ya estaban las cuatro en el jardín de James.

El teléfono de Lucía sonó.

—¿María?—Lina se sobresaltó cuando oyó aquel nombre. La conocía, era la prima andaluza de Lucía, mucho más joven que ellas, apenas veinte años— ¿Te han aceptado? ¡No lo puedo creer! ¡Enhorabuena!

Lina sonrió, seguía a María en las redes sociales. La joven estudiaba arte dramático y una vez comentó que había solicitado una beca para estudiar en una prestigiosa academia en Londres. Se alegraba por ella.

La historia de María era bastante triste y Lina se había acordado de ella en el último año. La madre de María había muerto de la misma enfermedad de su madre, pero cuando la chica tenía nueve años. La niña cayó en una depresión infantil que la llevó a comer de forma compulsiva hasta tener problemas de obesidad infantil. Recordaba algunos veranos cuando iba a visitar a Lucía. Era una niña triste con demasiados problemas sociales. Su padre tuvo que cambiarla de instituto por el acoso continuo que sufría y que la llevaban a suspender los exámenes, hasta necesitó ayuda profesional para superar sus complejos y sus problemas alimenticios.

Sin embargo, María había cambiado. Nada tenía que ver la joven que soñaba con ser actriz y tenía miles de seguidores en instagram, con la acomplexada niña regordeta que conoció. Ahora María era deportista, brillante en sus estudios y quizás la joven más hermosa que había visto. Era la versión endiosada de su prima Lucía. Con el mismo elegante pelo castaño, pero con una piel dorada por el sol malagueño y unos ojos verde agua enormes que contrastaban con su tez.

—Tú eres imbécil—le decía Lucía—. No pierdas una oportunidad como esta.

María, escúchame. Tienes que ir a Londres.

Lucía era su prima, su amiga, su gran apoyo en la distancia. Al crecer sin madre, tan solo con un hermano, pocas amigas y un padre que le consentía absolutamente todo, María era el verdadero contacto con la realidad que tenía. La que le decía con sinceridad lo positivo y lo negativo de cada paso que daba. Y

algo así estaba ocurriendo.

—Te arrepentirás toda la vida, ¿me oyes?—le reprendía—. Llevas soñando con esto toda la vida. Sé que vas a conseguirlo, tienes que ir, pase lo que pase.

Alguien se asomó al jardín y las chicas se giraron. James salió al jardín sonriendo.

—María, no puedo hablar ahora—continuaba Lucía.

Lucía guardó su teléfono.

—Será imbécil —dijo—. Tiene veinte años y sus profesores dicen que es brillante—miró a Lina—. Y quiere rechazar la beca porque el novio no quiere que vaya a Londres. ¡Le pueden dar al novio! Tiene que ir.

—Claro que tiene que ir —intervino Kitty—. Tiene que cumplir su sueño y hacerle a su novio lo que Daniel te hizo a ti. Abandonarte para irse a triunfar. ¡Muy bien, Lucía!

Lina abrió la boca para decir algo pero la cerró de inmediato. Miró a James de reojo que permanecía con las cejas arqueadas escuchando la conversación.

Lucía se giró hacia Kitty, su mirada fue tan hiriente como una pedrada. Kitty sin embargo no estaba afectada por el enfado de Lucía.

—Es lo que le estás diciendo —le repitió—. Que haga lo mismo que hizo él.

A Lucía le brillaron los ojos. James hizo el amago de meterse en casa, puesto que no le comenzaba a gustar el tono de la conversación.

—¿Por qué me dices eso?—le reprochó Lucía.

—Porque quizás no habías reparado en eso —le respondió la pastelera—. Porque le estás animando a hacer lo mismo que tanto te hizo sufrir a ti. Tenlo en cuenta la próxima vez que hables con ella.

—¿Y qué quieres que le diga?—se defendió Lucía—. ¿Que olvide su gran oportunidad y se quede en Málaga? ¿Y si luego él la abandona a ella? Se arrepentirá.

—No eres objetiva, no pienso seguir hablando contigo de esto —Kitty se dirigió hacia la cristalera que daba al salón de James.

Margot ya estaba dentro y Lina fue consciente de que James había entrado también. Miró a Lucía, en parte la comprendía, era una pena que María abandonara su idea de ir a una de las mejores escuela de actores del mundo, pero por otra parte, Kitty había sido rotundamente sincera con ella. Realmente no sabía que decirle a su amiga.

—Lleva razón —musitó Lucía en el jardín—. ¡Joder!

Dio una patada a la valla y esta crujió.

—¿Entramos ya?—sugirió Lina.

Lucía la miró con los ojos llameantes. Quizás había olvidado que se encontraban en el jardín de James. Miró la valla, luego a Lina, y después al interior de la casa. Se colocó bien el top de su vestido, su expresión se normalizó en seguida y se dirigió hacia la cristalera junto a Lina.

—Kitty siempre dice que Daniel hizo lo correcto—le dijo a Lina—. Y yo suelo rebatirle.

Se detuvo y miró a Lina.

—Lleva razón —le confesó—. Quizás, en el fondo, yo también piense que hizo lo correcto. El tiempo le dio la razón. Arrasó, ¿no? De otra manera ambos seguiríamos en Lugo, y el tocaría la guitarra en una habitación de casa los domingos por las tardes.

Lina sonrió.

—¿Irás a Miami?—le preguntó Lina.

—Aún no lo he decidido —le respondió Lucía pensativa—. Todavía no entiendo por qué quiere verme después de tantos años.

Entraron en el salón. Margot permanecía junto a la cortina, Kitty ya saludaba al resto de invitados, pero la pelirroja estaba inmóvil.

—¿Qué pinta aquí ese?—les susurró.

Lina miró a quién se refería. Era un chico alto, de tez clara y pelo castaño, algo ondulado.

—¿Es el cardiólogo?—Lucía tampoco lo conocía.

Margot negó con la cabeza.

—Este es el médico de urgencias —explicó la pelirroja—. Pero sabe todo, anoche me encontró llorando en la sala de enfermería. No sabía que era amigo de James.

—Yo no lo he visto en mi vida en Monfort—respondió Lucía.

Empujó a Margot hacia el interior del salón.

—Salúdalo, que van a pensar todos que se te ha roto la parte de atrás de la falda. No te despegas de la cortina —Lucía agarró a Kitty y comenzó a presentarles a todos los que conocía.

Aparte del doctor conocido de Margot y del veterinario, habían algunos amigos o compañeros más de James, también algunas amigas aunque ninguna de ellas era Eva. Algo que Lina agradeció en gran medida.

Los amigos de James eran muy agradables, Amil era tan serio como esperaba, hasta en eso contrastaba con Margot. La pelirroja se había sentado lo más lejos posible de él y del médico, que se llamaba Williams. También había dos compañeros de trabajo de James, uno algo más joven que todos ellos y tan nuevo en Monfort como Lina, llamado Brian. El otro bombero se llamaba Alan y era de la edad de James, habían llegado juntos al pueblo, antes compartían casa hasta que James se mudara junto a Kitty unos meses atrás.

Por último las amigas de James eran Elisa y Sarah. Elisa tenía el pelo

sumamente largo, sentada en la silla Lina comprobó que las puntas de su pelo mechado color caramelo, reposaban sobre el asiento. Trabajaba en una de las sucursales de banco que había en el centro y era hija del alcalde, aunque se había criado en una granja y era bastante humilde. La otra era una de las policías de Monfort, de piel mulata y abundante pelo rizado, tan risueña como Kitty.

James había colocado las salsas en una pequeñas jarritas blancas para que cada comensal se sirviera a su gusto. Las había hecho de cuatro variedades así que le señaló a Lina cual era la cuatro quesos que tanto le gustaba y la verdad es que a James no se le daba nada mal la cocina si es que no la había comprado ya elaboradas.

Las conversaciones durante la cena se centraron en Kitty's Palace y en la fama que estaba tomando en New York, desde donde cada vez llegaban más clientes y encargos.

—Ya no puedo hacerlo sola—decía Kitty—. Quiero formar un equipo, pero ni siquiera tengo tiempo de buscar reposteros que pueda contratar.

Y llevaba razón. Tal eran los enormes encargos que recibía para bodas sobre todo, que Kitty se pasaba todo el día en el obrador de la cafetería para poder tenerlos a tiempo. Sus propias compañeras apenas la veían por casa.

—¿No piensas montar otro Kitty's Palace en la ciudad?—preguntó James.

—Hay inversores que han hablado conmigo, pero es algo que tengo que pensar —respondió ella.

Lina conocía el asunto, tres palacios de Kitty, uno en New York, otro en Los Ángeles, y un tercero en Miami, para empezar un gran imperio. Pero Kitty aún no era capaz de pensar a ese nivel.

El doctor Amil se interesó por Argón y Margot comenzó a buscar algo por debajo de la mesa, cerca de sus pies. Lina apreció su blanca piel sonrojada. No pudo evitar sonreír al recordar el incidente en la consulta.

—Cuando regresó de la consulta volvió a vomitar —le explicaba Kitty—, pero luego ha estado más animado. Sigue sin comer nada.

Kitty miró a Margot para que añadiera algo pero esta no pensaba decir nada sobre el estado del perro. Se hizo el silencio de repente. Lina en seguida miró la cara de James y sus amigos, la sonrisa de Alan, intentando contener una carcajada, le dio a entender que sí sabían lo ocurrido en la consulta. Sin embargo, James no mostró diversión en su rostro. El doctor Amil se irguió incómodo en la silla en cuanto se percató de la sonrisa de alguno de sus amigos. Sarah, la policía mulata, estaba a punto de romper en carcajadas.

Lina sintió algo en el pie. Dirigió la cabeza hacia Lucía en seguida, pero esta hablaba animadamente con la hija del alcalde, así que no había sido ella quien llamaba su atención. Volvían a llamar su atención con el pie y se asomó bajo la mesa. El pie que la había pisado con delicadeza era grande, podía ver los jeans de James. Lo miró en seguida.

—¿Te ha gustado?—susurró.

Lina asintió con la cabeza. Se sentía avergonzada de no haber alabado la comida de James. El resto había retomado la conversación, esta vez de los viajes que planeaban hacer el próximo verano. Algunos ya se levantaban para llevar los platos a la cocina.

La casa de James era diferente a la de Kitty. Él había unido el salón con la cocina, por eso su jardín accedía directamente al salón.

Lina se levantó en seguida para llevar sus cosas hacia el lavavajillas, Lucía la cogió por el brazo.

—No seas imbécil y presta más atención a James—le susurró.

Lina la miró con desesperación.

—Vamos —la azuzó Lucía.

James estaba en el jardín junto a Amil y Alan. Abrían una mesa de plástico de jardín y colocaban las sillas.

—Hace calor y estaremos mejor fuera—decía Sara a la chica del pelo largo.

Margot estaba en el servicio y Kitty sacaba los helados del congelador.

—Hoy invita Kitty al postre —decía la pastelera colocando las tarrinas en una bandeja, Lina le ayudó cogiendo los vasos de cartón y las cucharas.

—Kitty —la llamó James desde fuera—. Ahora nos vas a explicar eso de los helados.

—Sí —añadió Elisa, la empleada de banca e hija del alcalde—. Nos conoces por los helados que pedimos, ¿no?

Kitty salió al jardín con la bandeja de rayas rosas y blancas con el logo de Kitty's Palace, que era una corona dorada con las iniciales KJ en negro.

Lucía se interpuso en el camino de Lina, traía el aparato de hacer bolas de helado en la mano, también con el logo de Kitty. El pie de Lucía se dirigió hacia una de las sillas y la desplazó un poco indicando a Lina que la arrastrara hasta James. Pero Lina no era capaz de mover de sitio una silla, delante de todas aquellas personas que no conocía de nada, para sentarse junto a James. Se sonrojó tan solo de pensarlo y negó con la cabeza.

—No me seas pava —le dijo entre dientes.

Lina volvió a negar con la cabeza de forma disimulada y cogió la silla para colocarla junto a Kitty. Pero Lucía, sin dejar de mirar a Lina, volvió a empujar la silla con el pie, con tanta fuerza que la desplazó más de un metro, arrollando a Margot que regresaba del servicio. Margot tropezó con la silla, uno de sus zapatos quedó atrás pero logró mantener el equilibrio haciendo un giro incómodo. La peripecia atrajo la mirada de todos en seguida.

Lucía se llevó las manos a la boca. Margot había estado a punto de caerse, su altísimo zapato de tacón color azul estaba a medio metro de ella, el otro aún lo tenía puesto. James era el que estaba más cerca, pues hacia él se dirigía la silla de Lina, miraba asombrado la silla.

—¿Qué le ha pasado a la silla? —preguntó James.

—He sido yo —se adelantó en seguida Lucía—. No medí la fuerza.

Se oyeron bromas, Margot no parecía haberse hecho daño pero no sonreía, buscaba su zapato, el que se le había salido del pie.

Lina vio al doctor Amil tras ella con el zapato en la mano.

—Gracias —Margot ni siquiera le miró a la cara, cogió el zapato y se sentó para colocárselo.

James volvió a colocar la silla e invitó a Lina a sentarse en ella. Lucía miró a su amiga intimidante.

—Con lo fácil que habría sido si lo llegas a hacer bien desde el principio —le susurró.

Kitty ya hablaba de los sabores de helado y de su relación directa con el tipo de personalidad de cada persona, o de sus sentimientos y estados de ánimo.

Algunos preguntaron por sus preferidos y ella daba su opinión.

—¿Y este Kitty? —James preguntó por aquella mezcla que le hizo comer a Lina unas noches atrás.

Kitty miró la tarrina y luego a James.

—Ese helado es muy curioso —respondió—. Lo inventé hace unos años y al principio no solía pedirlo nadie. Realmente pensaba que no correspondía con nada. Recuerdo a la primera persona que lo pidió, en Nueva York. Ella volvía muchas tardes para tomarlo, así que le di la personalidad que tenía aquella joven.

—¿Y cómo era? —preguntó Sara con curiosidad.

—Exceso de timidez, misterio y temor —Kitty se quedó pensativa.

Lina miró a James, tímido no era, de eso estaba segura, misterioso, de momento no lo parecía, y si era bombero tampoco era ningún miedoso. Con él

las teorías de Kitty no habían acertado en absoluto. Él miraba hacia un lado, como si las palabras de Kitty no se dirigieran hacia él.

—Casi nadie lo pide —añadió la pastelera—, ni siquiera lo suelo tener en la heladería del café. Este lo he hecho porque me lo pidió James.

Kitty lo miró extrañada.

—Menta y chocolate —le dijo a James—. Es el que pides siempre, ¿no? James asintió.

—Pues no está mal —al médico, Will, pareció gustarle también.

Lina se sirvió solo de ese sabor bajo la mirada de James.

—No tengo nada de misteriosa —le respondió Lina a su mirada.

James sonrió.

Margot se sirvió una bola de cada tarrina y se dispuso a engullirlas. No era su mejor día, de eso todas estaban seguras.

El teléfono de Kitty sonó y esta respondió en seguida.

—¿Estás en la puerta? —se la oía decir—. Estamos cenando en casa de James, justo la casa de al lado.

El timbre de la casa de James sonó y Sally echó a correr hacia la puerta ladrando como un poseso. James miró a Lina y frunció el ceño.

—Sí, claro, espera —Kitty buscó con la mirada a James pero este ya se había levantado para abrir la puerta. Kitty miró a Lucía— Es Sophie.

Lina nunca había oído aquel nombre, jamás le habían nombrado a aquella chica llamada Sophie.

James abrió la puerta, Kitty se asomó para comprobar si era Sophie, aún la tenía al teléfono. Pudieron ver entrar a Eva, la ayudante del veterinario. Este en cuanto la vio, miró hacia otro lado.

Margot estuvo a punto de ponerse de pie, su primera reacción había sido similar a la de Lina, salir huyendo hacia el jardín contiguo y entrar en casa para no verla.

Eva miró en seguida hacia todos ellos, no la oían hablar pero no hacía falta entender sus palabras para comprender que estaba furiosa con James. En cuanto comenzó su discusión con él, los invitados de James intentaron disimular iniciando una estúpida conversación sobre la inusual temperatura veraniega que tenían, a pesar de estar en primavera y Kitty continuaba hablando por teléfono.

—Espera, espera, no llames todavía —decía Kitty—. El dueño de la casa está...no te puede abrir. No, no te vayas, espera un momento.

Kitty se dirigió hacia la valla.

—Quédate en la puerta de mi casa, te abro yo.

Saltó la valla como pudo y entró en la casa por la puerta de cristal de la cocina, que estaba abierta.

Lina miró a Lucía, esta no disimulaba observar a James y a Eva. James le pedía que se marchase, pero Eva no tenía ninguna intención de hacerlo, hablaba de forma acalorada.

Kitty volvió a aparecer en el jardín acompañada de una chica de pelo castaño largo. Era algo más alta que Kitty y tan delgada como la pastelera. Vestía un jeans y una camiseta de media manga gris y a pesar de ser hermosa, se apreciaba cierta dejadez en ella.

Lucía las observaba mientras el resto prestaba más la atención de la disputa de James con Eva. Se inclinó hacia Lina.

—Es una chica de Monfort —le explicó—. Aún estudia en la universidad, pero tiene demasiados problemas. Suele acudir a Kitty cuando tiene problemas. Ya te contaré.

Lina la observaba. Sophie miraba hacia el lado contrario al jardín de James, quizás evitando la mirada de todos los que estaban allí, no sabía que el interés de los invitados se encontraba en el interior del salón de James.

Lina desvió la mirada hacia Will sin embargo, el joven doctor sí que las observaba. Kitty y Sophie miraron hacia el jardín un instante, para luego retomar la conversación. Kitty volvía a acercarse hacia la valla mientras Sophie se dirigía hacia las escaleras de la puerta de la cocina.

Lucía sonrió, la expresión de Will era tan sincera que hasta se apenó por él.

Ea la primera vez que veía a Sophie, no tenía dudas, no había frecuentado Monfort con anterioridad, solo Margot lo conocía. Sin embargo, su expresión al mirar a Sophie no dejaba lugar a dudas, él no parecía haber visto una joven desvalida con demasiada carga a su espalda, él había visto a una diosa. Se alegró de que Kitty regresara a casa de James sin Sophie, pues ella no estaba para pretendientes sorpresa y era una verdadera pena, pues Will parecía buena persona.

Eva irrumpió en el jardín y Lucía tuvo que girarse. James en seguida la agarró del brazo y la introdujo de nuevo en el salón.

—¿La pelirroja putona es la que te gusta? ¿O el esperpento de nueva vecina? —la oyeron decir.

Kitty quedó paralizada, aún no había saltado al jardín vecino. Spheie, que estaba a punto de entrar en la casa de las chicas, se giró con las voces. Lucía

en seguida miró la reacción de Margot y de Lina, quizás todos lo hacían. Fue la pelirroja la que se levantó.

—No te voy a preguntar si te refieres a mí porque soy la única pelirroja de Monfort—le respondió. Eva salió al jardín.

Lucía y Sarah corrieron a sujetar a Margot. James sujetó a Eva.

Lina estaba paralizada, casi no podía reaccionar. Se sentía tan avergonzada que quiso salir corriendo hacia casa.

—Solo vuelve a repetirlo y el doctor Amil se quedará sin ayudante durante tres semanas—le amenazó la pelirroja.

Eva le respondió con un impropio y Margot lanzó un puñetazo que fue a parar en la cara de James, que acababa de interponerse entre las dos mujeres. En seguida acudieron algunos amigos en su ayuda para separarlas.

—Margot, ¡quieta ya! —le decía Lucía.

Lina acudió también a la trifulca. Margot estaba completamente enfurecida.

Como si toda sus angustias las estuviera revelando contra Eva. Quizás era eso, Lina estaba segura. Eva la insultó en el peor de los días. Sin embargo a ella no la había enfurecido. Solo había conseguido confirmarle sus dudas y miedos. Ella no era mujer para James, si Eva pensaba que ella era un esperpento, todos sus amigos allí presentes, pensarían lo mismo. “Le dirán que no estoy a la altura”. Se sintió imbécil por haberse ilusionado por más remedio que intentó ponerle. Y las ganas de llorar de impotencia le sobrevinieron. Lucía le vio los ojos brillar, se sintió angustiada, tanto más que Lina. Todo lo que ella había intentado con su amiga, Eva lo acababa de tirar con un solo comentario. La joven apretó los dientes y miró a Eva con furia.

—Tú sí que eres un esperpento de pelo falso y plásticos—le reprendió.

Nadie lo esperaba. Lucía había estampado la palma de su mano contra la maquilladísima cara de Eva. El sonido fue llamativo. El rostro de Eva se enrojció de momento. Hubo que sujetar a la rubia que se abalanzó sobre Lucía en cuanto fue consciente de semejante tortazo.

—Sois todas unas zorras desesperadas —decía Eva—. Todas buscáis a James.

El doctor Amil se llevó a Lucía hasta la valla, lejos de Eva. Alan y Will retenían a Margot y Brian y James sacaban a Eva de la casa.

Lucía quedó en medio, junto a Sarah y Elisa, con los ojos bañados en lágrimas, completamente abochornada. La reacción de Lucía con Eva, tan solo había hecho aumentar su bochorno.

Kitty se giró para mirar a Sophie, que con una mano agarraba la puerta de

cristal de la cocina, pero aún sin atreverse a entrar, observaba el espectáculo en el jardín vecino. Sally ladraba en el interior del salón y su ladrido había despertado a los perros de la casa, que desde su interior también ladraban sin descanso.

La puerta principal de la casa de James se oyó cerrarse. Eva estaba al fin fuera de la casa.

James regresó con las mejillas enrojecidas, las dos para el asombro de Lina.

Margot le había golpeado en la derecha, supuso que la izquierda se habría golpeado la propia Eva antes de marcharse.

Se hizo el silencio por un instante. Lina no sabía si marcharse espantada a su casa o esperar inmóvil a que el incómodo momento pasara. James parecía también abochornado. Hasta Kitty estaba sin palabras y eso era sumamente extraño en la pastelera.

Will aprovechó para mirar a Sophie, Lucía en seguida volvió a observarlo.

“Pocas veces lo he visto tan claro”. Era tan llamativa la transparencia de la reacción del joven, que no podía evitar sentir lástima por él. Miró a Sophie, quizás ella necesitara a alguien así pero dudaba que aceptara a nadie en aquel momento.

Y eso que tan solo sabía parte de la historia completa de aquella chica.

El teléfono de Lucía sonó, una música que indicaba que alguien le había enviado un mensaje, una música muy distinta a la que sonaba con el resto de mensajes que recibía y que hasta la abochornada Lina tuvo que sonreír al oírla.

Algunos miraron a Lucía en seguida, la música seguía sonando y ella en seguida se dirigió hacia la silla donde se encontraba su bolso que vibraba a la par de la música.

“Y ahora el tonto este” se dijo entre dientes. Cogió su móvil y Sarah aprovechó para dirigirse a James y comprobar el estado de su cara.

—El lado de Margot es el que está peor —le dijo y Kitty rompió a carcajadas.

—Ese iba con muy mala leche—observó Alan y otros más rieron.

Lucía tomó aire, tan profundo que Lina se giró para mirarla. Lucía le devolvió una mirada desesperada. Iba a salir corriendo, no tenía dudas de que Lucía saldría a correr en cuanto se cambiara de ropa, y ella estaba dispuesta a acompañarla. Ahora la entendía, correr hasta acelerar los latidos al límite y escapar de aquella sensación angustiada. Lina asintió a Lucía.

—Es tarde y yo... he tenido un día de mucho trabajo —dijo Lucía al resto—. No he podido entrenar hoy y quiero salir a correr antes que sea demasiado tarde.

—¿Ahora vas a correr?—se extrañó Alan.

—Sí, no hace tanto calor como de día—le respondió Lucía y Sarah pareció divertida con la respuesta.

—Vaya, en la próxima guardia te llevaré conmigo —le propuso con ironía. Lucía sonrió.

—Yo también me marchó —aprovechó Margot—. Mañana me han cambiado el horario y le hago el turno a una compañera.

Will frunció el ceño mirándola. Lina apreció que sabía que era mentira.

—Yo tengo visita —dijo Kitty señalando a Sophie y el resto miró hacia el jardín vecino. Salvo Will ninguno de ellos había apreciado la presencia de la joven.

Sarah la saludó con la mano y Sophie le sonrió.

—Sophie—la llamó Kitty para que se acercara y ella obedeció.

La joven se acercó a la valla y Lina pudo verla a la luz. No llevaba maquillaje alguno, sus ojos de un tono miel reflejaban una tristeza que a Lina le recordó los ojos de su madre en los últimos días. A pesar de estar vivos, yacían completamente vacíos, sin embargo la joven no parecía estar enferma.

—Ella es mi amiga Sophie —la presentó—. No soléis verla por Monfort porque estudia en la ciudad.

Sophie saludó con la mano e hizo gran esfuerzo por sonreír.

—Podemos ir al club a tomar algo —sugirió Alan al resto y algunos asintieron.

Lina miró a James.

—Yo me voy también —bajó los ojos en seguida, no volvería por allí, estaba segura. Contenía las lágrimas, si no se marchaba de inmediato, lloraría delante de todos. Daba igual lo que dijera Lucía o Kitty. James no era para ella.

—¿Vienes James?—Alan se acercó a James mientras el resto se metían en la casa.

Este miró a Lina y luego a su amigo.

—Esperadme en el coche—le pidió.

Lucía había saltado ya al jardín de casa. Will echó una última mirada a Sophie antes de entrar en el salón de James.

Lina se dispuso a saltar tras Margot pero James la sujetó del brazo.

—¿Estás bien?—le preguntó. Lina evitaba su mirada, si él le veía los ojos, seguro que notaría que estaba a punto de llorar.

—Estoy bien, no te preocupes —le respondió Lina de nuevo dispuesta a saltar.

James se lo impidió de nuevo.

—Había pensado que era una buena idea invitar a mis amigos porque te venía bien conocer a gente en Monfort—le explicó—. Pero alguno de ellos se lo dijo a Eva. Siento todo lo que ha pasado.

Lina negó con la cabeza, miró de reojo a James, ya estaba desapareciendo la rojez de una de sus mejillas, aunque el golpe de Margot aún prevalecía. James le buscaba la mirada y Lina rehuía. La joven comenzaba a incomodarse.

—No tienes que sentirlo, de verdad —lo animó ella—. Gracias por la cena.

James se estaba impacientando y le cogió la barbilla para que lo mirara al fin.

Antes de hablar se detuvo en sus ojos y Lina entendió que él ya era consciente de su verdadero estado.

—¿Te gustaría cenar conmigo otro día?—le preguntó—. Sin invitados y sin sorpresas.

Lina se apartó suavemente de James. Solo quería entrar en casa. Necesitaba huir de la vergüenza y la decepción que sentía en aquel momento.

—Lo siento, no es una buena idea.

“Lo he dicho” a pesar de sus dudas había podido decirlo, ni siquiera fue capaz de mirar la reacción de James, inclinó su cabeza hacia la valla. Tenía que saltarla de una vez.

Argón husmeaba en el jardín. Lina cayó cerca de él. James permanecía inmóvil, no había dicho nada más pero no se marchaba.

—Lina—la llamó y ella se giró hacia él.

Desde tres metros de distancia podía verlo al competo y no sabía cómo había sido capaz de rechazarle una invitación cuando realmente el joven no había hecho nada mal. Al contrario, su conducta era impecable, demasiado perfecto por partes y en conjunto como para que fuera un hombre real. El único problema que tenía con James eran las palabras ofensivas de una de sus amigas o lo que quiera que fuera Eva. Tan solo de pensar en aquella estúpida todo su interior ardía.

—Si no quieres que me acerque más a ti yo..

—Exacto —lo cortó en seguida. Se lamentaba de hacerlo, ni siquiera

estaba segura de querer hacerlo. “Soy una competa imbécil”.

James abrió la boca para añadir algo más pero volvió a cerrarla sin pronunciar palabra.

Lina le dio la espalda y entró en la casa. Tenía que alejarlo de ella, “los príncipes azules no existen, él seguramente no es como se muestra conmigo. Por eso Eva y tantas otras lo insultan o lo abofetean”.

Lucía bajaba las escaleras con la ropa deportiva.

—¿Qué te ha dicho?—le preguntó. Lina tenía hasta fatiga, la salsa de quesos comenzaba a pesarle en el estómago.

—Que cene con él otro día—respondió y Lina sonrió.

—Muy bien —le puso la mano en el hombro.

Lina negó.

—Le he dicho que no y no volverá a acercarse a mí —no miraba a Lucía.

Cerró los ojos, esperaba la represalia.

Lucía tomó aire.

—¿Qué ha hecho que no te guste?—preguntó Lucía con tranquilidad.

—Todo lo que hace es correcto —respondió Lina—. Pero realmente no debe ser así. Mira a Eva y a otras que tú conoces. Mira lo que les hace.

—¿Qué les hace?—preguntó Lucía.

Lina quedó contrariada con aquella pregunta. Fue la propia Lucía la que le dijo que James cada semana llevaba a casa a una mujer distinta. No sabía qué responder.

—Eso a ti te debe de dar igual—la voz de Kitty sonó en la escalera—. No puedes juzgar lo que hace con otras, ni rechazarlo porque no se tome en serio a otras mujeres. Ellas no son tú y no veo que a ti te haya ofendido en ningún momento.

—Lo hará, ya escuchaste a Eva—se defendió Lina.

—La oí insultar a Margot—respondió Kitty—, sí después te insultó a ti. Pero eso qué más da.

—No soy de esas mujeres que le gustan —se defendió Lina.

—¿Te refieres a esas que él no se toma en serio?—replicó Lucía—. No, no eres de esas, él piensa lo mismo que yo seguramente.

Sophie bajó las escaleras tras Kitty. La pastelera se giró hacia ella.

—Puedes dormir en el dormitorio del fondo —le dijo.

Lina la miró. Las cuencas de los ojos de Sophie eran oscuras, demasiado oscuras para ser por cansancio. “Dios bendito”.

Lucía miraba cómo Lina observaba a Sophie.

—Su problema es real, físico —le susurró Lucía—. Tú solo temes a las consecuencias que tu cabeza inventa. ¿James te gusta? Pues espera y a ver qué pasa.

Lina no podía dejar de mirar a Sophie y los golpes que se reflejaban en su cara, desde el jardín de James no se apreciaban. La chica terminó de bajar los escalones. Ni Lucía ni Kitty hacían referencia a Sophie, Lina supuso que no era la primera vez que la veían en aquel estado. Se sintió estúpida por su comportamiento. Lucía tenía razón. Pagaba con James sus propias inseguridades.

El problema lo tenía ella, no James y mirando a Sophie y su problema real que le provocaba aquellas señales, se sentía tan pequeña y vanidosa que se avergonzó aún más que en el jardín vecino.

Sophie sonrió y su sonrisa era humilde y hermosa, además cuando sonreía se le formaban dos hoyos en las mejillas que le daba un aspecto casi adolescente.

—Mi nombre es Sophie —se presentó—. Solo voy a estar aquí un par de días.

Kitty le puso la mano en la espalda a la joven.

—Sophie duerme en casa algunas veces —dijo la pastelera—. Es como nuestra hija adoptada.

—Algo así—respondió Lucía.

Kitty se dirigió al pasillo.

—Anda, ven y come algo —le dijo la pastelera ya en la cocina. Lina observó a Sophie salir del salón.

—¿Quién le pega?—preguntó Lina.

Lucía bajó la cabeza.

—Ya te contaré su historia en otro momento —le respondió Lucía.

—¿Qué edad tiene?—preguntó de nuevo Lina.

—Muy jovencita, solo veintidós años—Lucía miró hacia la cocina—¿Te has dado cuenta cómo la miraba el doctor Will?

Lina sonrió.

—Y eso que no la ha visto sonreír —respondió Lina.

—Pues algo parecido le ocurre a James contigo—añadió Lucía—. Aunque hay una gran diferencia en ambas situaciones. Will no puede hacer nada contra los demonios de Sophie, pero James sí puede alejar los tuyos. ¿De verdad le has dicho que no? ¡Eres una imbécil! Lo sabes, ¿verdad?

Lina tomó aire.

—Bueno —Lucía alzo una mano y la sacudió—. Es nuestro vecino. Todo lo que le hayas dicho tiene arreglo.

Lucía sonrió.

—Kitty lo puede arreglar casi todo —señaló con el pulgar a la cocina—. Por eso todos la buscamos alguna vez. Ahora vete a descansar.

## 10. ¿Y por qué no?

Era por la mañana. Lina se había asomado por la ventana. James aún no se habría levantado porque las persianas estaban echadas. Resopló. Había pasado la noche en vela pensando en cómo remediar su metedura de pata con él.

Lucía acababa de levantarse, tenía mal aspecto.

—¿Has pasado mala noche? —le preguntó Kitty en cuanto la vio bajar a la cocina.

—Mi prima María no entiende eso de la diferencia de horario de España a EEUU y uff...—bostezó—. He estado media noche hablando con ella. Cuando a mi tío le llegue la factura de teléfono se va a ganar una bronca.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Lina— ¿Se va a ir a estudiar a Londres?

—Al parecer existe la posibilidad de que se vaya acompañada por él —suspiró—. Qué bonito todo, ¿verdad?

Su voz sonó demasiado irónica. Lucía se sentó en una de las sillas de la mesa y cogió una tostada de la bandeja que Lina había preparado con Kitty.

—María está totalmente prendada con él. Toda su vida gira en torno a ese muchacho, espero que no se caiga ni haga alguna estupidez—apoyó su móvil en la mesa—. ¿Queréis verlo? No sé cuantos miles de seguidores tiene en instagram.

Kitty sonrió y se acercó en seguida curiosa. Lina se asomó tras Lucía para ver el móvil. Lucía tecleó en el móvil e instagram apareció ante ella. Reconoció a la espectacular prima de su amiga en una de las fotos, Lucía le dio a algún comentario que la redirigió hacia otra cuenta. Allí estaba.

Ninguna de ellas hizo ningún comentario. Kitty abrió la boca para decir algo, pero la cerró en seguida y comenzó a reír. Se retiró hacia la tostadora de nuevo.

—Tu prima tiene un gran dilema, no lo dudo —dijo la pastelera.

Lina arqueó las cejas.

Margot entró en la cocina seguida de Sophie. La pelirroja no sabía de qué hablaban pero se asomó para ver qué miraban con tanto interés.

—¿Ese hombre existe?—preguntó divertida tras dar un grito ahogado.

Sophie miró pero no añadió nada. Se sentó silenciosa junto a Lucía.

—Existe y tiene a una mujer maravillosa a su lado —añadió Lucía.

—No me digas—Margot le quitó la tostada ya untada de mantequilla de las manos de Lucía y se sentó frente a ella para comérsela— Dame el móvil.

Margot miró de nuevo las fotos y gritó de nuevo, todas rieron.

—Y tú le decías que se fuera a Londres —dijo Margot—. Eres una mala consejera.

—No es tan sencillo —Lucía puso la barbilla sobre su mano, que estaba apoyada en la mesa—. Todo no se reduce a unos ojos verdes, una pelazo y una maraña de músculos.

—Muy bien colocados todos—apuntó Margot irónica.

—Aún así—replicó Lucía—. Tú no conoces la historia de María. Desde niña quiso ser actriz y no tengo dudas de que llegará lejos si se marcha a Londres. Pero luego llegó su metamorfosis, un cambio brutal que la cogió desprevenida y lo conoció a él. Bueno, ya lo conocía, es amigo de mi primo. Quizás uno de sus amores platónicos de la adolescencia.

Lucía sonrió mirando una foto de María y su impresionante novio. Lina se detuvo en ellos. Era una pareja tan hermosa y parecían tan felices que hasta dolía mirarlos.

—¿Metamorfosis?—preguntó Sophie extrañada.

Lucía asintió.

—Ella antes era físicamente diferente. Lo pasó mal y estaba completamente sola. Ni siquiera se la tomaban en serio en los grupos de teatro cuando decía que quería ser actriz —explicó Lucía—. Así que la oruga se convirtió en mariposa.

Ahora solo es diferente por fuera, sigue siendo la misma niña llorona llena de inseguridades.

—Hermosa, con talento y llena de inseguridades —añadió Kitty—. Mala combinación que curiosamente se da en muchas grandes actrices.

Kitty se quedó pensativa.

—Hollywood se la comería—añadió casi en un susurro. Lucía se sobresaltó.

—No, me tiene a mí—reprendió.

—No, te equivocas. Tiene a ese prodigio de la naturaleza—apuntó Margot

y todas rieron.

Lina miró a Sophie. Las señales de su cara comenzaban a difuminarse.

—¿Mejor?—le preguntó Lucía y ella asintió.

—¿Y tú?—preguntó Kitty— ¿qué pasó con tu mensajero?

Lucía resopló.

—Sigue diciendo que le gustaría verme—respondió.

Kitty sonrió.

—Te quejabas cuando no daba señales de vida y ahora te quejas porque quiere verte—la miró con ironía—. La cuestión es quejarse, ¿verdad? Todas sois iguales.

Señaló a Lina.

—¿Y tú? —le dijo—. Ese chico es encantador y le rechazas sin motivo ¿Ahora qué piensas hacer?

Lina miró hacia la casa de James y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea—y era la verdad. No la tenía.

Lucía se puso de pie.

—¿Le hago alguna trastada con Sally para que se despierte? —preguntó asomándose a la ventana.

—¡No! —contestó Lina en seguida.

—¡Sí! —Margot se puso en pie.

—No, no, no —Lina la separó de la ventana en seguida.

Kitty se preparaba para irse al trabajo.

—Es para nada chicas —les dijo—. El coche de James no está. O no ha pasado la noche en casa o ha salido.

Lucía se giró hacia ella con decepción. Su cabeza ya había comenzado a idear un plan para llamar la atención del vecino.

Lina bajó la cabeza. También ella estaba esperanzada en encontrar a James aquella mañana e intentar hablar con él de alguna manera.

—Bueno...—Lucía pensaba—. Esta noche, podemos salir un rato, ¿no?

Margot y Kitty se miraron.

—Esta noche me viene regular —dijo Kitty—. Pero lo intentaré.

—Yo mañana trabajo, pero si no nos recogemos muy tarde —la pelirroja encendió un pequeño televisor que estaba sobre la encimera—. Me vendría bien salir a echar risas, sí.

Lina la miró, en aquella casa echaban risas todo el día, sin necesidad de salir.

Margot la miró de reojo.

—Esta noche te peinaré y te maquillaré yo —le dijo—. Has rechazado a ese hombre, te va a costar que vuelva a prestarte atención.

Lucía rió.

—Kitty —le dijo—. Tú intenta enterarte de dónde van James y sus amigos esta noche.

Margot resopló.

—¿Tiene que ser con sus amigos?—protestó la pelirroja.

Lucía entornó los ojos y dirigió su mirada hacia Sophie, Lina casi la vio querer decir lo del doctor Will respecto a la joven pero pronto desistió de la idea.

—Bueno, tú entérate de todo que Kitty's Palace en el periódico de Monfort.

—Ok —Kitty se puso la mano en la frente como si fuera un militar. Luego cogió su bolso y salió de la casa.

Lina salió al jardín. La mesa y las sillas aún estaban en el jardín de James.

Deseaba volver atrás, justo al día anterior. Hubiese aprovechado mejor la cena, hasta hubiese reaccionado al insulto de Eva y por supuesto se hubiese comido la lengua antes de rechazar la invitación de James y decirle que no volviera a acercarse a ella.

“Así nunca superaré nada. Mi vida siempre será igual de miserable”. Cuando su antigua la dejó, Lina de verdad pensaba que jamás ella se enamoraría de otro hombre y aún menos nadie se enamoraría de ella. Sin embargo ahora había conocido a un hombre que parecía maravilloso y que la atendía como nunca lo había hecho nadie con anterioridad. ¿Por qué ella huía? No lo entendía. Le gustaba James, no tenía dudas mientras recordaba de la forma que él le llamaba la atención bajo la mesa. Aún se le sobrevenía aquella sensación vertiginosa en su interior.

Se sentó en los escalones de la puerta. Recordando la noche que James le trajo el helado aún se arrepentía más de su propio comportamiento. “¿Por qué no?”. Por qué era ella misma la que se ponía límites. Si sus malos presagios se cumplían y James no tenía verdadero interés en ella, pues ya encontraría una manera de superarlo, como había superado su anterior decepción. “Aunque con James es diferente”. ¿Más intenso quizás? No sabía la respuesta. Su antiguo novio simplemente había sido su compañero, amigo y amante durante algún tiempo.

Pero James parecía ser el hombre perfecto, el príncipe de cuento puesto delante de su cara, en la casa de al lado, para que ella temiera y amara a

apartes iguales.

“Si lo hubiese conocido en otro momento, si yo hubiese sido más fuerte”.

Pero la enfermedad de su madre, el abandono de su pareja le habían hundido hasta los cimientos.

Aún no entendía cómo un hombre como James se podría fijar en ella. Quizás Lucía y el resto lo malinterpretaban y solo era su forma de ser embaucadora con todas lo que veían en él.

Lina cerró los ojos. Si era solo eso no tenía que lamentarse por rechazarlo.

Recordaba a Eva y su furia. Aunque hubiesen pasado tantas horas aún la enfurecía recordarla, pero cada vez menos por su insulto, sino más por haber dejado que la afectara. Eva consiguió lo que se propuso, crear una incomodidad en una noche que prometía ser maravillosa.

James llevaba razón, una cena, solos los dos hubiese sido lo mejor. Ella podría despejar las dudas respecto a él y a sus intenciones. Comprobar si de verdad tenía interés en ella más allá de una amistad. Resopló. Le iba a estallar la cabeza. Estaba deseando de verlo. Ver el comportamiento que ahora tendría con ella.

Lucía se sentó a su lado tal y cómo lo hizo James hacía unos días, con un enorme helado.

—Vale —le dijo—. La has cagado, pero nos tienes a nosotras, así que tranquila.

“Teneros cerca no es una tranquilidad” Lina sonrió. Ya las conocía lo suficiente como para saber que eran peligrosas a más no poder. Pero se alegraba de tenerlas junto a ella, tanto en lo bueno como en lo malo.

—El plan es, si lo ves actúa con normalidad —comenzó—. No le des a entender que estás arrepentida de nada hasta que yo te lo diga.

—¿Cómo?—Lina no entendía.

—Vamos a salir esta noche y todo va a ser casual—Lucía se acuclilló frente a ella—. Si durante el día lo ves, que espero que sí, salúdale y pasa de él.

Lina frunció el ceño pero asintió.

—Por Eva ni te preocupes, Margot dice que ella se encarga—rieron.

Margot salió junto a ellas.

—Me debes una, porque esta noche tendré que ver de nuevo a Amil—hizo una mueca—. Y cada vez que lo miro me muero de la vergüenza.

Lucía se inclinó para reír recordando el incidente de Margot en la consulta veterinaria.

—Y a la pobre Sophie —susurró—. Quizás esta noche se le compliquen las cosas.

—¿Qué es lo que le ocurre a Sophie? ¿quién la golpea? —preguntó Lina con curiosidad.

Lucía levantó la mano y la sacudió.

—No vamos a hablar hoy de penas y desgracias—le respondió—. Nosotras nos encargamos de Sophie esta noche.

—Ahora nos vamos a comprar ropa —le dijo Margot levantándola del escalón—. Esta quiero que vayas espectacular.

Lina la siguió pasillo adentro hasta la puerta de la salida.

—¿Vienes? —le preguntó Lina a Lucía.

Esta negó.

—Me quedo con Sophie—le respondió—. Tengo pendiente una charla con ella.

## 11. Que sea lo que tenga que ser.

Margot le hacía daño. Olía a laca y casi no podía respirar con tanto aerosol.

Margot le había recogido el pelo con pinzas y ahora caldaba las raíces con empeño. Lina se quejaba a veces, pero la pelirroja no le prestaba atención. Luego con un aparato eléctrico en forma de vara, le liaba el pelo.

—¿Te haces esto todos los días? —preguntó Lina asombrada.

—Casi todos, sí —le respondió la enfermera.

Lina resopló. El rizador ardí cerca de su oreja. Margot soltó el mechón y este cayó en un tirabuzón castaño con betas rubias. Se veía precioso.

—Y seguro que esa Eva también lo hace a diario —musitó Margot—. ¿Crees que ha nacido así? —hizo una mueca—. Habría que verla sin ondas, sin maquillaje y sin extensiones de pelo.

Lina arqueó las cejas. Se miró en el espejo. Margot era una especialista en temas estéticos. Le había dado numerosos consejos que Lina no pensaba seguir, ya ni los recordaba en su mayoría. Pero el resultado de su maquillaje había sido fantástico.

Habían comprado un vestido blanco palabra de honor, con una banda azul a la altura del pecho, otra en la cintura y otra a la altura de la rodilla donde el vestido acababa. No sabía si era por la ropa o por los caminos en bici, pero la banda azul de la cintura le estrechaba el talle en gran medida.

Con el maquillaje y el nuevo peinado, Lina se veía como la mayoría de jóvenes que salían a divertirse, modernas, femeninas y sofisticadas.

Lucía irrumpió en la habitación de Margot. Ella siempre iba maravillosa a todas partes y no era menos aquella noche. Gritó cuando la vio.

—¡Dios! Estás espectacular, Lina —Margot hizo un ademán de orgullo.

Kitty también entró en la habitación. Kitty arreglada, también cambiaba bastante, como la mayoría de muchachas, supuso. Por último entró Sophie.

Lina la miró de reojo, pero luego tuvo que girarse para mirarla al completo.

No sabía si hacer algún comentario respecto a su atuendo. Si era hermosa

con la cara marcada y con ropa vieja como llevaba la noche anterior, vestida para salir a divertirse parecía una de esas instagramer al estilo de la prima actriz de Lucía.

“Como la vea el doctor Will, se caerá de espaldas” y deseó ser testigo de aquel encuentro. La idea de salir al encuentro casual de James cada vez le gustaba más.

Margot acabó de peinarla, desenchufó la varita y comenzó a quitarle las pinzas. Luego le removió el pelo y la melena quedó mejor que nunca se la habían dejado en ninguna peluquería.

—Ten cuidado con el gloss —le advirtió—, que se quedan pegados los pelos en la boca.

Pero ya le avisó tarde. Lina se despegó el pelo de los labios y se puso en pie.

Por primera vez, en toda su vida, se veía realmente bien. Incluso si se miraba en el espejo de espaldas, no conseguía reconocerse.

—El pelo así te queda fantástico —le dijo Kitty.

—Pero yo me niego a hacer esto todos los días —respondió Lina y todas rieron—¿A qué hora os levantáis vosotras?

Salvo Kitty, que salía corriendo por las mañanas a medio vestir, Margot y Lucía siempre iban a trabajar impecables.

—Ya sabemos dónde va James esta noche—dijo Lucía—. Así que salimos a cenar dónde sea y después vamos para allá.

—¿Dónde queréis cenar? —Margot alzó sus llaves del coche— ¿Y quién conduce?

—Vamos a Loui —respondió Lucía quitándoles las llaves—. Pero a la vuelta que conduzca la que pueda.

## 12. ¿Casualidad? No. Realmente estaba buscándote.

Monfort no era muy grande, así que tampoco iba a ser muy descarado que se encontraran con James y sus amigos.

El restaurante de Loui era muy bonito. Tenía sillones blancos y mesas rojas con mucho brillo. Todo estaba informatizado, demasiado moderno para la opinión de Lina. En la mesa había una pantalla táctil en la que ellas podían hacer el pedido y luego un camarero les traía la comida.

Comieron pizza italiana auténtica, a Lina le recordó su viaje a Italia y con él también recordó a su acompañante. Miraba a sus amigas mientras lo hacía y hasta se alegró que aquel imbécil la dejara por otra.

Kitty pidió la cuenta y en seguida la tenía en la pantalla y pasó su móvil para pagar. También pidió un licor de almendras y pirámides de chocolate para el postre.

—Chocolate negro relleno de helado —explicó—. Si lo tomas con el licor de avellanas, es una pasada.

Un camarero llegó al momento con una bandeja llena de pequeñas pirámides de chocolate y una botella de licor. Lina arqueó las cejas, en su vida había visto aquello.

Un joven delgado y alto, algo cargado de espaldas llegó hasta ellas.

—Cuando he visto el cargo del pago de la mesa lo he cancelado —le dijo a Kitty—. Hoy os invito yo.

Abrazó a la pastelera.

—Esto fue idea de ella —señaló las pirámides ante la sonrisa de Kitty—. Nadie se va de aquí sin probarlas.

Se inició un debate con las oportunas explicaciones por parte de Kitty. Lina miró hacia su derecha y enmudeció. Desconocía cuánto tiempo llevaban ellos allí, pero sería bastante también porque tenían las pirámides a medio

tomar. Bajó la cabeza en seguida y pateó a Lucía bajo la mesa.

—Ahhh —gritó Margot asomándose bajo la mesa—¿Quién ha sido?

Lucía miró a Lina extrañada y esta miraba de reojo al grupo de James, dudando si conocían de la presencia de ellas cinco. Lucía en seguida los vio.

—Lina, me has enganchado la media —Margot no levantaba la cabeza—. Encima tendré que ir con las medias rotas, ya lo que me faltaba, para que esa arpía se de cuenta.

Margot no paraba de protestar y Lucía le dio un puntapié. Margot se sobresaltó y le dio con la espalda a la mesa. La bandeja de las pirámides rodó por ella y Sophie la alcanzó antes de que cayera al suelo.

Se oyeron aplausos. Las dudas de Lina se despejaron, las habían visto, o al menos con el grito de Margot acababan de verlas. Vio a James, que estaba de espaldas girarse hacia ellas, podía sentir su mirada y sin embargo no podía ver su reacción al verla tal y como la había dejado Margot.

La pelirroja levantó la cabeza al fin y resopló. Ella les daba la espalda al grupo, que estaban separado de ellas por tres mesas, pero en la otra hilera.

Lina miró a Lucía con angustia.

—No era aquí donde íbamos a encontrarlos, ¿verdad?—le susurró y Lucía negó con la cabeza.

—Y ni siquiera te he contado el resto del plan.

Ellos se levantaron para acercarse a saludarlas.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Lina.

—Improvisar. Mírame—le pidió y Lina obedeció—. Quita esa expresión. Se nota demasiado que estás contenta de verlo.

—¿Y cómo la quito?—estaban demasiado cerca.

Kitty intentaba que Loui no se enterara de nada y lo distraía con alguna estupidez.

—Caramelo, claro, ponle caramelo —le decía al hostelero.

—Lucía —murmuraba Lina—. ¿Así?

Lina la miró y Lucía rompió a carcajadas. Lina se sonrojó. El grupo de James ya estaban junto a la mesa. Pero él estaba el último. Lina no podía verlo con Alan delante.

—Señoritas —les dijo Alan—. Es un placer para los ojos veros.

Ellas le sonrieron.

—¿Queréis? —ofreció Kitty y Brian, que estaba más cerca de ella sonrió.

Lina se apretó contra Lucía y Sophía, para que ellos tuvieran sitio para sentarse. Loui en seguida trajo un par de sillas y James y su amigo veterinario

se sentaron en ellas.

Lina tenía a Lucía a su izquierda y junto a estaba estaba Sophie. A su derecha tenía a Will. Supuso que iba a ser muy difícil no distraerse con las miradas que el doctor le echaba a Sophie. Lina la miró de reojo, con el maquillaje ya no se apreciaban marcas en su rostro.

No quería ni mirar a James. Lucía la había terminado de alterar diciéndole lo de la expresión. Tan solo le había sonreído antes de que se sentara y no con demasiada euforia. “Lucía y sus planes desastrosos”. Tantos años junto a ella y siempre volvía a seguir sus juegos a sabiendas que siempre acababan mal.

Lina notó algo en el pie. Miró a Lucía pero esta no era, James estaba demasiado lejos. Kitty estaba en pie. Solo le quedaba Margot, porque Sophie a pesar de ser encantadora, no estaba para muchas bromas. Miró a la pelirroja en seguida.

Margot le acercó una pirámide. Un camarero traía una nueva bandeja.

—Si necesitáis algo más andaré por aquí —se ofreció Loui alejándose. Lina se fijó en que sonrió a Lucía con amabilidad y esta le devolvió la sonrisa hasta que él se giró. Su amiga en seguida se puso seria.

—Este es fan tuyo, ¿no? —susurró Lina entre risas. Sabía que a Lucía le incomodaba que los hombres la pretendieran y estos no eran pocos.

—Sin comentarios, por favor —le respondió. Brian, el bombero más joven de Monfort, sonrió y Lina fue consciente de que podía oír sus susurros desde donde estaba. “Dios mío, Lucía, ni se te ocurra decirme nada”. Le dio con el pie en el talón.

Lucía miró a los chicos tratando de ver lo que Lina le indicaba. Pero su amiga clavó los ojos en James.

—¿Dónde te has metido hoy?—le preguntó sin divagar—. Hemos echado de menos a Sally.

“Qué descarada es”. James cogió una de las pirámides y le dio la vuelta. Lina se dio cuenta que la pirámide era realmente un vaso de chocolate boca abajo.

—He ido a la ciudad —le dijo llenándolo de licor con una de las botellas que había sobre la mesa.

Lina miró su pirámide y le dio la vuelta también. El tacto era helado, como los bombones helados. Por dentro no acababa en punta, era eso a lo que se refería Kitty de relleno de chocolate. La llenó de licor y se la metió en la boca.

Al morderla el chocolate se derritió por un lado y crujió por el otro

dejando salir el helado de su interior, mezcla de vainilla y canela, que junto con el calor que provocaba el licor de avellana, llenaba la boca de una sensación que no supo describir. Su garganta en seguida se heló y quemó al mismo tiempo. Kitty, Lucía y James la observaban.

Lina levantó los ojos y se sonrojó en cuanto fue consciente de que la miraban.

No había probado nada igual en su vida.

—¿Qué? —Kitty estaba impaciente.

Lina no respondió y cogió en seguida otra pirámide. Lucía reía y no supo qué hacía James porque no quería mirarlo.

—Ten cuidado con esto —le advirtió Lucía—. Para que haga ese efecto, el licor tiene que ser muy fuerte.

—Sí —confirmó Kitty—. Tuve que encargarme uno especial y Lucía lo dice por experiencia propia.

Ambas rieron y Lina ni se quería imaginar la anécdota, solo esperaba por el bien de Lucía que Loui no hubiese estado cerca.

—¿Dónde vais ahora? —preguntó Will. Lina se dio cuenta de que lo preguntaba con demasiado interés.

—No hay muchos sitios donde elegir, así que vamos a Ateneo —la voz de Lucía se rompió al morder la pirámide— ¡Dios, Kitty!

—Nosotros pensábamos ir allí también —respondió Brian.

Amil alejó de Margot las pocas pirámides que quedaban. La pelirroja estaba demasiado callada, Lina supuso que la razón de su silencio era que estaba tomando unas cuantas de aquellas pirámides y si era así, no iba a poder colaborar mucho con el plan de Lucía. Lo que le sorprendió fue la reacción del veterinario.

“Qué le importará este lo que beba la pelirroja”. Ella cogió una más, no sabía si era ya la cuarta.

—Nos vamos entonces —dijo Kitty en cuanto hubieron acabado—¿Ya os vais también?

—Sí, claro —oyó la voz de Alan y todos se levantaron para salir.

Ateneo estaba cerca de Loui y compartían aparcamiento.

—Si bebemos demasiado —le decía Lucía de camino a aquel lugar con nombre griego—. Pediremos un taxi. Pero, ojo, ten cuidado que la puedes volver a cagar. Así que atenta.

Margot iba delante, hablaba con Will y Brian, aunque el doctor no dejaba de mirar hacia atrás donde caminaban Kitty y Sophie.

James iba con el resto de sus amigos delante del todo.

—Vale, lo estás haciendo muy bien —continuaba Lucía—. Sigue así hasta que yo te diga.

—Hasta que me digas qué —Lina ya se estaba cansando de que Lucía la dirigiera sin explicaciones.

—Si te lo digo, te pondrás nerviosa y saldrás corriendo. Así que mejor espero a decírtelo luego.

Lucía se apartó de Lina y logró esquivar el golpe que esta fue a asestarle.

—Lucía, no por favor —le rogó viéndola venir.

—Shhhh, tú tranquila, pero luego no nos dejes mal. No te comportes como una pava porque te juro que te mando de vuelta a Lugo.

Lina la miró desconfiada, luego miró a James. Este no se acercaba a ella, tal y como ella le había dicho. Hasta en eso se estaba comportando de la manera más ejemplar posible. A Lina le recorrió algo por el estómago y no sabía si habían sido las pirámides o lo que James le provocaba. Ambas cosas era muy parecidas. “Dos malas tentaciones, sin ninguna duda”.

Entornó los ojos hacia James, el licor era fuerte tal y como decían. Sus músculos se habían relajado y los labios le ardían. La sensación era placentera y unida a la cercanía de James después de un día lleno de dudas y arrepentimientos, la euforia se comenzaba a apoderar de ella. Pero tenía que disimularlo. “Es difícil”. No podía dejar de mirar a James. Estaba guapísimo. Llevaba una camisa azul del mismo color de sus ojos, que se le adaptaba al cuerpo aún mejor que a ella su ajustado vestido. Su espalda, lo único que podía ver de James desde donde se encontraba y le estaba encantando.

—Espabila—le dijo Lucía—. Solo te falta limpiarte la baba. Te he dicho que no se note.

Lina miró a Lucía con ansiedad y puso la cara sobre su hombro.

—Pero es tan difícil—le dijo y Lucía sonrió.

—Anda ya, ven aquí.

Entraron en aquel lugar cuya puerta estaban decoradas con columnas griegas.

Una escultura de Atenea les recibía en la entrada. Era una especie de disco pub

bastante moderno para estar en un pueblo.

—Los fines de semana se llena—le dijo Lucía—. Pero a esta hora estaremos bien, lo malo es más tarde.

Dejaron los bolsos en una de las mesas. James y sus amigos se colocaron

en la más cercana a la suya. Margot tiró de Lina para llevársela a bailar. Lina se detuvo y Lucía que iba tras ella chocó con ella.

—Síguele el rollo a la pelirroja —le dijo—Y no mires hacia atrás. Tú tranquila que él no te pierde de vista.

Lucía rió.

—Ahora voy a ir a rescatar a Sophie que creo que el doctor ya le ha sacado conversación.

Margot bailaba sacando el culo, y en seguida todo el mundo la estaba mirando. Lucía no tardó en traer a Sophie.

—¿Y Kitty?—preguntó Lina.

—Está hablando con James—Lina se sobresaltó—. Tranquila, es para que no se le peguen mujeres. Ella lo va a distraer un rato, tú baila. ¿De acuerdo?

Sonó la música “Maria, María” de Santana. Lucía dio un salto.

—María, María. ¡Mi prima! —exclamó llevándose las manos a la cara—. Le dije que la llamaría. Va a matarme.

Corrió hacia su bolso y Lina la perdió de vista.

—¿Todo bien? —le preguntó Margot a Sophie, y la joven asintió—  
Simpático el doctor, ¿no?

Sophie sonrió.

—Es un compañero de trabajo —le decía Margot—. Ahora tendremos tema de conversación en los descansos. Está prendado.

Lina miró hacia atrás a pesar de que Lucía le había dicho que no lo hiciera.

Vio a James sentado en una banqueta hablando con Kitty.

—Yo no estoy para estas cosas —decía Sophie—. No estoy para nada, lo sabes.

—Pues lo siento por él.

Lina echó un ojo a Will. El doctor era guapo, le recordaba a Orlando Bloom en gran medida. Pero lo que más le llamaba la atención en él era su descarado interés por Sophie. No le importaba que se le notara de aquella manera delante de todos. Quizás acostumbraba a hacerlo para que fueran las mujeres las que dieran el siguiente paso, pero se veía tan prendado de Sophie que todas estaban sorprendidas. Sin embargo, pocas posibilidades tenía con la bella joven, que tenía más misterios y fantasmas que hermosura.

“Si Will supiera lo de los golpes no sé cómo reaccionaría”. Lina desconocía quién golpeaba a aquella buena muchacha que sus amigas parecían querer tanto y ayudar. Se preguntaba qué haría el doctor si conociera todo eso

que sus amigas sabían de Sophie, fuera lo que fuera. Si se echaría a un lado o se implicaría con ella. El imbécil de su ex de Lugo, se habría echado a un lado porque era un incapaz y un cobarde. Ahora veía con sus ojos como todos los hombres no eran como él.

Miró de nuevo a James y sentía una enorme curiosidad por saber de qué hablaban Kitty y él.

—¡Luz roja! —Lucía había vuelto —Eva y sus amigas están entrando ahora mismo.

—Déjamela a mí —decía Margot.

—Tú con James —le dijo a Lina y esta se aterró en seguida aunque estuviera deseando que le dijera eso—. No, espera.

La agarró del brazo.

—Primero vamos a dejar a ver qué pasa —tiró de Lina—. Ven conmigo.

Lucía se llevó a Lina a la otra punta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lina.

—Pidiendo una copa —respondió Lucía sacando su cartera—. Y nos vamos a sentar ahí en esa mesa que se ve todo, a observar.

—Lucía —Lina se estaba cansando.

Se sentó con Lucía. No sabía que bebida le había pedido su amiga pero estaba amarga.

—Es Vodka —le aclaró y Lina hizo una mueca.

Lina apreció cómo James la buscaba con la mirada, algo que no esperaba y que le resultó placentero.

—¿Lo ves ahora? —le decía Lucía—. Te lo llevamos diciendo desde que llegaste a Monfort. Ahí viene Eva.

Eva llevaba un vestido negro de encaje que le quedaba bestial y un peinado muy parecido al que Margot le había hecho a Lina. Saludaba a los amigos de James y por último a él. Kitty se echó a un lado con disimulo.

Eva y James hablaban, no de la misma forma acalorada que lo hicieron la noche anterior. Eva permanecía tranquila. Le puso la mano en la cara a James, justo donde le había golpeado. Lina sintió una punzada en el pecho. Lucía la agarró por el brazo.

—Espera, quiero ver —decía Lucía.

James le apartó la mano de su cara y Lucía sonrió.

—¡Bien James! —exclamó Lucía y Lina sonrió liberando parte de ese ardor que le provocaba la presencia de Eva junto a James.

Ella acercaba mucho su cuerpo a él, pero él se iba alejando hasta que ella

le volvió a coger la cara, esta vez con las dos manos. Él volvió a quitárselas y se alejó de ella dirigiéndose hacia donde se encontraban ellas.

—Vamos—Lucía se levantó y Lina la imitó—No sabe que estamos aquí, yo voy a dar la vuelta, tú encuéntrate con él. Ahora ya estás sola así que échale cara.

—¿Qué le digo?—preguntó Lina.

—Lo que quieras, pero no vuelvas a meter la pata —le dio un beso en la frente—. Estás espectacular hoy. ¡A por él!

Lucía desapareció entre la gente. Lina se dirigió hacia donde se encontraba James. Algunos chicos la dejaban pasar echándose a un lado. Nunca había llamado la atención de nadie así que era una sensación extraña que aquella noche los hombres la miraran con interés. Pero el resto le daba igual, solo le importaba uno.

James estaba apoyado en una mesa alta, junto a una columna. Volvía a ver su espalda. “No puedo cagarla otra vez”. Llevaba en la mano el vaso de vodka que era incapaz de beberse. Lo dejó en la mesa y James se sobresaltó. Vio sorpresa en sus ojos al ver que era ella quien estaba junto a él y hasta pareció alegrarse. Lina se dejó caer sobre la columna. Notó a James incómodo y comprendió la razón.

“Le dije que no se acercara a mí y ahora soy yo la que me acerco a él”.

Lina le sonrió pero James no le devolvió sonrisa alguna. Ahora era Lina la que se sentía incómoda.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó ella.

James se encogió de hombros.

—No tiene importancia, solo que...estoy cansado. Me marcho ya a casa.

Al escuchar aquellas palabras Lina se contrarió. La desilusión la invadió de repente.

—Oh —no sabía qué decir. Era la primera vez que James se comportaba tan distante con ella—. Que descanses entonces.

“La he vuelto a cagar. Lo sé”. Miró el rostro de James, realmente parecía cansado, pero hasta así estaba guapo. Lo notó expulsar aire.

—Vale —le respondió él retirándose de la mesa.

Fue un impulso, se arrepintió en cuanto lo hizo. Sujetó el brazo de James, que apenas podía rodear con una mano. Lo soltó en cuanto él se giró. Lina se miraba la mano con temor, como si hubiese perdido el control sobre ella. Miró de nuevo a James.

Eva pasó junto a ellos y les lanzó una mirada que bien los hubiese hecho

arder a los dos. Lina aprovechó su presencia.

—¿Es por ella? —preguntó.

James miró hacia un lado y luego miró a Lina.

—Entre otras cosas—le respondió.

Lina arqueó las cejas, luego sonrió.

—Ya no va a volver a pegarte—James pareció sonreír pero de nuevo se puso serio. Ella lo volvió a sujetar del brazo al reconocer cómo él intentaba marcharse.

Él se giró hacia Lina y arqueó las cejas.

—Voy contigo —le dijo y el se extrañó.

—¿A dónde?—preguntó él.

—De camino a casa—James la dejó pasar delante sin dejar de mirarla.

Lina se giró hacia él. —Vives al lado de mi casa.

—No —replicó él.

—¿Te has mudado? —él volvió a contener la sonrisa—. ¿Qué te pasa?

—Me dejaste claro anoche que no quieres que me acerque a ti —parecía molesto.

Lina sintió un empujón a su espalda, por un momento pensó que podría ser Eva. Pero vio una melena pelirroja pasar tras ella. Se había dejado caer hacia delante y tenía su cuerpo pegado al de James, este la sujetaba por la cintura.

—Y va a ser difícil si te sigues comportando así—añadió.

—Llevas razón —Lina le puso las manos en el pecho para retirarse de él.

El contacto la puso demasiado nerviosa—. Lo siento.

—No te preocupes, no es culpa tuya—le respondió él mirando hacia un lado.

—Sí, bueno, en parte —”la voy a volver a cagar”—. Tú no me has dicho nada de que no me acerque a ti, así que supongo que sí puedo, ¿no?

James la miraba perplejo.

—Esas pirámides no te han sentado bien —le dijo casi divertido.

—No, no son las pirámides —le respondió ella—. Realmente es toda esa patrulla de locas que tengo a mi alrededor las que me enredan a hacer estupideces.

James miró a su alrededor. “Qué demonios estoy diciéndole. Dios mío, Lucía va a matarme”.

—El caso es que...—si lo pensaba no lo decía—. A veces sí quiero que te acerques a mí.

“Y para qué le he dicho ese *a veces*”.

James se cruzó de brazos.

—Lo mejor es que te lleve a casa ahora y esto lo hablamos en otro momento. —miraba a su alrededor buscando a alguna de las amigas de Lina.

—Estoy bien, sé lo que digo —le replicó ella. James realmente pensaba que estaba borracha y con las estupideces que había dicho era normal que lo pensara.

Estaban en un lugar por donde pasaba mucha gente y era incómodo hablar tan cerca el uno del otro. James cogió a Lina por el brazo y la llevó hasta la columna y se puso frente a ella.

—Entonces quieres que a veces me acerque a ti, vale —le aclaró él con ironía—. Tengo veintinueve años, no tengo edad para juegos.

“Él es terriblemente guapo y yo estoy quedando como una imbécil.”

—Es que tampoco sé para qué quieres acercarte a mí—le replicó ella.

“Las puñeteras pirámides y sus efectos traicioneros. No dejo de decir sandeces”. Miró a James, con aquella pregunta lo había dejado sin saber qué responder y hasta se había ruborizado. Lina rio, nunca se imagino que un hombre con tanta facilidad para conseguir la mujer que le parezca, se incomodara de ese modo. James pareció ofenderse con su risa.

—Vale, olvídale —se rindió Lina. Si seguía hablando con James iba a empeorar las cosas. Tenía la lengua demasiado suelta y la risa excesivamente floja, ambas cosas la iban a poner en un aprieto y encima James acabaría enojado con ella. Ni Kitty ni Lucña iban a poder arreglar tremendo estropicio —. Olvídate lo que te he dicho hoy.

Se retiró de él de forma considerable.

—Es mejor que no...

James la cogió por la cintura y la pegó a él.

—Si vas a volver a decirme que no me acerque a ti —le dijo y Lina lo miró sorprendida por su reacción—, no lo vayas a hacer con ese vestido. Prefiero que la próxima vez me lo digas con el pijama de las flores.

Debería haberse avergonzado o ruborizado por las palabras de James. Pero la risa le sobrevino y lo abarcó todo. Recordaba el día del pijama de flores, fue el día de Sally, el barro y la ropa blanca. Recordaba a Eva y la vergüenza que le dio que la vieran con aquel pijama horroroso. Rompió a carcajadas casi sin ser consciente que estaba entre los brazos de James.

—Es horrible ese pijama —le dijo a James—. Lo tendré en cuenta.

James sonreía pero no la soltaba. Lina al fin fue consciente de la cercanía de James. Ahora no tenía dudas, lo del estómago no eran las pirámides de

chocolate.

Se hizo el silencio entre los dos. Lina tomó aire y se irguió. Él la soltó.

—Entonces... —James parecía contento.

—Cenaré

contigo el día que quieras —le respondió antes de que él preguntara.

James sonrió y cogió a Lina por la barbilla. Entonces Lina pudo ver en su cara eso que le explicaba Lucía. No sabía las razones del por qué él se había fijado en ella de esa manera, cuando no era ni tan alta ni tan deslumbrante como la preciosa rubia que acababa de rechazar. Pero no pensaba buscarle explicaciones a su suerte. James parecía ser todo lo que ella buscaba en un hombre y le encantaba estar con él. Esa era la realidad y bendijo su suerte, al menos el tiempo que le durara.

—Mañana —propuso él con rapidez.

—Pues mañana —le confirmó ella. Lina bajó la cabeza. Por un momento intuyó que James pretendía besarla. Y si lo pensaba bien, era algo que estaba deseando que hiciera. Pero allí en medio de tanta gente no era el mejor lugar.

Cenaría con James el día siguiente y que encima, tan solo viviera en la casa de al lado una gran suerte. Estaba feliz, como los días anteriores en los que era positiva. Esta vez no iba a decaer su ánimo. Estaba segura de que no, no después de haber escuchado a sus amigas, después de haber visto en el rostro de Sophie las sombras de los verdaderos fantasmas de una vida desgraciada. Lina sabía que su problema era solo suyo, con ella misma. La inseguridad que tendría que superar y el miedo al fracaso de que algo fuera mal con James. Él no tenía la culpa de nada de eso, no había hecho nada para llevarla a esos pensamientos. La culpa la tenía el pusilánime que una vez quiso y no tenía el porqué pagarlo con James.

Él pareció entender la razón de que ella se retirara de él.

Lina se giró dándole la espalda a James. Buscaba a sus amigas. Lucía estaba con Sophie en la mesa donde tenían los bolsos. Margot bailaba con Kitty no muy lejos de Eva y sus amigas, que permanecían entre el grupo de James. Ahora comprendía el por qué James se había apartado de todos.

Notó a James tras su espalda. Lina miró a Lucía y esta, aunque parecía que no le estaba prestando atención, la miró un instante y le guiñó un ojo.

James se pegó a ella y Lina quedó inmóvil, esperando qué más iba a hacer.

Bajó la cabeza, la raya azul del vestido que le rodeaba la cintura no se veía, el brazo de James lo tapaba. Lina quedó inmóvil, él se inclinó hacia su oído.

—Me quedo hasta que te vayas —le dijo.

Lina lo miró sin saber qué responder mientras él le apartaba el pelo de la cara.

Solo le había dicho que sí cenaría con él y algunas sandeces más y James se estaba acercando más de lo que esperaba. Asintió con la cabeza y dio unos pasos.

James quedó atrás, no la seguía. Se giró para comprobar el por qué él no avanzaba. Lo vio observándola y de nuevo apreció esa expresión que le decía Lucía. “Cómo he estado tan ciega”.

Le hizo un gesto con la cabeza al joven para que se fuera hacia sus amigos y ella se acercó a la mesa donde estaba Lucía con Sophie.

—Muy bien, chica —le dijo en cuanto Lina se inclinó—. Has logrado sorprenderme. Pensé que no lo harías.

Lina sonrió y Lucía miró de reojo a James.

—Eva está que va a salir ardiendo sola—le cogió la cara a su amiga—  
¿Por qué no has dejado que te bese?

Sophie sonrió.

—Estábamos aquí las dos... —Lucía dio un grito—. Y vas y bajas la cabeza.

—Pensábamos que lo volvería a intentar —añadió Sophie.

—Espero que no —respondió Lina.

—Pues yo espero que sí—replicó Lucía—. Y prométeme que...

—Shhhh—la calló Sophie.

Alan y Brian pasaban por su lado. Kitty se acercó a ellas y se sentó junto a Lucía.

—Muy bien, princesa —le dio en el hombro. Luego se dirigió hacia Sophie—. Will me ha preguntado cosas sobre ti.

Sophie arqueó las cejas.

—Dios, no —Sophie miró hacia un lado.

—No te preocupes, no va a intentar nada—respondió Kitty—. Le he dicho que no es estás en un buen momento. Tranquila, no le contado nada.

—Por favor, ni se te ocurra...

La pastelera negó con la cabeza. Volvió a mirar a Lina.

—La próxima vez, no bajas la cabeza—le dijo—. Levántala.

Lina frunció el ceño. Todas habían estado pendientes de ella, era sorprendente lo bien que disimulaban.

—¿Y Margot? —preguntó Lina.

Kitty hizo una mueca.

—Creo que ha bebido demasiado —respondió—. Con la racha que lleva me imaginaba que iba a pasarse hoy. Se estaba agobiando aquí dentro y Amil la ha llevado al jardín.

Lina y Lucía se miraron.

—No es una buena idea dejarla a solas con Amil en ese estado —dijo Lucía—. ¿Y si hace algo que no deba?

—No importa, él ya la ha visto... —añadió Kitty y todas rieron.

—Voy a buscarla—dijo Lina—¿dónde queda el jardín?

Kitty le indicó.

Les dio la espalda y se dirigió hacia la puerta que le habían indicado. James salió a su encuentro.

—Margot ha salido, no se encuentra bien —le dijo.

—Tranquila, está con Amil—le respondió él.

Lina arqueó las cejas “Eso es lo que no me tranquiliza”. James comenzó a reír.

—No conoces a Amil —rió él también al entenderla—. No va a... si ella está en ese estado. De cualquier otro, dudaría, de él no.

Salieron al jardín. Margot y Amil estaban sentados en un banco. Había gente allí. El sonido de la música se alejaba, aunque los murmullos de numerosas conversaciones era más incómodo para los oídos.

Lina le puso la mano en el hombro a la pelirroja.

—Estoy bien, tranquila —le dijo Margot—. Hay demasiada gente dentro y me siento mal en los bullicios.

—Le he dicho que si quiere la llevo a casa—dijo el veterinario.

—Y creo que es lo mejor —Margot se levantó y miró a Lina y a James—. Aquí ya no hago nada.

—No creo que tardemos mucho en irnos tampoco —dijo Lucía.

Margot le echó el pelo hacia atrás.

—Estás guapísima hoy —le dijo cogiéndole la cara.

—Lo está —añadió James y Margot lo miró de reojo sonriendo.

Lina se sonrojó, la pelirroja la besó en la frente.

—Me voy —añadió—. Lucía tiene las llaves de mi coche.

Se giró para mirar al veterinario.

—Creo que seré capaz de llegar a casa sin volver a enseñarle las tetas a este.

Lina frunció el entrecejo, lo estaba diciendo delante de James. Este

comenzó a reír.

—Seguro que eres capaz, sí —la animó Lina entre risas.

Margot la volvió a besar y luego le dio un beso a James.

—Pasadlo bien y no lleguéis tarde —se puso la mano en la frente—. Acabo de recordarme a mi abuela, dios. Volved cuando os plazca, o mejor, no volváis.

Amil la dejó pasar delante, luego se despidió de James y de Lina, y se marchó tras la pelirroja.

—Es un detalle que la lleve a casa —le dijo Lina a James.

James se sentó en el banco, Lina quedó en pie.

—Vivo a unos metros de ti y puedo llamarte a gritos si quieres, pero preferiría que me dieras tu teléfono —dijo él tendiéndole su móvil.

Lina lo cogió y marcó su propio número para llamarse a sí misma. Su móvil estaría sonando en algún lugar del sofá junto a Lucía. Luego le devolvió el móvil a James.

James cogió el teléfono con una mano y con la otra la agarró y tiró de ella para que se sentara. Lina se sentó junto a él, no le soltaba la mano, así que ella aprovechó para mirar la hora en el reloj de James.

—¿Quieres irte ya?—le preguntó él.

—No esperaba que fuera tan tarde —el tiempo pasaba rápido con James cerca, eso ya lo sabía.

—¿Tienes que hacer algo mañana? —preguntó él y ella negó con la cabeza.

Lucía y Kitty se acercaron a ellos. Venían a ver a Margot pero Lina le explicó que se había marchado. Lucía traía su bolso.

—Y yo también me voy ya—a Lina le gustaba la compañía de James, pero necesitaba meditar todo lo que había ocurrido con tranquilidad. Estar a solas con él comenzaba a ponerla nerviosa. James estaba tomando demasiada confianza y en cualquier momento la besaría y dudaba estar preparada para eso. Hacía casi un año que nadie la besaba. Cuanto más lo pensaba, más nerviosa se ponía.

—Espera un rato —le pidió Lucía—. No tardaremos en marcharnos también.

—No os preocupéis por ella—intervino James—. Se viene conmigo a casa.

Hace rato que quería marcharme también. Me espera una semana difícil de guardias.

Lucía y Kitty se despidieron de ellos y se marcharon dentro de nuevo. Lina siguió a James hasta la salida.

El coche de James era un todo terreno gris plata con unas rejillas que separaban los asientos del maletero. Lina supuso que eran para llevar a Sally.

—¿Desde cuando tienes a Sally? —preguntó con curiosidad.

—Hace casi tres años —respondió él—. Lo saqué de un incendio y desde entonces está conmigo.

—¿Su familia... —James asintió a su insinuación.

—No siempre llegamos a tiempo —respondió—. Solo sobrevivió él, era aún un cachorro de ocho meses.

James tomó aire.

—Estaba esperando a que lo recogieran de la perrera, pero él no dejaba de seguirme a todas partes, así que cuando pasaron a por él les dije que me lo quedaría. Nunca había tenido perro antes, no sabía nada de animales. Ahora uno de mis mejores amigos es veterinario.

Lina sonrió.

—Es un buen compañero, pero es difícil de entenderlo —Lina ya conocía bien a Sally—. Cuando vivía con Alan y los otros compañeros...

James comenzó a reír.

—Por esa razón decidí mudarme—añadió.

—¿En Nueva York vivías solo?—preguntó Lina.

—Sí, cuando llegó Sally ya vivía solo —respondió. Lina frunció el ceño con el “ya vivía solo” pero sintió que no debía preguntar. Sabía que las hermanas de James llevaban tiempo fuera del país.

Llegaron a la casa y mientras James aparcaba Lina apreció cómo las luces de la habitación de Margot se apagaban.

Bajó del coche y se detuvo en la acera, frente a la casa de James.

—Muchas gracias por traerme —le dijo.

—Sí, supongo que ha sido un gran esfuerzo, contando con que esa es tu casa y esta la mía.

Lina sonrió.

—Hasta mañana —le dijo alejándose de él.

Lina dio un paso atrás y ya iba a darle la espalda a James pero él la agarró.

No le dio a tiempo de reaccionar. James le había puesto la palma de la mano en su mejilla y sintió los labios de él sobre los suyos. Duró unos instantes, y fue más un roce de labios que otra cosa. Lina notó cómo su

corazón se aceleraba a gran velocidad. No lo esperaba y quizás esa era la intención de James, cogerla desprevenida. James no se apresuró a separar sus labios de ella, sin embargo, no fue un beso exagerado. Justo lo que Lina quería.

—Hasta mañana —James retiró la mano de su cara con una caricia y se detuvo a mirar su reacción.

Lina lo miró sin ser capaz de pronunciar palabra aunque sintió el deseo de besarlo de nuevo, se contuvo.

Se oyó el ladrido de Sally en el interior de la casa. Lina se dirigió hacia la puerta de la suya. James esperó a que ella abriera. Lina se despidió con la mano antes de entrar.

Suspiró en cuanto hubo cerrado la puerta. “Esto no me puede estar pasando a mí”

## 13. Esto no me puede estar pasando a mí.

Abrió los ojos. Por la luz que entraba a través de la ventana, dedujo que era tarde. A pesar de sus nervios, había podido dormir. Tenía cierta molestia en la cabeza aunque no hubiese bebido demasiado la noche anterior. Era cierto eso de que el licor de las pirámides era tremendamente fuerte.

Sonrió, tan solo esperaba que todo lo que recordaba hubiese pasado en la realidad y no fuera un sueño. Su móvil sonó y la música la hizo entender que había sido un mensaje. Esa música tan temida por Lucía.

Miró el whatsapp, tenía varios mensajes en el grupo de la casa, las chicas haciendo bromas antes de dormir. Y un mensaje de James, de hacía unos minutos.

“Buenos días”, fue lo único que le había puesto, pero lo suficiente como para alegrarle la mañana. Dejó el móvil sobre la mesilla de noche, pero este volvió a sonar.

“¿Vienes a desayunar?”, desayunar con James no era algo que hubiese planeado. Pero le encantaba la idea. No le respondió, se levantó y corrió hacia el baño si no quería orinarse encima. La música sonó de nuevo. Esta vez era una foto de zumos, tostadas, mantequilla y frutas. Lina sonrió al verla a la vez que se hacía intenso ese vértigo que le perduraba de la noche anterior.

“Espera” le respondió “Bajo en unos minutos”.

Se miró al espejo. Las ondas que le hizo Margot estaban, después de dormir, con un aspecto más natural. Se había quitado todo el maquillaje antes de dormir, así que volvía a ser Lina la de Lugo y no la sofisticada joven que salió por la noche con sus amigas. Pero si James ya la había visto una vez con el pijama de las flores y no había salido huyendo, no huiría aquella mañana.

Se quitó el pijama y se colocó una camiseta y uno short color gris, que bien parecían un pijama y sus zapatillas deportivas.

Bajó las escaleras sin hacer ruido, el resto de chicas dormían. Abrió la puerta de la cocina y con el móvil en la mano, salió al jardín. James la esperaba junto a la valla con una amplia sonrisa. El atuendo de James no era muy diferente al de ella, solo que su camiseta era de color verde oscuro.

—Buenos días—le dijo Lina.

James la ayudó a saltar la valla cogiéndola en peso sin mucho esfuerzo. En pie junto a él en el jardín, la diferencia de altura era notable, se había acostumbrado a mirarlo de cerca sobre sus tacones y se decepcionó de su propia altura en zapatillas.

—Vuelvo a ser yo —le dijo a James pero a él no pareció importarle el cambio porque la besó en seguida de la misma forma que la noche anterior.

—Ven —la llevó de la mano hacia la cocina office que tenía en el salón y la invitó a sentarse en una de las banquetas. Sally husmeaba a su alrededor.

—Ten cuidado al comer —le advirtió James—. Te quitará la tostada al menos despiste.

Lina miró a Sally de reojo y lo acarició.

James le puso delante todo lo que necesitaba para desayunar. Se bebió el zumo y se comió las tostadas, ya no pudo comerse la fruta. James sin embargo, comía un tazón de cereales.

—¿Cómo sabías lo que me gustaba desayunar?—preguntó Lina.

James levantó su teléfono móvil.

—La diosa Kitty lo sabe todo —le respondió.

Lina se apresuró a recoger las cosas del desayuno junto a James. Este cogió la correa de Sally de uno de los cajones y el perro comenzó a armar alboroto.

—Vamos fuera —le dijo a Lina.

“Iba a ser solo la cena” pero podía entender que James había extendido de gran manera la invitación. No iba a poner objeciones, estaba segura.

Caminó junto a James y Sally hasta el parque donde solían llevar a pasear a los perros.

—¿Por qué me dijiste el viernes que no me acercara a ti?—preguntó. Lina esperaba esa pregunta— ¿Fue por Eva?

Lina miraba a Sally.

—En parte sí—respondió con sinceridad. Miró la reacción de James. No se habría peinado aquella mañana, pero ni falta le hacía para estar espléndido.

—No tenía mucho con Eva—le explicó él y Lina se incomodó. No le tenía que dar explicaciones ni ella quería oír nada de ella—. Pero acabó el día que estabas en el jardín con el pijama de las flores.

“Qué tarea tiene con el pijama de las flores”

—Pues he estado a punto de bajar a desayunar con ese pijama —le respondió con ironía mientras James soltaba a Sally para que corriera por los

jardines.

—Me hubiese encantado —respondió él.

“Si al final le va a gustar el pijama de las flores y todo”

James quedó atrás. Lina sintió algo a su alrededor, era la cadena de Sally, James la había rodeado con ella y tiró para pegarla su espalda a él. Sentir el pecho de James contra su espalda, con tan solo el fino algodón entre los dos, la hizo sentir algo que no supo describir. Pero no tuvo tiempo de pensar en aquella sensación ni en las razones de sentirla, porque James le dio un beso en el cuello.

“De dónde ha salido este hombre. De mis sueños, no hay ninguna duda”.

James no retomaba la marcha, la abrazaba sin dejarla caminar tampoco a ella.

Sally los ignoraba, corría detrás de cada pájaro o mariposa que se cruzara ante él.

—Te dije que cenaras conmigo —James la rodeo hasta colocarse frente a ella, no la soltó en ningún momento—. Pero he cambiado de opinión.

Sonrió con aquella dentadura impecable y Lina pensó que no iba a poder resistirse mucho a más a besarlo. Pero estaba segura de que si lo hacía, él no volvería a besarla más de la forma inocente como la que lo estaba haciendo.

Pasaría a otro nivel de beso con “luz roja” y eso era más que peligroso. Desvió su pensamiento en seguida para no alterarse más de lo que ya estaba.

—Pasa el día completo conmigo —le propuso—. Dime qué te apetece hacer.

No me importa. Ver una película, dormir, pasear, lo que sea. Pero no te vayas.

“No pensaba irme” se alegró de no haberlo dicho en voz alta, “¿Cómo demonios voy a irme?”. Qué difícil estaba siendo mantenerse distante con aquel hombre. James subió una de sus mano hasta la base de su cabeza. Iba a volver a besarla, no tenía dudas. Ya sabía que cada vez que la sujetaba así era para que no rehuyera de él. Pero ni falta que hacía, Lina le rodeó el cuello con suavidad y lo besó.

Esta vez las ráfagas de su estómago recorrió su pecho y le llegó hasta la garganta. No se había equivocado. James abrió la boca y le introdujo la lengua.

Fue un acto tímido aún, la soltó en seguida. Lina sonrió.

Regresaron a casa de James. Lina se asomó al jardín, pero nadie en su casa daba señales de vida. Tampoco tenía mensajes en el móvil.

James se recostó en el sofá, era un sofá en forma de L como tenía Kitty, de color gris plata y blanco, como la cocina y toda la decoración del salón.

James le agarró la mano y tiró de ella para que se sentara con él. En cuanto Lina se hubo sentado, James la rodeó con sus piernas y la inclinó sobre su pecho.

El sofá era cómodo, pero James lo era aún más.

—Ahora sabes para qué quería acercarme a ti—James le retiró el pelo del hombro y la besó en el cuello, luego puso la nariz en su hombro y la acarició con ella. Lina lo miró de reojo. Solo había tenido una relación estable y escasas esporádicas pero le llamaba la atención la forma de actuar de James. Ninguna de sus acciones con ella tenía connotaciones eróticas, eran muestras de otra cosa que le sorprendían por las escasas horas que habían pasado juntos.

Lina se giró hacia él aunque era difícil con el cepo que había formado con sus piernas y brazos. James se recolocó para que ella se pudiera cómoda en la nueva postura.

—Todo lo que te dije fue autodefensa—le dijo ella con ironía.

—¿En serio? —quizás él no conocía todo lo que se decía de él.

Lina arqueó las cejas.

—No tratas bien a las mujeres—añadió Lina.

—No tienes ni idea —le cogió la cara observándola de cerca. Lina sentía cómo se le derretían hasta los dedos de sus pies. Esperaba un nuevo beso, pero este no llegó.

—¿Te ha molestado algo que haya hecho? —preguntó James con interés.

Lina negó con la cabeza.

—Bueno —se detuvo a pensar ante la mirada de James—. El primer día te comportaste como un imbécil.

James hizo una mueca.

—Pero por lo demás... —no encontró pegas.

James la besó sin dejarla terminar. No le gustaba que le cortara las frases pero si era de modo no pensaba protestar. Esta vez el beso de James se alargó tanto que tuvo que separarse de él. Era difícil hacerlo, los besos de James se estaban convirtiendo cada vez más apasionados y le estaban gustando demasiado. No sabía al tipo de mujer que estaba él acostumbrado en cuanto a la sexualidad se refiere, aunque podía imaginarse que ellas no se resistían mucho. Ella no era una mujer que hiciera esas cosas de manera alocada, de hecho, solo había tenido relaciones de ese tipo con un hombre, la única pareja

formal que tuvo. No sabía cómo actuar con James, no podía rechazarlo y tampoco quería dejarse llevar.

“Tampoco esperaba que estuviera pegado a mí todo el tiempo. Va a ser realmente difícil”.

Sally se tumbó en la otra parte de la L del sofá, ocupándola casi por completo.

—Como ves aquí cada uno tiene su sitio adjudicado —le dijo James acariciando a la Sally.

—Sí, ya veo —Lina lo acarició también, a pesar de las excéntricas costumbres del animal, él era parte del encanto de James, más aún conociendo su historia. También Sally había perdido a su familia, como ella y como James —. Será difícil hacerme hueco.

—Ya lo tienes—le dijo.

James la cogió por la cintura y la levantó para echarla sobre él. Lina tenía su pecho sobre el pecho de James. Su busto era generoso y sentía incomodidad de tenerlo pegado a él, aún más considerando que llevaba tan solo un fino sostén deportivo de algodón y podía notar el pecho de James, más duro de lo que pensaba, apretado contra ella. “Esto es luz roja como diría Lucía. Madre mía, qué peligro tiene este hombre”.

El teléfono de Lina sonó con la música de los mensajes.

—Braveheart—murmuró James—. Me encanta esa película.

Era la música que Lina tenía para los mensajes. Ella se incorporó para coger el móvil que estaba en la encimera de la cocina.

—¿Quieres verla?—preguntó James abriendo uno de los muebles.

—Vale —respondió Lina abriendo el chat del grupo de las chicas de la casa.

“¿Ha dormido en casa?” había escrito Margot.

“Sí, pero está en casa de James, la he visto entrar con él y con el perro” había escrito Kitty.

“Luz roja” Lucía lo acompañó de iconos, “No le doy ni una semana para que caiga hasta el fondo” más emoticonos.

“¿Una semana?, yo le doy dos días, ya verás” Margot no la conocía en absoluto.

“Pufff” Kitty ponía risas.

“Yo no quiero imaginar...” los emoticonos de Margot sudaban, “Mejor que no nos lo cuente”.

“Lina, da señales de vida”

“Esta ha caído ya. Voy al cuarto de Kitty a ver si escucha algo”

“Mira que eres cotilla, Margot. Déjala, que lleva un año sin...”

“Más llevas tú, que eres una rancia”

“Y tú una promiscua”

“¿Cuántos llevas?” la que preguntaba era Kitty.

“Lleva ocho años, que me lo dijo el otro día” la que respondía era Margot.

“La culpa la tengo yo por contarte esas cosas”

Emoticonos de risa y la música no para de sonar con nuevos mensajes.

“Cotorras” intervino Lina.

Más emoticonos, esta vez de celebración.

“Cuenta, cuentaaaaaaaaaa”

“Todo ok”

“Claro que todo Ok, es un pedazo de tío”

“No me vayas a ser pava”

“Ni una rancia como Lucía”

“Ni un zorrón como Margot”

“Callaros ya y que cuente” Kitty mediaba entre las dos.

“No puedo ahora, esta noche hablamos. Besotes a todas”

“Joder, ¿nos vas a dejar así?”

“Disfruta, que te lo mereces”

“Que lo pases bien”

“¡Fóllatelo!”

“Margot, por favor, no le digas esas cosas”

Más emoticonos.

Lina cerró la aplicación temiendo que James viera algo de lo que comentaban sus amigas y quitó el sonido del móvil. Tenía que estar hasta ruborizada por leer aquellas cosas. “Serán cochinas”. El caso es que sabía que las tres andarían juntas en la cocina o en el salón, sin embargo esas cosas preferían escribirlas en el grupo en vez de a viva voz. Lina contuvo las risas. El móvil ya no sonaba, pero podía ver abrirse ventanas indicándole nuevos mensajes, sin parar. Le gastarían la batería en un rato si seguían así.

James ya había puesto la película y se fue hacia la puerta doble de cristal del jardín y corrió las cortinas oscuras para que el sol no iluminara el salón.

La pantalla de televisión de James era enorme. Lina se sentó en el sofá empujando con el culo a Sally que protestó antes de echarse a un lado. Pero James en seguida se tumbó junto a ella y la agarró para que se recostara en él.

Lina apoyó la cabeza sobre el pecho de él, podía sentir los latidos de

James y por un momento se concentró en ellos más que en las primeras escenas de la película.

El salón estaba oscuro y James acariciaba su pelo. “Así no llego ni a medida película despierta”

Y no se equivocó. Tras la pausa que hicieron para comer y dejar salir a Sally al jardín, volvieron a dejar el salón a oscuras y Lina no pudo resistirse a la hipnosis de los tranquilos latidos de James.

Pasaron el resto de la tarde charlando. James se había mudado ocho veces de ciudad por el trabajo de su padre antes de establecerse en New York. A Lina le sorprendió que James le dijera que en el colegio era pequeño y demasiado delgado y que todos los niños le pegaban. No imaginaba a nadie ahora haciéndose el valiente ante tremenda espalda.

Sacaron a Sally y dieron un paseo por el pueblo. Se detuvieron en Kitty’s Palace donde Lina volvió a comer el helado de chocolate que tanto le gustaba a James, esta vez uno entero para ella sola. James no quiso probarlo y a Lina le extrañó, pero no insistió en ningún momento. De todos modos, James, llevaba una alimentación muy distinta a la suya, quizás por esa razón lucía tan bien.

—¿Siempre vas en bici al trabajo?—le preguntó James de vuelta a casa.

—Sí —respondió ella—. Pensaba comprar un coche más adelante, pero... la verdad es que he decidido comprarme una bici.

—Yo pienso que es mejor el coche—le respondió él.

—No, que va —le pareció más que raro que un deportista como James le dijera aquello—. No hago ejercicio, nunca, para nada. Me viene muy bien el paseo en bici y además me gusta.

—Ese camino tiene un carril doble sin calzada, no es muy bueno para ir en bicicleta.

Lina no lo había pensado, si apenas pasaban coches por allí.

—Mañana no trabajo, te llevo y te recojo, si quieres—se ofreció.

—No hace falta —de ninguna manera iba a aceptar aquello.

—Insisto.

—No —Lina se detuvo—. Iré y regresaré como siempre.

James no volvió a insistir. La cena fue tan agradable como el resto del día.

Lina lamentó tener que marcharse. Miró hacia su casa, las luces aún estaban encendidas. Temía la de preguntas y bromas que tendría que soportar antes de dormir.

Tenía ganas de ducharse, era lo único que le alegraba de regresar a casa.

James y su cercanía conseguía aumentarle considerablemente la temperatura corporal y todo lo que ellos conllevaba.

Lina salió a la calle. Sospechaba que sus amigas estarían en la cocina y le incomodaba despedirse de James bajo sus miradas.

—Te veo mañana —le dijo él y Lina sonrió.

Lo único que lamentaba era tener que esperar hasta la tarde que terminara su trabajo.

Se alejó de él resistiéndose a soltarle la mano, James volvió a acercarla a él.

—Mañana tengo que ir a la ciudad otra vez—le dijo él—, pero estaré aquí por la tarde. Llámame cuando llegues.

—Sobre las siete —le confirmó ella.

Había perdido la cuenta de cuántos besos largos y cortos, intensos o suaves, húmedos o cálidos le había dado James desde aquella mañana. Sin embargo, no le había resultado empalagoso ni pesado, todo lo contrario, ya Lina comenzaba a buscarlo también. Aunque notaba que cuando era ella la que lo buscaba, James se dejaba ir algo más. Esa luz roja que decía Lucía.

Entró en casa y se miró en el espejo de la entrada. Ya no llevaba el maquillaje ni las ondas tan marcadas que le había hecho Margot. Pero se veía bien, natural, algo sonrojada y con el pelo algo despeinado, pero con una expresión que le encantaba.

Vio las cabezas de sus amigas asomarse por el umbral de la puerta de la cocina y sonrió. Empezaba el baile de preguntas. Resopló de forma exagerada para que rieran.

## 14. Demasiado perfecto.

Habían pasado los días y James se comportaba de la misma manera atenta y excesivamente cariñosa. Kitty y Lucía estaban satisfechas por llevar la razón.

Algunas noches, James había cenado en casa con las chicas, otros días era Lina la que cruzaba la valla y los días pasaron apresurados hasta que hicieron dos justas semanas desde que James la besara por primera vez.

Aunque las chicas estuvieran continuamente gastándole bromas respecto al tema sexual, Lina y James aún no habían intimado de esa manera. Lina ansiaba el momento tanto como le temía por muchos motivos. No había hablado de ello con James, cómo iba a contarle sus temores. Lucía le decía, cuando el resto no la escuchaban, que en el momento, no pensaría en nada, ni siquiera en sus miedos.

Si se lo hubiese dicho Margot seguramente esas palabras la hubiesen tranquilizado, pero Lucía tenía una vida sexual nula, y su única experiencia había sido con aquel Daniel que la dejó lamentándose para el resto de sus días. Kitty y Margot habían hecho lo inimaginable para que probara con otro hombre, ya no solo en ese tema, sino tan solo en amistad y compañía, y ni siquiera eso había permitido. Lucía había muerto en ese aspecto y ahora que Lina estaba viviendo aquello, le apenaba en gran parte su amiga. Supuso que lo de Lucía era diferente a su historia. Que Daniel había sido para Lucía lo mismo que James se estaba convirtiendo para ella, mirándolo desde ese punto de vista, la entendía. Pues aunque reconocía que lo de el imbécil de su ex le dolió, no sería comparable a que James resultara no ser lo que aparentaba.

Esperaba a que James acabara de ducharse, había llegado hacía unos minutos de uno de sus turnos largos. Tenía ganas de verlo porque el día anterior solo había podido estar con él un rato a medio día y otro instante más, uno que solía repetirse cada tarde que James estaba trabajando. Un encuentro en la carretera de regreso del vivero, como hizo aquel día que la invitó al

helado. A Lina le gustaba encontrarlo esperando en el camión, pero a veces la contrariaba. Puesto que James parecía permanecer allí más por vigilancia, que para verla un rato.

James no tenía muchos defectos que no fuera dormir demasiadas horas para un humano o tener alguna manía sin importancia. Pero había veces que su comportamiento era llamativo. En solo dos semanas, en las que había pasado demasiado tiempo junto a él, lo había notado.

Su relación con él no parecía el inicio de una relación normal, a él, a solas con Lina o en compañía, se comportaba como si llevaran mucho tiempo juntos.

No solo era la manera en la que la abrazaba y permanecía literalmente pegado a ella gran parte del tiempo que estaban juntos. Lina lo había hablado con Lucía alguna vez y esta llegó a sugerir que él fuera algo posesivo y que con el tiempo lo comprobarían. Pero Lina apostaba que no era eso.

—Cuando me enseña algo que desconozco, un olor, un sabor, una canción, lo que sea, espera mi reacción de una manera extraña. Como si fuera una prueba.

Le había explicado a Lucía.

Numerosos días James iba a la ciudad, nunca hablaban de ello. Lina preguntó alguna vez y él le respondió que tenía amigos y algún asunto por allí, pero no le dio muchas explicaciones y ella pensaba que era mejor no insistir. Pero quizás cuando Kitty describió el helado que a James tanto le gustaba como temeroso, misterioso y tímido, no había errado tanto como ella creía.

Cruzó la valla con bastante trabajo porque llevaba una maceta con ella y sacó las llaves que James le había dado de su casa. Sally en seguida fue a saludarla.

James estaba en la planta de arriba pero no subió a avisarle de que se encontraba allí. Quería evitar en gran medida verlo con escasa ropa.

Le había traído una planta alta de flores blancas que en su humilde opinión, le venía bien al salón. James tenía una casa bonita, mucho más moderna sofisticada que la de Kitty, pero todo estaba demasiado vacío, de formas demasiado rectas y casi no se apreciaba calor de hogar que tanto le gustaba a Lina de la casa de Kitty.

Quizás no estuviera tan impecable y ordenada como la de James, pero tenía vida.

Oyó los pasos de James en la escalera, bajaba con la sonrisa con la que siempre la recibía. Lina se apartó para que viera la planta.

Su intención era preguntarle si le gustaba pero cerró la boca para callar en

seguida. En vez de una planta parecía que James estuviese viendo un fantasma.

—Había pensado que te vendría bien en el salón —su voz sonaba a disculpas y ni siquiera sabía el por qué—. Pero si no te gusta, me la llevo.

James bajó la cabeza. Esas era las reacciones de él que ni entendía ni le gustaban.

—No...suelo tener plantas en casa por temor al destrozo que haría Sally —sus palabras no sonaban tan sinceras como para que ella se sintiera mejor.

—Me la llevo entonces —fue a cogerla pero James le sujetó las manos.

—No, déjala donde está —respondió él—. Y gracias por traerlas.

Lina entornó los ojos hacia él, su tono de voz volvía a normalizarse. James pasó su dedo índice por la curva de la nariz de Lina y lo que quiera que hubo sentido con la reacción extraña de James, se desvaneció.

—Ya he sacado a Sally hoy —le dijo. Solía hacerlo cuando James llegaba tarde, por una parte para que él no tuviera que salir tan tarde después del trabajo y por otra, porque le daba pena el animal tanto tiempo solo. A ratos se lo había llevado a su casa, pero los perros de Kitty eran muy territoriales y en cuanto Sally metía su enorme nariz donde no debía, se peleaban con él.

James estuvo bien durante la cena, pero había algo en él que Lina notaba diferente. Era como si no quisiera su presencia en la casa y no supiera cómo decirlo.

—Me voy ya —era temprano comparado con las horas a las que acostumbraba a irse a casa—. Así puedes descansar.

Sabía que James no había dormido la noche anterior, puesto que había trabajado durante veinticuatro horas y quizás fuera eso lo que le ocurría. Necesitaba dormir.

—Mañana cuando me despierte te llamo —también era llamativo que no la retuviera cuando ella decía de marcharse. Una inexplicable pena invadió el interior de Lina.

No quería apresurarse a que ocurriera lo que temía, pero no podía evitar sentirlo. Asintió y se acercó a James para besarlo.

Lo miró de cerca, estaba cansado, no tenía dudas. Aún tenía el pelo mojado de la ducha y sus ojos brillaban con la tenue luz de la lámpara de mesa. Lina lo apretó, si pasaba algo necesitaba saberlo pero no era capaz ni siquiera de preguntárselo. Había algo en James, un velo, una franja que sabía que aún no debía rebasar.

Sintió un inexplicable deseo de no soltarlo. Lo abrazó, lo apretó contra ella y lo besó, no supo si de la manera correcta, pero no podía resistirse a

hacerlo.

Cayeron sobre el sofá y oyó el gemido de protesta de Sally. Lina se resbalaba hacia un lado, pero James volvió a colocarla sobre él sin dejar de besarla. Solo una vez recordaba que, en aquellos escasos catorce días, se hubiesen besado de aquella manera.

James le apartó la melena del hombro y le retiró la tiranta de la camiseta para dejarle la piel libre. Con fuerza, casi como si fuera un mordisco, le fue besando desde el hombro hasta la parte posterior del cuello. Todo el vello de la piel se le erizó y sentía cómo la luz roja de Lucía quedaba atrás.

Levantó la camiseta de James y tiró de ella, él se tuvo que incorporar para que pudiera quitársela al completo. No era la primera vez que le veía el torso desnudo pero nunca lo había hecho tan de cerca, él evitaba besarla o pegarse a ella sin ropa.

La piel de James aún olía a gel de baño, de un aroma acanelado que ya conocía. Lina abrió las piernas para sentarse sobre él sin soltarle el cuello y sin apretar la cabeza de él contra su cuello. Si no paraba ahora no iba a poder hacerlo más adelante, pero ya le daba igual sus propios principios. Deseaba a James, no podía evitarlo, ya sentirlo contra ella a través de las finas camisetas de algodón que solía llevar, le ponía la piel de gallina. No quería ni imaginarse lo que sería capaz de provocarle desnudo. James puso las manos sobre su culo y la apretó contra él. Lina sintió entre sus piernas algo rígido y en seguida levantó el culo para despegarse de la cadera de él.

No era ni capaz de mirar a James a la cara, tomó aire avergonzada de su reacción, pero acaba de comprender que ese deseo ansioso y pasional había comenzado con el temor de que algo hiciera que él se alejara de ella. No podía negarlo, estaba deseando tener relaciones con él, pero esperaba a que fuera solo eso y no un acto arrastrado por la desesperación que le provocaba no saber qué le ocurría a ratos a James.

Él se incorporó y apoyó su espalda en el respaldó del sofá. Lina no se atrevía a sentarse sobre él de nuevo, aquello seguramente seguiría rígido a unos centímetros de sus nalgas.

James levantó la mano para acariciarla.

—Tranquila—le dijo y sonrió—. No hay prisa.

Lina frunció el ceño sin lograr entenderlo. Los hombres odiaban que las mujeres hicieran aquello, sin embargo a James no parecía importarle. Cuando Margot se enterara de lo que había hecho iba a apalearla con la escoba.

Él la echó a un lado con suavidad y se levantó del sofá. Lina estuvo a

punto de disculparse pero guardó silencio. Oyó a James respirar hondo y dirigirse hacia el jardín. Ella se levantó y salió fuera también. Cruzaría la valla y se marcharía a casa.

—Hasta mañana —le dijo y ni se atrevió a besarlo solo le acarició el hombro.

—Espera —él la detuvo—. No te vayas hoy. Quédate.

Lina se giró hacia él.

—No te vayas, por favor —no fue capaz de interpretar la forma en la que se lo estaba pidiendo. Parecía más un niño que temía dormir solo que un hombre pidiéndole a una mujer que pasara la noche con él.

—James, ¿qué te pasa hoy? —lamentó haberlo preguntado pero necesitaba hacerlo.

—Nada —respondió él—. Pero quiero que duermas conmigo. Solo dormir, nada más.

Lina guardó silencio sin dejar de mirarlo. Se lo pidiera como se lo pidiera, era incapaz de decirle que no. James dio unos pasos atrás y tiró de ella para que lo siguiera hacia la casa de nuevo. Lina rió, aquel joven debía de ser masoquista, después de lo que había pasado le pedía que durmiera con él.

Subió las escaleras delante de él y llegó hasta el dormitorio. James iba apagando las luces en el pasillo y entró en su habitación donde Lina permanecía inmóvil. Estaba familiarizada con la parte baja de la casa y allí se movía libremente y con total confianza. Pero las habitaciones de arriba eran un territorio desconocido para ella.

La decoración no difería de la parte de abajo, muebles sin curvas, de línea moderna, y de madera gris igual que el suelo, aunque el cabecero de la cama tenía una franja negra brillante en la que se podía ver reflejada. Por un momento pensó en cuántas mujeres de Monfort o de la ciudad habían pasado por aquella cama.

Tuvo que detener sus pensamientos por el calor que le entraba y la forma en la que se le aceleraba el pecho.

James destapó la cama hasta la mitad. La cama era muy ancha, al menos de metro ochenta, casi cuadrada.

—¿Necesitas otra ropa para dormir? —preguntó.

Lina se mordió el labio, últimamente dormía en ropa interior, pero no iba a meterse en la cama con James, en bragas y sujetador. Negó con la cabeza. Se quitó la camiseta, el sujetador deportivo cubría lo suficiente y se dejó puestos los short. James la miró de reojo y sonrió.

Se recostaron sobre la cama y Lina se tapó en seguida con las sábanas. Estaba girada hacia el lado de James y esta hacia ella. El le apoyó el brazo a la altura de la cintura pero por encima de las sábanas.

—No te irás cuando me duerma, ¿verdad?—le preguntó entre risas y Lina rio también.

James se inclinó y apoyó la frente sobre su pecho. Lina se mordió el labio, no sabía qué era lo que él esperaba que ella hiciese ahora. Puso una mano sobre su pelo y lo acarició. Tuvo que haber acertado porque él se recolocó, enredó sus piernas con las de ella y apoyó la mejilla entera sobre su pecho. “A ver si lo que este busca es una madre y no una novia”. Contuvo la risa. La realidad era que James en aquella postura se veía adorable, no era ningún esfuerzo acariciarle la espalda, el cuello o el pelo. Él tenía los ojos cerrados.

—¿Apagamos la luz? —preguntó Lina, una de las lámparas de la mesita de noche permanecía aún encendida.

James negó con la cabeza. Lina se preguntó cómo iba a poder dormir en aquella postura y con la luz de la lámpara dándole en plena cara, pero ver cómo el rostro de James se relajaba merecía la pena. Se estaba durmiendo. Esperaba seguir hablando con él un rato antes de dormir, pero al parecer él había sido sincero cuando le dijo que solo dormirían, nada más.

No pasó mucho tiempo cuando notó la respiración de James uniforme. Lina dejó su cuerpo caer almohada abajo para ponerse cómoda. James dormido pesaba pero no se atrevía ni a moverse para no despertarlo. “Cuando se lo cuente a estas, no van a dar crédito”.

## 15. Ya decía yo que todo lo maravilloso dura poco.

Una vez se hubo dormido no supo qué ocurriría, pero cuando despertó a media noche, ya James no estaba apoyado sobre ella, sino sobre la almohada, así que pudo girarse. De todos modos no se despegaba mucho de Lina a pesar de estar dormido.

Se había hecho de día, Lina abrió los ojos pero los volvió a cerrar de nuevo, no tenía ganas de levantarse y menos con James a su espalda. Podía notar el calor de su aliento sobre su hombro y le encantaba.

Lo notó moverse, palparla y de momento un sobresalto y un segundo sobresalto aún más fuerte. Se giró en seguida hacia él.

—Lina—suspiró.

Lino no supo si sonrojarse o reír.

—¿Ya no te acordabas de que estaba aquí? —pero a él no pareció hacerle gracia.

—No es eso —se pasó la mano por la cara.

—¿Esperabas a otra?—preguntó casi ofendida.

—No —James se levantó con rapidez de la cama y corrió hacia el servicio.

Lina se quedó contrariada, por un momento se sintió un estorbo en el dormitorio de James. Había sido un error aceptar pasar la noche en su casa a juzgar de la manera de la que se había levantado él. Su cabeza comenzó a dudar si James estaba molesto por algo, quizás era por el reticencia de ella de dar un paso más en su relación con él. Pero la noche anterior él no parecía molesto en absoluto, sin embargo el sobresalto y la frialdad con la que James la había dejado sola en la cama, no era la reacción que esperaba a juzgar por la manera en la que acabaron la noche. “¿Qué demonios le pasa?”

Oyó a James salir de la ducha, Lina esperaba que volviera al dormitorio, pero no lo hizo. Bajaba las escaleras.

Lina se levantó de la cama, se puso la camiseta, los calcetines y las

zapatillas deportivas y bajó al salón.

James mantenía el móvil en la mano mientras abría los muebles sacando las cosas para el desayuno.

—Buenos días—le dijo Lina sin dejar de observarlo, queriendo comprobar la expresión de su respuesta.

—Buenos días—respondió él casi sin mirarla—¿qué quieres desayunar?

A Lina le invadió la misma sensación de tristeza de la noche anterior. Tenía a James delante, pero lo sentía frío y lejano.

—Voy a desayunar en casa —necesitaba marcharse. De momento se sentía un estorbo en casa de James.

El móvil de James sonó, era un mensaje, ya reconocía los sonidos de su móvil.

James se apresuró a atenderlo. Lina entornó los ojos mientras James respondía a aquel mensaje.

—Te veo luego —le dijo mientras abría la puerta del jardín.

James levantó la cabeza y pareció reaccionar.

—Sí, claro —le respondió con tono distraído.

Los ojos de Lina brillaron. Estaba segura de que aquella forma de actuar, fuera por el motivo que fuera, no presagiaba nada bueno. Volvió a oír un nuevo mensaje.

—¿Te llamo luego? —insistió Lina, solo hizo la pregunta para conocer la respuesta de James.

James respondía al mensaje.

—Espera a que te llame yo —le dijo levantando la vista hacia ella—. Quiero salir a correr y luego quizás duerma algo más.

Lina asintió. Ni siquiera se atrevió a acercarse a él para darle un beso, no se vio con la confianza de hacerlo. Era como si la persona que tenía delante fuera un desconocido y no el hombre con el que había pasado las últimas dos semanas.

—Hasta luego, entonces —Lina salió al jardín y saltó la valla.

Entró en casa y buscó a Lucía, estaba desayunando con Kitty en el salón, viendo una serie que en seguida detuvieron en cuanto vieron a Lina. Esperaban la narración de la primera noche de Lina en casa de James a juzgar por sus rostros, pero Lina tenía muy diferente al que ellas intuían.

Se dejó caer en el sofá, hubiese preferido ir directamente a su habitación, pero no quería comportarse como una estúpida con sus amigas, que no tenían la culpa de todos esos temores y dudas que la estaban invadiendo.

—Pasa algo con James —les dijo.

## 16. El secreto de James.

No había sabido nada de James desde la mañana anterior. Él le había dicho que la llamaría, pero no lo hizo.

Lina había pasado todo el domingo en casa, observó por la ventana, ni luces ni movimientos a través de las cortinas, o bien James había estado durmiendo todo el tiempo, o simplemente no se encontraba en casa, algo llamativo, porque su coche sí que estaba aparcado fuera.

Cuando Lina había regresado del trabajo, la casa de James permanecía vacía.

Tampoco estaba el coche, así que supuso que habría ido a la ciudad como solía hacer alguno de sus días libres.

Lina le había enviado un mensaje la noche anterior, que según whatsapp, había leído pero que no había respondido. Por la mañana envió uno nuevo, que James no leyó y el silencio la comenzaba a desesperar.

—No lo juzgues hasta que no conozcas la razón —le había advertido Kitty.

Pero era imposible no hacerlo. Lucía estaba en el trabajo, pero ella no sabía qué decirle, aunque por su expresión ya le decía que no pintaba bien.

Lina había estado pensando durante todo el día la conversación de la última noche con las chicas. Margot quizás fue la más convincente, quizás por su amplia experiencia con los hombres.

—Esto suena a antigua novia, quizás ella no lo deje salir de su vida, quizás él aún no esté convencido o quizás realmente no sea soltero y tenga a alguien en la ciudad. He vivido las tres situaciones así que te aseguro que si me equivoco, no está muy lejos de eso.

Evidentemente sus palabras no habían tranquilizado a Lina, más bien al contrario, porque si Margot llevaba razón y era alguno de los tres supuestos, era malo.

Llamaron a la puerta, lo perros ladraban. No había nadie en la casa salvo ella.

Se dirigió para abrirla.

James apareció en el umbral, con su pelo oscuro peinado hacia un lado y

vestido con un jeans y una camiseta azul del mismo color de sus ojos. Lina echó en falta algo en su rostro, la sonrisa que mostraba su reluciente dentadura y con la que siempre la recibía, permanecía ausente. Sus peor presagio estaba delante de ella y la leve esperanza de que ese velo hubiese desaparecido en James, como otras veces ocurría, se desvaneció. En el fondo, sabía que esta vez aquella rareza de James, era diferente.

—Ni siquiera sabía que estabas vivo —le dijo en cuanto lo vio.

James bajó la cabeza.

—Lo siento —se disculpó—. Necesito hablar contigo un momento.

“Un momento”, no sonaba bien. Lina abrió al completo la puerta para dejarlo pasar y le dio la espalda. Por un momento sintió el arrebató de darle con la puerta en las narices, James estaba a punto de decirle algo que no le iba a gustar en absoluto.

Se puso frente a él, que ya había cerrado la puerta y entornó los ojos al mirarlo. Una doble vida no le encajaba cuando su trabajo estaba en Monfort, sin embargo algo había en la ciudad que hacía que James la visitara a menudo.

—Siento no haberte llamado pero es —comenzó—. Lo siento, no estoy pasando un buen momento.

—Eso ya lo veo —su angustia se convertía en ira, no podía evitar estar dolida. El tono irónico molestó a James y levantó la vista hacia ella.

—La culpa ha sido mía —continuó—. Fui yo el que comenzó todo y ha sido un error. Yo...

—No tienes que disculparte de nada —respondió de inmediato Lina alejándose de él—. La culpa ha sido mía también.

James la observó y por un momento pareció querer añadir algo más. Pero Lina lo cortó en seguida.

—Llevas razón, era un error. No tienes que darme explicaciones —añadió Lina temiendo que su voz se quebrara. Aunque era algo que esperaba desde que se levantó de la cama de James, escucharlo de él era aún peor.

—Lina—alargó una mano hacia ella pero la joven se apartó de él.

—No, por favor —sacudió la mano—. Vete.

James abrió la puerta y Lina necesitaba que se fuera con rapidez si no quería que él notara que los ojos comenzaban a brillarle. “Llevo solo dos semanas con este imbécil, cómo voy a llorar”.

James se giró hacia ella.

—Vete —necesitaba que se fuera ya. Necesitaba pensar, asumirlo y llorar si era necesario. Pero él tenía que apartarse de su vista.

Casi cerró la puerta tras la espalda de James. Salió corriendo hacia su habitación y se dejó caer sobre la cama. El reloj de pared del salón daban las ocho, pronto la casa se llenaría de mujeres y temía el momento de tener que contarles lo que ocurría.

Quizás porque ansiaba el breve momento en el que se pudiera cruzar con James en la puerta de la casa o en el jardín, las semanas habían pasado demasiado rápidas. Aunque no había sido capaz de enviarle un solo mensaje que no fuera “He dejado las llaves de tu casa en el buzón”, no dejaba de mirar la pantalla de su móvil para comprobar si él le había escrito. Pero solo recibía mensajes de su hermana o de las chicas.

Lo había visto, breves instantes en los que el corazón le daba un vuelco. Él tan solo, cuando sacaba al parque a Sally o bien iba o volvía del trabajo, la saludaba con la mano o con una voz fría y distante.

Ella intentaba disimular delante de él, y le devolvía los saludos de la manera más indiferente que podía. Pero no iba a engañarse, no lo llevaba bien. Habían sido dos semanas que ahora recordaba lejanas, casi como si hubiesen sido un sueño. Veía pasar a James y tal había sido el cambio en su actitud respecto a ella que no podía creerlo.

Aunque las chicas continuaban siendo alegres y divertidas, su vida en Monfort había dejado de hacerle el bien que en un principio sintió. Lina comenzaba a considerar la posibilidad de marcharse. Aún no lo había hablado con Lina, pero quizás aprovechando el verano, se iría a Bilbao con su hermana. Cada vez lo tenía más claro, puesto que viviendo a unos metros de James nunca podría actuar como si nada hubiese pasado. Y no dejaba de preguntarse el por qué de aquella actitud de su vecino, que se angustiaba por conocer aunque sabía que la verdad le dolería.

Lucía, Katty y Margot estaban en la cocina. Lina aquella tarde estaba trabajando. Las tres andaban preocupada por Lina y Lucía intuía que si seguía así, pronto se marcharía de Monfort. Habían intentado animarla, llevándola a la ciudad, haciendo planes de viajes y de muchas otras formas, sin conseguirlo.

—Hace solo unos días, hay que esperar a que se adapte—decía Kitty.

—No la conoces bien —respondía Lucía—. Lina no se adapta, Lina huye.

—Os juro que yo no me esperaba ese cambio en James—Margot se levantó para dirigirse hacia la ventana—. Parecía tan enamorado de Lina.

—¿Sabes algo Kitty?—le preguntó Lucía a *dios* en Monfort.

Kitty negó con la cabeza.

—Aquí en Monfort no tiene a otra, os lo aseguro —respondió Kitty—. No ha vuelto a quedar con Eva, ni con aquella otra chica que estaba antes. Ni siquiera lo he visto por la cafetería con sus amigos. Si hay otra chica, está en la ciudad.

Lucía pensaba.

—¿Y si lo seguimos a la ciudad? —dijo Lucía y Margot la miró como si estuviera loca.

—No vería si nos acercamos mucho y si no lo hacemos lo perderíamos en seguida—replicó Margot.

—¿Y qué vas a conseguir siguiéndolo? ¿Qué más da lo que tenga en la ciudad? —Kitty miraba hacia su café.

—Patearle el culo por terminar de hundir a mi amiga—Lucía se levantó a por la jarra de agua.

Margot se apoyó en la encimera.

—Hay una mujer en casa de James—dijo la pelirroja y en seguida Lucía y Kitty se agolparon junto a ella.

—Será cabrón —Lucía estaba furiosa—. En cuanto se despiste hago que el perro le destroce el jardín. Os lo juro.

—Mira, mira —Margot entornó los ojos—. ¿La conoces, Kitty?

Kitty se adelantó al resto ocupando casi toda la ventana. Observó a la mujer.

Era joven y vestía de una manera elegante, parecida a la forma de vestir de Lucía cuando iba a trabajar. Tenía el pelo rubio oscuro y una melena hasta los hombros, de pelo abundante y liso.

James corrió la cortina y no pudieron ver nada más.

—No hay que ir a la ciudad —dijo Margot—. Ya lo has visto.

—No hemos visto nada —sentenció Kitty.

—¿No piensas decírselo a Lina?—protestó Margot.

—Claro que se lo vamos a decir, en cuanto llegue—Lucía bebía agua.

—Hay una mujer en su casa, nada más—Kitty no parecía preocupada—. Eso no quiere decir nada.

—¿La conoces?—le preguntó Lucía señalando la casa de James.

—No la he visto en mi vida, pero tampoco sabemos si es una amiga o alguien de su familia.

—Sus hermanas no están cerca, ya lo sabes—Lucía estaba tan molesta que parecía que James le había hecho el daño a ella, en vez de a Lucía.

—Pueden estar de vacaciones, ¿no?—Kitty recogía la mesa.

Lucía entornó los ojos hacia ella.

—Hay que contárselo a Lina.

—Solo empeorarás las cosas. No sabes ni quién es —Kitty le ofreció una magdalena pero Lucía le apartó la mano mientras se asomaba al jardín.

—Pues ahora mismo voy a descubrirlo —dijo decidida dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

—¿Vas a preguntárselo? Yo no me lo pierdo —Margot la siguió.

Kitty quedó sola y negaba con la cabeza. En seguida Lucía regresó a la cocina seguida de la pelirroja.

—¿Qué pasa? —a Kitty le sorprendió verla de vuelta.

—Acaban de marcharse los dos—anunció Margot.

—Exacto —Lucía miró la puerta de cristal.

Kitty la miró asustada.

—¿Qué vas a hacer, Lucía?—le preguntó al ver venir las intenciones de la joven.

Margot se echó a reír.

—No hay valor —la pelirroja la miró desafiante.

—Poned música, ponedla muy alta y si los veis volver, la quitáis —cogió su móvil y salió al jardín.

—Lucía —Kitty la llamó pero Lucía ya había saltado la valla— Te van a meter en la cárcel, estúpida.

Lucía reía desde el otro lado, Sally no se encontraba, supuso que James y la mujer misteriosa habrían ido a pasearlo.

Margot abrió de par en par las ventanas de la cocina, sonaba la canción *Soul Bossa Nova*, Margot no había podido elegir canción más apropiada. Lucía comenzó a reír en cuanto la oyó.

—Vuelvo en seguida —susurró e hizo una mueca al comprobar que la puerta corredera no tenía echada la llave.

Lucía entró por la puerta corredera del jardín al interior de la casa de James.

Margot se acercó a Kitty.

—¿Qué te apuestas a que la pillan?—le dijo riendo.

—Completamente segura de que la pillan y Lina va a matarla —confirmó Kitty.

La casa de James estaba completamente vacía. Una vez dentro, Lucía se comenzó a lamentar de haber entrado “¿Qué demonios pretendo encontrar aquí?”.

Miró sobre el sofá, todo estaba en su lugar en la planta baja.

Se acercó a la cocina, sí que había un par de tazas vacías sobre el fregadero, pero aquello tan solo quería decir que habían tomado algo allí. Miró hacia las escaleras, arriba quizás podría encontrar algo, ropa de la chica, sábanas revueltas, algo al menos para confirmarle a Lina que James estaba con otra mujer.

Tenía que darse prisa allí arriba porque la música se escuchaba demasiado lejana. No había maletas en ninguna de las habitaciones. Entró en el dormitorio de James, la cama estaba deshecha. Hizo una mueca y escupió sobre las sábanas “Hijo de puta” volvió a escupir “Este de parte de Lina”.

La cama de James era muy ancha y entre las sábanas grises, en el centro y cerca de la almohada, pudo ver un sobre. Lucía se inclinó a cogerlo pero no alcanzaba. Tuvo que poner una rodilla en la cama y aprovechó para lanzar un nuevo escupitajo. Cogió el sobre y miró su interior.

“Qué cabrón” susurró y hasta ella misma se sobresaltó de escuchar su propia voz, como si alguien más estuviera allí, pero la música sonaba y ella permanecía sola.

El sobre estaba lleno sobres más pequeños, cartas enviadas a una tal Nicole de New York. “¿Quién coño envía cartas a estas alturas?”, le extrañó en gran medida, eso de las cartas se hacía antes de que la red de internet móvil y su servicio de mensajería apareciera. Además las cartas románticas como las que estaba hojeando se le antojaban muy infantiles o juveniles, no propias de un mujeriego como James. Sacó una de ellas y la puso sobre la cama para hacerle una foto. En cuanto la hubo fotografiado se había dado cuenta de que algo se había caído al suelo. Era una foto y estaba bocabajo.

La música pareció dejar de sonar y a su vez su corazón se le paró. Pero Soul Bossa Nova volvía a sonar, la tranquilidad le duró breves segundos que volvió a parar “Qué coño estás haciendo, Margot, me va a dar un infarto”. La música sonaba otra vez. Su móvil sonó le habían enviado un mensaje. Lucía miró en seguida, su corazón latía demasiado acelerado, giró la mano para mirar la pantalla y volvió el sobre del que cayeron numerosas cartas. “El imbécil de Daniel” ni abrió el mensaje, recogía las cartas a toda prisa. El móvil sonó de nuevo, “A buena hora me escribes”. Siempre escogía el peor momento para escribirle “La culpa es mía”, llevaba unos días respondiendo a sus mensajes, que pronto se convirtieron en conversaciones escritas. El móvil sonaba y sonaba y fue consciente de que lo que ya no se escucha era el Soul Bossa Nova de Margot.

Miró su móvil que volvía a sonar.

“Sal de ahí, capulla, que están entrando” le había puesto Margot en un nuevo grupo de chat llamado “Misión casa vecina” y que le hizo dar una carcajada a pesar de la situación.

Lucía se asomó al pasillo, oyó las pisadas del perro sobre el suelo de madera y las voces de James. Sally podía olerla y en seguida ladró dos veces. Lo oía correr escaleras arriba.

“Están dentro, sal ya” decían Kitty y Margot Silenció el grupo de chat y se metió en el interior del armario a toda prisa.

Estaba oscuro, no podía ser de otra manera y olía a colonia de hombre con demasiada intensidad, casi no se podía respirar allí dentro.

“Chicas, estoy dentro del armario. El puto perro me ha olido y no se qita de la puerta. Van a pillarme”

Le respondieron emoticonos de risas.

“Margot llevaba razón, hay otra”.

“¿Cómo piensas salir de ahí, señora detective?” preguntaba Kitty.

“Tíradle algo de dulces al perro, que se vaya de aquí. Como suban y lo vean raspando la puerta, me van a pillar”.

“Voy” era Margot.

“Ya suben, joder”

“Esto lo sabía yo” escribió Kitty.

“Si se ponen a follar pasa fotos” emoticonos de todo tipo.

“Ostras, con los nervios me he traído las cartas”

—Sally, apártate de ahí —era la voz de James.

—Tienes que olvidarlo ya James, acabó —era la voz de la acompañante.

—Todavía no estoy preparado.

—Ya lo hablamos, sí lo estás —respondía ella.

—No, no puedo, lo he intentado pero no puedo —repetía James.

—Dame las cartas y las fotos —le pedía ella.

Lucía emblanqueció, las tenía en la mano.

—Sally las cogió esta mañana —dijo él.

Lucía apretó los párpados, en cualquier momento abrirían el armario y la verían.

—Claro —la respuesta sonó irónica—. No me mientas James, te las devolví por una razón pero el trato era quedármelas yo.

—Las dejé encima de la cama, ¡Sally! —llamaba al perro.

—Aquí en el suelo hay una foto.

—Te estoy diciendo que Sally las ha cogido.

Lucía sentía el aliento de Sally a través de la rendija de la puerta.

—Vete —le susurró al perro.

—Sally, deja ya el armario, la última vez sacaste todos los calcetines — James apartó a Sally.

—James, mientras no me devuelvas las cartas, no consentiré que volver a verte—sonó a advertencia.

Lucía arqueó las cejas.

—No, eso no, por favor. Te prometo que te las devolveré.

—El miércoles te espero a la hora de siempre y lleva las cartas o no te abriré la puerta—la oía ya lejos.

Oyó la madera del pasillo crujir y más pasos, seguidamente la puerta de la calle cerrarse. Lucía abrió un poco la puerta del armario y se encontró con la enorme nariz del bobtail que a punto estuvo de hacerla gritar del susto.

“A tomar por culo las cartas de estos dos”, le dio el gran sobre al perro que en seguida salió corriendo con el sobre en la boca, sacudiendo la cabeza y esparciendo las cartas y fotos a su paso.

Oyó a James gritar.

—Sally, no, ¡Sally!, ven aquí —se oía desesperado. Lucía aguardó unos instantes aún escondida—. ¡Suelta eso!

Fuera lo que fueran aquellas cartas, eran de gran valor para James a juzgar por las voces desesperadas que le daba al perro.

Lucía salió por fin del armario. Sobre la cama estaba la foto que la mujer había encontrado en el suelo, sería, supuso, la que cayó del sobre que llegó a abrir Lucía y que no llegó a recoger del suelo.

Entornó los ojos, o en la foto la mujer estaba muy joven o no era la misma chica. “Dios mío. Es un clon de Lina”

Soltó la foto sobre la cama y la fotografió con el móvil. Oyó la puerta de la casa cerrarse de nuevo. James habría sacado a Sally fuera para poder recoger todos los sobres y las fotos sin que él se los comiera.

Lucía salió corriendo a toda velocidad hacia el jardín. Las chicas la esperaban junto a la ventana de la cocina, visiblemente angustiadas. Lucía saltó la valla apoyando una sola mano, tal y como lo hacía James. Entró en la cocina y resopló.

—No os lo vais a creer —anunció — No os lo vais a creer.

Casi no podía respirar. Lina acababa de entrar en la cocina y las miraba perplejas sin saber el por qué

Lucía hiperventilaba o Kitty tenía la cara blanquecina.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que no nos vamos a creer? —preguntó Lina.

Lucía se buscó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, arqueó las cejas e hizo una mueca.

—Esto sí que no os lo vais a creer —se dirigía a Margot y a Kitty. Había dejado caer en algún momento el móvil durante su escapada de la casa.

Las tres se miraron, Lina se estaba impacientando. Algo en su interior le decía que estaban así por algo concerniente a ella.

—Tengo que entrar otra vez —les dijo Lucía—. He dejado el móvil en su casa.

Se oyeron improperios.

—Ya decía yo que habías tenido demasiada suerte.

Salieron al jardín mientras Lina hacía preguntas que ninguna respondía. Lucía en seguida se dispuso a saltar y Lina dio un grito que Margot detuvo en cuanto a James en el umbral de su puerta de cristal corredera.

Lucía se dejó caer en su propio jardín. James las saludó sin prestarle atención, buscaba algo entre el césped, revisando cada esquina del jardín. Lucía miró a Kitty desesperada. Lina sin embargo, reprendía a su amiga con la mirada.

Lucía se mordió el labio inferior sin dejar de mirar hacia la casa de James, no estaba segura si había dejado el móvil sobre la cama. El dueño de la casa se metió dentro, donde a través del cristal podían verlo recogiendo papeles del suelo.

Lucía reconoció el sonido, la música que unos días atrás cambió para ciertos mensajes especiales. Canciones de Daniel para sus propios mensajes. Miró a sus amigas. “Tan inoportuno como siempre”.

Se ruborizó, Lina jamás había visto a su amiga tan colorada por vergüenza.

Arqueó las cejas, la música cada vez se oía más cerca hasta que pudo oírla al otro lado de la valla. Dirigió sus ojos castaños hacia el jardín vecino, su móvil vibraba entre las manos de James, que no dejaba de mirarlas una a una, sorprendido, apreciablemente aterrado al ser descubierto y algo furioso.

—¿Habéis entrado en mi casa?—sus ojos azules se detuvieron en Lina que en seguida miró a Lucía. Era incapaz de sostenerle la mirada a James, hasta enfadado lograba producirle aquel tembleque en el interior de su estómago. Tres semanas sin verlo de cerca y ya se le había olvidado lo agradable que le resultaba mirarlo.

—Ese teléfono es mío —dijo Lucía antes de que él arremetiera

verbalmente contra ninguna otra—. Solo he entrado yo.

—¿Y qué hacías en mi casa? —se enfurecía por momentos—. Esto no es como las bromas que soléis gastarme. Aquí os habéis pasado y no voy a permitir que irrumpáis en mi casa nunca más.

El bochorno que sentía Lucía se extendió por el resto de las compañeras de la casa.

—La idea fue mía, ellas no sabían nada, Lina ni siquiera estaba en casa — Lucía saltó la valla ante la mirada perpleja de James y le quitó el móvil de entre las manos que volvía a sonar. James fue añadir algo pero Lucía levantó la mano indicando que se callara mientras se acercaba el móvil a la boca.

“Cállate de una vez, no es momento de mensajes” lanzó en un mensaje de voz y Lina, la única que entendía la lengua materna de Lucía, sonrió.

Lucía las miró y les hizo una señal con la cabeza para que se marcharan dentro de casa. Luego miró a James.

—¿Por qué no fuiste claro con Lina? —le reprendió—. ¿Quién es esa chica que se le parece tanto?

—No tienes ni idea de lo que has hecho —James le dio la espalda— Y no entiendes nada de lo que has visto.

—¿Y tú? Pedazo de imbécil, ¿tienes idea de lo que le has hecho a Lina?

—Yo no quería que ella...

—No querías, ¿qué no querías? —Lucía estaba furiosa—. Lina ha pasado el peor año de su vida y se estaba recuperando. Yo la estaba ayudando, pero no me imaginaba que ibas a comportarte como un necio.

Saltó la valla de nuevo hacia el jardín de su casa.

—No vuelvas a acercarte a mi amiga—le advirtió.

Se metió en casa junto al resto.

## 17. Las fotos de ella.

Había oído todo lo que había relatado Lucía. No sabían aún si la mujer que había estado en casa de James era la misma chica. Lucía insistía que de ser la misma, esas fotos deberían tener varios años.

Lina no quiso oír más sobre el asunto. Subió las escaleras de su casa, las cosas estaban más que peor, pues ahora James además de distante, estaba enojado con todas las que habitaban la casa.

Sabía que Lucía lo había hecho con buena intención, pero era demasiado impulsiva y solo había conseguido tornar la angustia de Lina en bochorno. Quizás era lo mejor que podría pasar para terminar de convencerse. Abrió su portátil y compró el primer billete hacia España. Se marchaba de Monfort en tan solo dos días. Los justos para hablar con sus jefes del vivero y hacer las maletas.

Habló con su hermana, que en seguida la animó al viaje. Se sentía sola en Bilbao a pesar de convivir con su pareja y a Lina le alegró ser bien recibida. Lo único bueno de aquella historia.

Se lamentó de haberse dejado enredar por las chicas y por James, si nada de aquello hubiese ocurrido no tendría motivos para irse de Monfort. Hubiese sido feliz conformándose con ver a James de cuando en cuando cruzar la calle con Sally o simplemente en sus sueños, como lo vería a partir de ahora hasta que lograra borrarlo de su cabeza.

Pero ya no podía ser, tan cerca de James no conseguiría superar los fantasmas que arrastraba más otros nuevos que comenzaban a sumarse. Sintió demasiada carga a sus espaldas, tenía que huir de la misma forma que huyó de Lugo.

Su móvil sonó y Lina lo cogió de encima de la mesa. Supuso que su hermana quería saber la hora en la que tendría que recogerla del aeropuerto.

“Lina, necesito hablar contigo. ¿Podrías venir a casa?”

El corazón le dio un vuelco. James quería hablar con ella y era lo último que quería en ese momento. Se sentó en la cama antes de responderle, en la pantalla del ordenador tenía la confirmación de la compra del billete. “Solo

dos días” y no volvería por Monfort. No perdía nada por saber qué quería James decirle. De hecho necesitaba conocer de su propia boca todas aquellas cosas que Lucía le había contado de la chica que se parecía a ella, de la conversación con la mujer y de la forma de distanciarse de ella. Aunque le doliera tenía que saberlo, porque necesitaba superar todo aquello de la mejor manera que pudiera.

Tenía ya puesto el pijama, así que se cambió de ropa. Todo le quedaba grande, las últimas tres semanas había estado delicada del estómago, quizás de la misma angustia, que no le permitía comer lo suficiente.

“Bajo en unos minutos” le dijo.

Se lamentó de haberlo escrito así. Parecía que estaba deseando hablar con él.

Si era sincera con ella misma, es cierto que lo estaba, pero podría haberse resistido algo más. “Me voy de Monfort, ya no importa”.

Ya en el jardín, utilizó una pequeña banqueta para saltar al otro lado. James la esperaba en el umbral de la puerta corredera. En cuanto Lina lo vio, algo en su interior se removió indicándole que había sido un error acceder a verlo. “No tengo ni idea de qué va a haber después de él”.

James la invitó a entrar antes que él.

—Gracias por venir. Supongo que no es fácil después de lo de hoy —le dijo.

“No solo es por hoy”. Lina entró y se puso frente a él, a una distancia prudente.

—¿Quieres saber lo que me pasa? —le preguntó él y Lina arqueó las cejas.

—Estaría bien que me lo contaras, sí.

James la llevó hasta la mesa de comedor. Sobre ella había una sobre grande, ahuecado por llevar en su interior demasiadas cosas. James sacó algunas cartas y las esparció por la mesa.

—Esto es lo que vio Lucía hoy —le dijo—. Hay más pero Sally las ha...

Lina sabía que aquello era culpa de Lucía.

—La mujer que ha venido hoy a mi casa es Anne—añadió—. Mi psicóloga.

Lina dio un pequeño paso atrás y miró a James. Conociendo sus extraños cambios de humor no le debería sorprender que tenía una terapeuta, sin embargo no lo esperaba.

—Me está tratando desde hace tres años y medio —continuó.

Lina bajó la cabeza. No era capaz de decir una palabra. La verdad sobre James estaba muy lejos de la que ella esperaba.

—Ella es Nicole—le acercó una foto para que Lina la viera. Lucía llevaba razón, su mismo pelo, su misma forma de sonreír y hasta los hoyuelos de las mejillas. Sin embargo la nariz de aquella tal Nicole era algo más ancha que la suya.

Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz.

—Fue mi novia durante ocho años, vivía con ella en New York, antes de mudarme a Monfort—James se apartó de Lina, se giró y tomó aire.

Lina sentía que debía de guardar silencio, a pesar de tener numerosas preguntas para James.

—Nicole murió en un accidente de tráfico —continuó—. Solía ir en bicicleta al trabajo, como tú. Un coche la arrojó.

James bajó la cabeza y Lina tuvo el impulso que acudir hacia él, sin embargo se contuvo.

—En la autopsia supe que estaba embarazada de cinco semanas—se hizo el silencio.

No era capaz de pronunciar palabra. Recordó el consejo de Kitty “No juzgues hasta no saber qué le ocurre a James”. Entonces recordó el helado de chocolate y caramelo. Alzó la vista hasta James.

—La chica del helado de chocolate que decía Kitty—musitó y James se giró en seguida.

—Ella era Nicole—respondió él—. No volví a probar aquel helado hasta la noche que te lo llevé a casa. Desde su muerte he estado tratándome con Anne. Me mudé, adopté a Sally...

Ambos miraron a Sally, estaba echado en el sofá con los ojos cerrados.

—Los dos nos quedamos solos casi a la vez—añadió James—. Pensé que no podríamos ayudar el uno al otro.

A Lina le brillaron los ojos.

—Y después de estos años te conozco a ti—la miró embelesado, como solía mirarla aquellos días que ahora parecían tan lejanos—. Me recuerdas tanto a ella, Lina.

Lina dio un paso atrás y después otro.

—Era eso —ahora lo comprendía. Aquella sensación que le daba James, su forma de actuar, como si llevara demasiado tiempo a su lado, cuando realmente eran días—. No era por mí.

Bajó la cabeza “No se estaba enamorando de mí”. Su alma se cayó al

suelo y hasta pudo oírlo crujir y partirse en pedazos. La realidad era aún peor de lo que imaginaba. Esperaba que le dijera que había otra mujer a la que prefería antes que a ella. Pero ahora sabía que ella solo había sido el sucedáneo de un gran amor.

—Lina, lo siento —se lamentaba él—. Tenía que habértelo contado desde primera hora.

—Si lo hubieses hecho... —no pudo terminar la frase. Quizás si lo hubiese hecho ella lo habría podido ayudar, aunque fuera tan solo como amiga. No podía odiarlo por aquel motivo, lo cual era aún peor si quería superar su caída.

—Aunque Anne dice que lo he superado, yo pienso que aún no estoy preparado —concluyó él—. Por eso decidí dejar de verte.

James dio un paso hacia ella.

—Pero no esperaba que tú... fue poco tiempo y... —Lina sabía que los instantes que Lucía pasó en el jardín con James los utilizaría para ser tan brusca como pudo ser. Porque ahora James conocía que ella no lo llevaba bien.

Lina se alegraba cada vez más de haber tomado la decisión de marcharse. Ya no solo por ella, sino por él. Tampoco James superaría su terapia con un clon de Nicole a unos metros de él.

—Estas flores—alzó una mano hacia la planta que Lina le trajo la noche que durmió con James—. Nicole compró una igual el día antes del accidente.

“Por eso quería dormir conmigo” Lina recordó cómo se aferraba a ella en la cama. “Pobre James”. Por aquella razón se asustó en la mañana cuando la vio dormida a su lado. “Dios mío, he sido una tortura para él”.

—Lo siento —logró decir Lina.

James dio otro paso más hacia ella, pero Lina se apartó.

—No soy Nicole, James —le dijo sabiendo que aquellas palabras podrían dolerle.

James frunció el entrecejo.

—Claro que no —respondió él—. Anne piensa que lo he superado, porque estoy abandonando el recuerdo de Nicole —la cogió por los hombros—. Y me estoy enamorando de ti.

Lina quedó inmóvil. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero aún no puedo aceptarlo —añadió James—. Es como... faltarle el respeto a Nicole.

Lina entornó los ojos, “Bendito billete de avión”. Tanto para ella como

para él era mejor estar alejados. Demasiados fantasmas arrastraban los dos.

—En estos más de tres años, nunca he estado mejor que los días que he pasado contigo —le decía—. Sin embargo la culpa me está volviendo a hundir.

James miró las cartas que estaban sobre la mesa.

—Nicole fue mi vida durante demasiado tiempo —no soltaba a Lina—. He estado con otras mujeres pero nunca me había pasado esto. Y esto me pasa porque contigo es diferente.

“Tengo casi su misma cara, claro que es diferente”. Se sintió imbécil por pensar que James podría quererla. Solo era la imagen de un recuerdo para él pero él lo estaba confundiendo y su psicóloga también. Pero ya no importaba. Se iba de Monfort. Miró a James, tenía que decírselo.

—Ya no importa, James, yo...—James acercó sus labios a los suyos y Lina no pudo terminar la frase.

El beso lento y suave de James se alargó y Lina no opuso impedimento de que así fuera. Llevaba soñando con aquello las últimas tres semanas aunque esperaba que fueran de otro modo.

Lina apoyó su cadera en el sofá, James estaba demasiado pegado a ella. “Ya nada importa. Quizás sea la última vez que lo vea”. Logró apartar la pena que la invadía, pena por James y por ella, cada uno por unas razones contra las que no podía hacer nada. Pero el saber que no volvería a verlo, le liberó en gran medida de su angustia, “Ya nada importa”, se repetía en su interior.

Le quitó la camiseta a James y cuando se dio cuenta, ella tampoco tenía ya la suya. Se aferró al cuello de James y tiró de él hacia las escaleras. Él en seguida lo comprendió y ambos, sin dejar de besarse, subieron a la planta de arriba.

Lina notaba que James no daba un paso si ella no lo iniciaba. Hasta en aquel momento intentaba respetarla. Trató de no pensar en nada más o sus miedos la harían huir. Quería perderse por una vez en aquel hombre que difícilmente olvidaría ni en Bilbao ni en ningún otro lugar.

Desabrochó el pantalón de James y este cayó al suelo en seguida. Lina tiró también de los slip de él antes de dejarse caer en la cama. Ver a James desnudo le erizó el vello de la piel, aunque él aún no la hubiese tocado.

Lina cerró los ojos en cuanto notó los gruesos labios de James por su estómago, por su pecho hasta llegar a su boca. Ella se aferró a él y se estiró en una contorsión que ayudó a que él pudiera quitarle las bragas. Estaba totalmente desnuda y sentía su mirada, sin embargo sus complejos y miedos

estaban ausentes, dejando paso al deseo por él, tal vez en eso fue en lo único en lo que había acertado Lucía.

Sentía el ruido del papel, lo reconocía aún a pesar de llevar tanto tiempo sin mantener relaciones con nadie, pero James no parecía tener prisa. Le besaba las piernas, una y otra, mientras se las abría despacio. No podía mirarlo, sentía humedad en su vagina, esta palpitaba y ardía como no recordaba que le hubiese sucedido nunca. Y su humedad se cruzó con la húmeda boca de James. Sintió su lengua por toda la abertura hasta llegar al clítoris para luego lamer de nuevo de abajo arriba, hasta tres veces. La propia Lina pensó que tendría un orgasmo de un momento a otro. Aquello palpitaba cada vez más rápido. Pero entonces sintió a James sobre ella a la vez que le introducía aquello que ella aún era incapaz de mirar.

Lo sintió dentro, y a la vez del placer, el vértigo que le producía su presencia invadió su estómago. Era la primera vez que sentía ambas cosas a la vez. Gimió sin importarle quién la escuchara. James le mordió el cuello. Lo notaba disfrutar también y darle placer al hombre que amaba aumentó el suyo propio.

No iba a volver a verlo y ahora estaba segura que nunca podría olvidar a un hombre como él.

## 18. La barbacoa.

Ya había dicho en la granja que se marchaba y la señora Evans se apenaba mucho de su partida pero ya no había marcha atrás.

Kitty y Margot no decían nada sobre su viaje sin vuelta, pero Lucía hasta había llorado y había lanzado improperios contra ella. “Cobarde” fue una de tantas de las cosas que le había dicho, pero nada la hizo cambiar de opinión.

Aún no había hablado con James. Después de la noche anterior no lo había vuelto a ver, ni siquiera era capaz de volver a mirarlo a la cara. No sabía si estaba enojado porque ella se marchara en mitad de la noche aprovechando el sueño de él. Pero estaba ahora más segura que nunca de que necesitaba marcharse.

En la casa no había contado nada de la escena de sexo, solo las razones verdaderas de James, pero sabía que desde el cuarto de Kitty se escuchaba todo lo que ocurría en la habitación de James puesto que compartían la pared.

Las chicas habían preparado una barbacoa aquella noche, puesto que al día siguiente, en cuanto anocheciera, Lina se montaba en un avión para dar la vuelta al mundo y volver a su país.

No habían invitado a nadie, Lina no quería que nadie supiera su partida. Así que Kitty había llegado más temprano que de costumbre y traiga un gran tapper de cristal con la carne para asar.

La puso sobre la mesa del jardín, que Margot ya había preparado con los utensilios de la barbacoa.

—Esta tía es imbécil—protestaba Lucía—. Se rinde a la primera.

—Por lo menos ella lo ha intentado una vez —le respondió Margot con ironía—. Tú ni eso.

Lucía le lanzó una mirada que estrangulaba.

—¡Kitty! —la llamó—. Como sabes, últimamente mi relación con el vecino se ha distanciado.

Kitty rió.

—Hay que intentar que venga esta noche como sea—le susurró—. Y tú eres la que lo conoce mejor. Es nuestra última oportunidad para que Lina se

quede.

James ni siquiera sabe que Lina se marcha.

—¿Y quieres que se lo diga?—se asombró Kitty—. Le he prometido a Lina que no lo haría.

—Traedlo esta noche—repitió ella—. Yo ya me arriesgué el otro día, ahora os toca a vosotras hacer algo.

—¡Hey! —intervino Margot—. Conmigo no os tomáis tantas molestias nunca.

—Tú no necesitas ayuda, zorróna—le respondió Lucía.

Nicole le hizo una mueca tras su espalda.

—Y tú a ver si te animas, que debes de tener telarañas entre las piernas —replicó la pelirroja.

Kitty se puso en medio de las dos.

—Ya vale—las mandó a callar.

Lina había salido al jardín y las tres callaron de inmediato. Anocheceía y tuvieron que encender las luces para continuar con su comida.

—¿Por qué barbacoa?—protestaba Nicole que no lograba encender las llamas.

—Porque era la única forma de que el vecino nos viera —respondió Lucía entre dientes. Kitty rió tras ella y miró hacia la casa de James.

Sally husmeaba en el jardín a la espera que le lanzaran algo para comer, como solían hacer. Los perros de Kitty sin embargo, miraban tras la puerta de la cocina, tuvo que cerrarles por temor a que cogieran la comida.

Margot consiguió encender la pastilla blanca de la que salieron unas llamas desproporcionadas. La echó junto a las piñas y el carbón y este comenzó a arder.

—Si poneis ahora la carne se abrasará y habrá que tirarla —dijo Kitty asomándose—. Hay que esperar a que baje. ¡Deja de echarle aire!

Lina le pasó la mano por el hombro a Lucía.

—Al menos nos visitarás, ¿no?—le preguntó.

—Claro que os visitaré.

—¿El próximo verano?—propuso Kitty.

Lina asintió.

—Haremos otra barbacoa como esta—la pastelera miró de reojo las llamas e hizo una mueca—. Mejor que esta.

—Pues que haga otra el fuego —Margot se apartó de las llamas y se olió la ropa—. Huelo a gasolina.

Lina rio. No quería mirar hacia la casa de James así que intentó ponerse de espaldas al jardín vecino, aunque había visto la puerta corredera abierta y las luces interiores encendidas.

Kitty se hizo cargo de la barbacoa y el olor de carne asada inundó ambos jardines.

Lina se sentó en la mesa donde ya tenían los refrescos, esperando la bandeja de las costillas que se asaban al fuego. Lucía estaba sentada sobre la mesa frente a Lina. Margot apoyó la cadera en la mesa.

—¿Estás segura de que quieres marcharte?—preguntó Lucía a voz alzada.

Lina la inquirió con la mirada, demasiado bien conocía a su amiga como para darse cuenta de lo que trataba de hacer.

—No quiero hablar de esto aquí —le respondió susurrando—. Ya te lo he dicho.

Lucía suspiró sin perder de vista la casa de James.

—Pues no lo entiendo —insistió Lucía.

—Yo tampoco lo entiendo —repitió Margot.

—Yo no me hubiese rendido tan pronto antes de marcharme—añadió Lucía.

—Y yo le hubiese echado unos polvos más antes de marcharme—añadió tras ella la pelirroja. Kitty rompió a carcajadas y hasta Lina tuvo que reír.

—Deja las bromas que estoy hablando en serio —le reprendió Lucía a Margot.

—Estoy hablando en serio —se inclinó hacia Lina—. Uno solo no es suficiente para crear el amor.

Lucía entornó los ojos.

—No todo el mundo se enamora así, Margot, quizás ese sea tu problema, todo lo reduces a lo mismo. Hay mucho más, no lo entenderías.

—¡Eh! Claro que lo entiendo —Kitty volvió a interponerse, esta vez echando aire a una y a otra con un abanico que usaba para darle aire a la barbacoa.

—No sois capaces de tener una conversación sin discutir —las acalló—. Lina se marcha mañana y vosotras perdiendo el tiempo con estupideces.

Kitty colocó la bandeja de carne sobre la mesa. Lina no tenía ganas de probar bocado. Kitty se sentó donde antes estaba Lucía y se inclinó para hablar con Lina al margen de las otras dos.

—¿De qué tienes miedo si te quedas?—le preguntó Kitty.

—No es miedo, Kitty —Lina apoyó su codo en la mesa—. Aquí no podré

hacer una vida normal. James vive al lado y tendré que verlo día tras día.

—A lo mejor eso es bueno para ti.

—¿Bueno? ¿Y si vuelve a su anterior vida? ¿Es bueno para mí verlo con otras mujeres? Ya no puedo quedarme en Monfort. Él no ha superado lo suyo, no puede estar conmigo sin sentirse mal y yo no creo que me quiera, solo sustituyo a alguien que él perdió.

—Si es eso lo que piensas, Lina, creo que haces bien en marcharte—Kitty se puso en pie—. Sí, márchate.

Lina entornó los ojos hacia Kitty.

—Vuelve en verano, tendrás un año para pensar, para comprobar si eres más feliz en otro lugar lejos de Monfort, lejos de él —miró de reojo a Lucía y Margot—, y lejos de estas dos liantes que solo hacen que te enredes más.

Lina se giró hacia ellas pero su mirada en seguida se dirigió a la casa de James.

Le inundaba la pena cada vez que la veía.

—¿Tú piensas que hago bien?—sentía que Kitty sí la entendía.

—No sé si está bien —respondió la pastelera—, de hecho pienso que un año es demasiado tiempo. Pero solo tienes dos opciones, o marcharte e intentar olvidarlo, o quedarte y ayudarlo con todo eso que ya sabes.

Lina se quedó pensativa. No había considerado esa opción de ayudar a James.

Negó con la cabeza.

—¿Ayudarlo a qué? Si su problema crece conmigo cerca —podía recibir ayuda de cualquier otra persona, salvo de ella.

Kitty se irguió.

—Ahí está lo difícil del asunto —le respondió—. Si el problema es contigo solo tú puedes solucionarlo.

Se oyó el timbre y Kitty se giró en seguida. Pero no era en su casa sino en la de James. Sally ladraba. Lina no quiso mirar aunque reconocer el sonido del timbre de James la incomodaba.

—Creo que ha sido un error cenar en el jardín —dijo Lina.

Kitty la miró pensativa.

Margot y Lucía cuchicheaban junto a la valla.

—Será zorra la tía —Lucía se enfurecía por momentos.

Eva estaba en casa de James, apreció su silueta con la inconfundible larga melena de ondas a lo estrella de Hollywood.

—En cuanto ha sabido que ya no estaba con Lina —Margot contribuía con

sus palabras al enfado de Lucía.

Lucía se dirigió hacia Lina, que no se enteraba de nada.

—Lina —le dijo—. Esa Eva está en casa de James. No seas imbécil, estás a tiempo.

El corazón de Lina dio un vuelco. Eso era lo que quería evitar, presenciar ese tipo de escenas. Y ni marchándose iba a conseguir evitarlas. Sabía que en cuanto Eva se enterara de que James volvía a estar solo, saldría corriendo a buscarlo.

Ahora lo podía ver con sus propios ojos.

—Tú huyes y otras lo buscan —Lina se ruborizó ante las palabras de Lucía—. Espabila o vas a pegarte el resto de tu vida lamentándote.

—Díle que te vas —propuso Margot—. Prueba a ver cómo reacciona.

Lina escuchaba a una y a otra y entre medio pudo ver la silueta de Eva en el salón de James y el estómago y el pecho comenzó a arderle. La idea de Margot no era mala, la verdad es que sentía interés por saber cómo reaccionaría James si conocía su partida al día siguiente.

—Díselo —la animó Lucía—. Ahora.

Lucía se acuclilló junto a la silla de Lina.

—Lina—le dijo—. James puede ser el hombre de tu vida. Díselo y comprueba si le importas. Si a James le da igual que te marches, entonces seré yo misma la quien te lleve al aeropuerto. Te lo prometo.

Lina miró a Lucía y luego a la casa de James. Cada vez que veía a Eva en el salón le recorría una especie de ira que la llevaba a desear dos o tres pirámides del restaurante de Loui para poder reaccionar.

—Sé que puedes hacerlo, Lina—continuó Lucía—. Y solo dime qué tengo que hacer para ayudarte.

—Pero no es el momento. Ella está en su casa.

—Sí y esto que ves será lo que ocurra cuando tú no estés —continuó Lucía—. Será Eva o cualquier otra la que venga a buscarlo una y otra vez hasta que consigan lo que quieren.

—¿Y si él fuera Daniel? ¿Qué harías?—preguntó Lina con curiosidad.

—Ni siquiera he sido capaz de cogerle el teléfono y hablar con él voz a voz, aunque ya al menos le respondo a los mensajes. Y oíste mi mensaje de voz del otro día —sonrió—. Pero si yo estuviese en tu situación y fuera Daniel el que viviera en la casa de al lado, estoy segura que me gustaría tener el valor suficiente de no darme por vencida. ¿Y si te pide que te quedes? ¿Y si te pide que lo ayudes?

—Me hubiese pedido ayuda desde el principio. Está claro que no quiere compañía.

—Díselo de una vez—Lucía perdía la paciencia.

—Con Eva en su casa, ¿qué quieres que haga?, ¿voy a buscarlo? De eso nada.

Lucía se levantó y se mordió el labio.

—No piensas ir —le dijo con ironía.

Lucía se acercó a Margot.

—Música —miraba de reojo la casa de al lado.

—¿Qué piensas hacer ahora?—le preguntó la pelirroja.

—Lina no piensa ir, así que no tengo más remedio que traer a James.

Margot sonrió y en seguida se dirigió hacia la cocina para poner el Soul Bossa Nova.

—Uffff... esto no me gusta nada—musitó Kitty en cuanto oyó el comienzo de la canción.

—¿Y cómo lo piensas hacer?—preguntó Margot mientras Lucía se acuclillaba en el suelo cerca de la barbacoa.

—Disimula con Lina, por favor —dijo tirando de un saco—. No pienso dejar que cometa más errores aunque yo acabe en la cárcel.

Margot rio y se puso delante de Lucía para impedirle la visión a Lina mientras movía los hombros al son de la música.

—Tendríamos que haber salido hoy, estaríamos mejor que aquí —decía la pelirroja sin dejar de mover los hombros.

—Hubiese sido mejor que esto —musitó Lina.

Lucía arrastró el saco hasta colocarlo junto a la barbacoa y lo abrió, eran las hojas secar que ella misma había barrido aquella mañana y se alegró de no haberlas llevado al contenedor en la acera de la calle.

—Observa —le dijo a Margot poniéndose en pie—. Es bombero, ¿no?

Lucía pateó la barbacoa y esta se volcó al completo la barbacoa, y esta junto con la carne y el carbón en brasas, cayó sobre el saco lleno de hojas secas. Kitty y Lina gritaron y hasta Margot lanzó un grito más de asombro que de susto.

Las brasas de la barbacoa apenas había prendido unas hojas que con una jarra de agua bien se podrían haber apagado.

—¡Fuego! —gritó Lucía—. ¡Kitty, trae agua! ¡Corre!

Margot rompió en carcajadas, a aquello no se le podía llamar fuego.

—Esto sí que no —Lina, que comprendía la situación, se levantó para

dirigirse hacia el interior de la casa.

Lucía miró a Margot con desesperación. Tras ella, sobre la mesa, estaban las pastillas blancas de gasolina. Cogió la caja entera y las dejó caer contra el saco.

Sonó algo parecido a cuando se enciende un mechero y las llamas se alzaron a la altura de los rizos de Margot. Ahora la pelirroja sí gritó con fuerza y miedo. Lina se sobresaltó desde las escaleras y huyó hacia la cocina para buscar algo con lo que apagarlo.

—Fuego —gritaba Lucía ahora con más fuerza que antes.

Margot derramó la jarra del agua, pero no era suficiente, el tendedero de madera que yacía plegado cerca de la barbacoa, también había prendido y con ella, la parte de la valla en la que estaba apoyado. Hasta la propia Lucía se asustó y corrió a ayudar a Kitty que desenrollaba a gran velocidad la manguera.

—Joder Lucía, nos vamos a quedar sin casa—protestaba Kitty.

Margot sujetó a los perros de Kitty, que Lina había dejado salir al entrar en la casa. Sally ladraba desde el jardín vecino y James salió tras él.

—Salid del jardín —les gritó y entró en su casa a toda prisa.

Lucía sujetaba la manguera que con gran fuerza expulsaba agua. El humo era abundante, oscuro, el fuego conseguía iluminar los dos jardines y la valla ardía sin remedio. El olor a quemado se hacía intenso y Lucía se comenzaba a lamentar de lo que había provocado.

De repente el agua se cruzó con algo parecido a espuma blanca a un lado y unos instantes después en otro. Entre agua y espuma, lograron apagar el fuego de la barbacoa, la mesa de madera, gran parte de la valla, el saco que había ardido por completo y el tendedero que ya no valdría para nada.

Las chicas resoplaron aliviadas, sobretodo Lucía que era la culpable del destrozo. Kitty la miró intimidante.

—Normalmente nos solemos reír con tus planes, pero con este...—tomó aire pero comenzó a toser.

James la miró una por una. Ninguna de ellas lo habían visto saltar hacia su jardín, sin embargo él se encontraba a este lado de la valla, con un extintor en la mano. Lina, lo observaba desde las escaleras de la cocina, con otro extintor que Kitty guardaba en un armario en zaguán de la casa.

—¿Estáis bien?—preguntó al oírlas toser, sobre todo Margot, que era la que más cerca había estado de las llamas. El olor a gasolina era intenso.

—La barbacoa cayó sobre la caja de pastillas—dijo Lucía intentando dar

una explicación lógica pero James frunció el ceño.

Lucía no quiso añadir nada más y se llevó a Margot hacia dentro. Rebasó a Lina.

—Arreglar lo quemado me va a costar más de medio sueldo —le susurró Lucía a Lina, y Margot tosió y rió al mismo tiempo—. Así que aprovéchalo.

Lina puso el extintor en el suelo. James hablaba con Kitty, no podía oírlos, pero ambos miraban la barbacoa y la valla quemada que compartían. James quitó algunos tablones que habían ardido. Sally pasaba a través de hueco, de jardín a jardín.

—Mañana mismo mandaré a que la arreglen o también compartiremos los perros—le decía Kitty riendo a James.

—Podríamos poner una puerta —James continuaba quitando tableros—. Así nos ahorramos saltar.

Kitty sonrió. A Lina no le pareció tan mala idea aquello de la puerta, se todos modos siempre andaban saltando a un lado y a otro. “Y a mí qué me importa todo esto si me voy mañana”.

Kitty entró en la casa y Lina se giró para entrar tras ella. Pero la pastelera se interpuso en la puerta.

—Al menos no te vayas con la duda—le aconsejó.

Lina la miró angustiada y Kitty le guiñó un ojo. Se giró hacia James, él había levantado la cabeza y le sonreía. “Esto va a ser peor que la duda”.

Se acercó hacia la valla.

—Os habéis quedado sin cena —le dijo James.

—Bueno, tampoco tenía hambre —le respondió ella mirando la mesa donde aún quedaba la bandeja de una tarta envuelta que había traído Kitty de la pastelería— Y aún queda la tarta.

Lina se dirigió hacia ella.

—¿Quieres? —le ofreció a James mientras la desenvolvía.

James dejó las tablas a un lado y se acercó a Lina.

—¿Qué celebráis? —preguntó él observando cómo Lina quitaba el papel.

—No es exactamente una celebración —Lina levantó el papel.

James entornó los ojos. La tarta era rectangular y Kitty la había decorado con Fondant. Lina era una muñeca de dulce y a pesar de parecer hecha de plastilina, se le parecía bastante, junto a ella, estaba la bici vintage con la que iba al trabajo y en la parte superior, un avión. “Buen viaje, Lina” , tenía escrito bajo los dibujos.

Agradeció el detalle de Kitty, la tarta era preciosa y le transmitía la

dulzura y el cariño con el que la habían recibido las chicas en Monfort. Y además le había facilitado el contarle a James que se marchaba, puesto que no necesitó palabras para hacerlo.

—¿A dónde vas? —preguntó James.

—Vuelvo a mi país —ella bajó la cabeza. Lo había dicho en la granja de los Evans, en casa de Kitty, pero contárselo a James era diferente.

—Te marchas de Monfort—quizás había pensado en un primer momento que eran vacaciones.

Lina asintió.

—Mañana —James se sobresaltó.

—¿Cuándo lo decidiste?—preguntó él.

—Hace unos días —respondió ella y miró a James. Esa era la reacción que quería ver para despejar sus dudas.

James tenía la vista baja, no la miraba. Lina intentó ver en su rostro alguna expresión pero si tenía que describir lo que estaba viendo en él era “Enfado. ¿Está enfadado?”. Espera indiferencia o pena, pero no su enfado.

—¿Por qué no me lo dijiste la otra noche?—le preguntó y pudo notar en su voz que realmente estaba dolido.

Lina abrió la boca para responder.

—No pensabas decírmelo —la cortó él—. A pesar de que fui sincero contigo y te conté todo lo que me pasaba.

No esperaba tal reproche, no estaba preparada para responderle. Había sido un error hablar con él antes de marcharse. James levantó sus ojos hacia ella y a Lina se le removi6 lo poco que le quedaba ya en el est6mago.

—Y ahora te vas —Lina no pudo sostenerle la mirada.

—No puedo quedarme en Monfort—se defendió ella y sintió ganas de huir sin esperar al día siguiente.

—Y decides irte sin ni siquiera preguntarme si me importa—James miró hacia un lado.

Eso era lo que Lina quería saber, lo necesitaba saber.

—¿Te importa? —le preguntó sin rodeos.

—Me hubiese importado si me lo hubieses dicho en su momento —volvió a mirarla—. Pero ahora ya no.

Se retiró de la mesa sobre la que estaba en la tarta y se fue hacia la abertura de la valla, seguido por Sally.

—Que te vaya bien en España —se despidió sin mirarla.

—James —lo llamó Lina, pero este entró en su casa y cerró la puerta.

Lina quedó sola en el jardín. No había sido una buena idea, Lucía nunca tenía buenas ideas. El jardín estaba parcialmente calcinado y James enojado. Y lo peor de todo ello, Lina estaba aún peor que antes. Ahora además de la pena, sentía la culpa de no haber hecho las cosas bien y se sintió estúpida. “Se lo tenía que haber contado en su momento”. ¿Qué temía? ¿Su indiferencia? Quizás él la hubiese disuadido de la idea, eso le habría gustado. Pero ahora estaba enfadado y no le importaba lo que ella fuera a hacer.

Entró en la casa con los ojos inundados en lágrimas, cerró la puerta de jardín y comenzó a llorar. Corrió hacia su cuarto sin hablar con ninguna de sus amigas y se dejó caer sobre la cama, junto a la que ya descansaban sus maletas cerradas de todo lo que poseía.

## 19. De vuelta a casa

El último día en Monfort había sido triste y no quería ni imaginar el momento en el que se montara en el avión.

Lucía iba a cumplir su promesa y la llevaría al aeropuerto de la ciudad en coche. Había pedido el día libre en el trabajo y había permanecido junto a Lina todo el día. Por esa misma razón Lina le había pedido por última vez la bicicleta, necesitaba estar unos momentos a solas. Había ido a despedir a los Evans y agradecerle todo lo que habían hecho por ella. La señora Evans volvió a llorar en su hombro y le tenía un regalo, una manta para el avión bordada con flores, que Lina depositó en la cesta de la bici para regresar a Monfort.

Margot y Kitty andarían al llegar para despedirla y tenía que darse prisa si quería merendar con ellas una última vez. Lina pedaleaba a toda prisa por la carretera solitaria que la llevaba hacia el pueblo. No podía dejar de pensar en las lágrimas de la señora Evans y en las de Lucía, pero lo que más le dolía de todo lo que dejaba en Monfort, era el enfado de James. Su reacción no había hecho más que hacerla sentir peor. Sabía que lloraría durante todo el trayecto a España. Solo quedaban un par de horas para llegar al aeropuerto y despedir a Lucía. Entonces todo aquello quedaría atrás.

Sacudió la cabeza para dejar caer las lágrimas de sus ojos y los dirigió hacia la carretera. Un coche venía dirección hacia ella y Lina frenó en seco. La bici derrapó y volcó hacia un lado. Lina sintió cómo le quemaba la pierna al estamparse contra la calzada. Si no hubiese llevado pantalones largos, le hubiera causado grandes heridas.

El coche se detuvo a su lado. Desde el suelo vio a James salir del coche y acudir a recogerla. En su rostro apreció una expresión que reflejaba un miedo que poco tenía que ver con el incidente sin importancia que había ocurrido.

—¿Estás bien? —la ayudó a incorporarse.

—Sí —Lina se sacudía los pantalones—. No ha tenido importancia.

James suspiró y luego la miró.

—Lucía me ha dicho que habías venido a la granja.

“Si su amiga había ido a buscar a James, iba a matarla y a irse en taxi a la ciudad”.

—No me dijiste a la hora que te marchabas y quería hablar contigo —añadió él.

“No me lo pongas más difícil, por favor”. Ya verlo a plena luz del día, con su color dorado de piel, el pelo ondulado y despeinado y sus enormes ojos azules, ya eran suficiente como para lamentarse de su partida durante toda la vida.

—Me importa que te vayas —no divagaba en su discurso. Lina se sobresaltó—. No quiero que te vayas.

Lina entornó los ojos hacia él.

—Pero... —argumentó ella.

James le cogió la cara.

—Lina quédate —le dijo—. Necesito que te quedes y que me ayudes, Por favor, sé que puedo hacerlo, pero no lo conseguiré solo. Ayúdame.

Lina abrió la boca para responder pero no fue capaz “Es imposible decirle que no”. Al menos ella no era capaz de hacerlo, sin embargo aún había un problema en su interior, lo único que le impedía estar junto a James.

—Me quedaría a ayudarte, pero tú no me quieres James —le confesó—. La amas a ella y yo solo me parezco a ella.

Bajó la cabeza sin soltar el manillar de la bici, que comenzó a mostrar el tembleque de sus manos.

James le cogió de nuevo la cara para que lo mirara.

—Te equivocas, Lina—le dijo—. Estoy sintiendo por ti lo mismo que sentía por ella.

“Madre mía, ¿y quién es capaz de irse a España después de escuchar esto?”.

—Y yo soy el primero sorprendido de escucharme decir esto porque pensaba que nunca me sucedería —continuó—. Lina, quédate conmigo en Monfort.

“Ese “conmigo” me está encantando. No va a hacer falta que me repita que me quede muchas veces más”.

Lina cerró los ojos apretando los párpados. James la rodeó con el brazo.

—Tienes las maletas hechas—continuó James—. Solo tienes que llevarlas a la casa de al lado.

Lina sintió cómo su cuerpo basculaba hacia un lado y tuvo que reaccionar para que la bici no se le cayera al suelo.

—Kitty y yo hemos decidido poner una puerta en vez de una nueva valla en la parte quemada, así que será como seguir viviendo con tus amigas, pero en mi casa. ¿Qué me dices? A Sally le encantará tener compañía mientras trabajo.

El cuerpo de Lina, de forma inconsciente comenzó a recaer en el de James que no dejaba de sonreír ni un momento.

—A la casa de al lado —repitió ella, sonaba muy bien. Imaginó la cara de Lucía cuando llegara a casa y le dijera que no iba a marcharse de Monfort.

—Exacto —James rio—. Solo espero que tus amigas no vuelvan a prender fuego, ni a hacer que Sally ensucie la ropa, ni todas esas cosas que suelen hacer en m jardín.

—No te quejes, son unas buenas vecinas—replicó Lina.

—Las mejores —James la levantó para cogerla en brazos. La bici cayó al suelo—. ¿Sí?

Lina le rodeó el cuello con los brazos.

—Sí —le respondió y recibió uno de los besos más efusivos que James le hubiese dado.

La dejó en el suelo de nuevo. Lina no lo soltaba sin embargo.

—¿Y si no consigo ser una buena ayuda? —no podía abandonar sus fantasmas aunque el pecho pareciera explotarle de euforia.

—Solo permanece a mi lado —le respondió él y la volvió a besar.

## 20. Las chicas de Monfort

Arrastraba las maletas con ayuda de Kitty y Margot hacia la cocina para sacarlas al jardín. Lucía buscaba su movil por el salón. Con la alegría lo había dejado caer en algún lugar que ahora no recordaba. Lina se quedaba con ellas, solo que a unos metros a su izquierda.

Sonó el timbre, los perros ladraban y Kitty y Margot los sujetaron.

—Abre tú —le pidió Kitty.

Lina se dirigió hacia la puerta. No esperaba que fuera James, él la esperaba en su casa, reorganizando su armario para dejarle hueco a sus cosas.

Abrió la puerta y en los escalones de la entrada había una joven que sostenía una maleta roja. Tenía la cabeza baja y miraba hacia el suelo.

En cuanto notó que la puerta estaba abierta, levantó la mirada hacia Lina. Lina entornó los ojos. Había visto todas las fotos que ella subía a instagram y realmente pensaba que aquella belleza era fruto de los filtros de las cámaras modernas. Pero se había equivocado. No había palabras para describir la luz de los ojos esmeralda de María.

—¡Lucía! —estaba segura de que Lucía no sabía nada— Tienes visita.

No podía dejar de mirar a María, era imposible no hacerlo si la habías visto años atrás. Ahora era como las chicas de las revistas que anunciaban ropa interior, con un cuerpo moldeado, unos muslos anchos y fuertes pero femeninos y un pecho con una redondez exuberante. La pequeña María había crecido y su metamorfosis era espectacular.

Lucía llegó a la puerta y vio a María, se puso las manos en la cara en seguida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

María se acercó despacio y Lina comprobó que parte del brillo de sus ojos de gata eran causados por las lágrimas que contenía.

—No podía soportar quedarme allí —abrazó a María.

—Esto lo sabía yo —protestó Lucía que abrazaba a su prima a pesar de sus muecas de disgusto —Anda pasa.

Lina cerró la puerta tras María, que le sacaba un palmo de altura aunque se

fijó en seguida que llevaba tacones altos.

—¡Chicas! —Lucía llamaba a Margot y a Kitty—. Tenemos visita sorpresa.

Las chicas aparecieron en el salón y en seguida reconocieron a María. La saludaron de la misma forma como recibieron a Lina en su día.

—Los tíos y sus mierdas —protestaba Lucía limpiándole las lágrimas a la joven—. Son como los perros, siempre se cagan encima de las flores.

Las chicas rieron. El teléfono de Lucía sonó, pero esta vez el sonido no era el de los mensajes de Daniel. Margot se inclinó a cogerlo del sofá y se lo dio a Lucía.

Esta miró a Lina con angustia, tomó aire.

—Algún día tendría que ser —les dijo a las chicas.

Se llevó el móvil al oído.

—¿Y ahora me llamas?—respondió.